

REVISTA CONTEMPORANEA

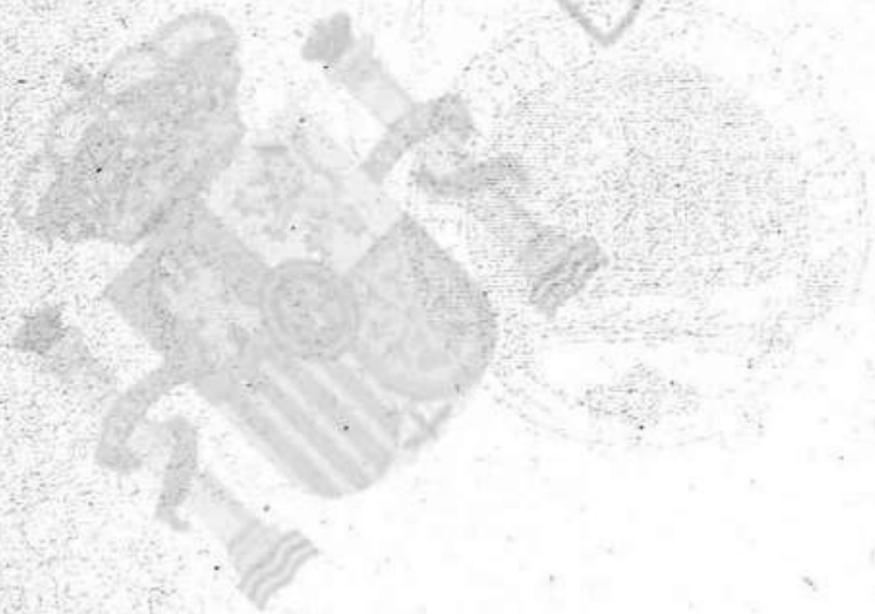


MINISTERIO
DE CULTURA

MADRID 1882

TIPOGRAFÍA DE MANUEL G. HERNÁNDEZ,

Libertad, 16 duplicado



REVISTA CONTEMPORÁNEA

AÑO VIII.—TOMO XLII

NOVIEMBRE—DICIEMBRE 1882



DIRECCIÓN Y ADMINISTRACIÓN
CALLE DE PIZARRO, NUM. 17, TERCERO, MADRID

OFICINAS

PARIS, 27, FAUBOURG MONTMARTRE

MÉJICO
J. F. Parres y Comp.^a

VENEZUELA
E. Fombona

BRASIL
Bellarmino Carneiro
Pernambuco

BUENOS AIRES
Manuel Reñe

HABANA
Alejandro Chao

DERECHOS RESERVADOS

MINISTERIO DE CULTURA





LOS YANKEES Y LOS INDIOS



Los periódicos norteamericanos nos han anunciado nuevas insurrecciones de las tribus indias que aún existen en el territorio de aquellos Estados, dándonos á conocer los actos, verdaderos ó ficticios, de feroz salvajismo cometidos por ellas, cuidando de ocultar los de los representantes del Gobierno, las causas que los motivaran, y el por qué esos desgraciados recurrían á extremos tan violentos que sólo la desesperación puede aconsejar, cuando, en la actualidad, el Gobierno de WASHINGTON pensaba proponer á las Cámaras que se les concediera el derecho de ciudadanía, de que hasta el presente han sido privados.

Con este motivo, y para juzgar de qué parte está la razón, reseñaremos á la ligera la conducta observada por los filántropos ingleses, y después por sus sucesores, los humanitarios y liberales yankees, con las principales tribus que ocupaban la parte Septentrional de la América del Norte, para exterminarlas y desposeerlas de sus respectivos territorios.

Una de las tribus más simpáticas, y antiguamente de las más fuertes, era la de los lenni-lenape, que habitaba las riberas del río Hudson; la que, siendo visitada por el viajero de este nombre en 1609, le recibió y á sus compañeros con

las mayores muestras de alegría, á juzgar por la relación que él mismo hizo de su viaje, y en la que manifestaba «que era tal el contento de los indios al verle, que constantemente exclamaban: ¡Héle ahí! ¡Dios ha venido á visitarnos!» Si los indígenas hubieran comprendido que, pasados algunos años, esa visita, origen de sus mayores transportes de alegría, sería la causa de su ruina; ¡cuán diferente hubiera sido el recibimiento!

La impresión que Hudson y sus compañeros los tripulantes del *Half Moon* dejaron grabada en la imaginación de aquellos desgraciados no fué conservada por ellos muchos años, según dice Heckewelder, que es una autoridad en esta materia, por haber vivido allí como misionero, y, por tanto, haber tenido ocasión de estudiar detenidamente el carácter y tendencias de los individuos que componían dicha tribu.

En uno de sus escritos nos dice de los Lenni-Lenape: «En abril de 1877 me llamó extraordinariamente la atención que Pachgantschilias, uno de sus grandes jefes, al recapitular en uno de sus discursos los grandes acontecimientos que habían tenido lugar, concluía diciendo: «Admito que existan hombres blancos buenos; no obstante, la mayoría de ellos es mala, y los malos son los más fuertes y los que mandan, por lo que hacen lo que les place; ellos esclavizan á aquellos hombres que no son de su color, por más que hayan sido creados por el mismo Gran Espíritu que á ellos les dió el sér, y á nosotros nos reducirían á la esclavitud si pudieran; pero, como no pueden, nos matan: no deis crédito á sus palabras, que ellos no son como nosotros, que en paz somos verdaderos amigos, y sólo dejamos de serlo del que nos declara guerra, y mientras ésta dura; ellos os dirán ¡mi amigo! ¡mi hermano! Os darán las manos, y si les es posible, os destruirán en aquel mismo instante; podéis estar seguros que así lo harán antes de que pase mucho tiempo. Acordaos ese día de que yo os he prevenido de lo que son capaces de hacer esos amigos; imitad á los Long-knives, que no se dejan engañar por ellos.»

Esta predicción de Pachgantschilias se cumplió en todas sus partes; porque, no habiendo podido los norteamerica-

nos someterlos á la esclavitud, los exterminaron, valiéndose para ello de los mismos medios que Pachgantschilias preveía, como tendremos ocasión de ver más adelante.

Los lenni-lenape, ó como si dijéramos Pueblo Primitivo, fueron conocidos también por el nombre de Wapenachki, ó sea Habitantes del Naciente, que era como les apellidaban los indígenas del Oeste de la América del Norte; y sólo por los ingleses se les dió el de delaware, que es por el que hoy son conocidos, y por el que se designó, no sólo á ellos, sino al territorio que ocupaban, y á uno de sus ríos, en memoria de Lord Delaware; por lo que en adelante los designaremos con este último nombre, que es el más conocido.

El territorio que ocupaban los delawares se encuentra situado entre el río Hudson y el Potomac, y es uno de los más fértiles de la América del Norte.

El carácter de los individuos de dicha tribu era por demás tranquilo y generoso, dando esto lugar á que la arrogante y poderosa tribu de los Iroquois les diera el sobrenombre de Tribu de Mujeres, y les obligaran á guerrear con ellos ó á abandonar sus tierras, según les parecía más conveniente; hasta que la influencia inglesa se hizo sentir en todas las tribus, y dejando cada una de ser lo que anteriormente había sido, se transformaron poco á poco, hasta llegar al estado en que hoy las encontramos.

La conducta de los delawares con Inglaterra y los Estados Unidos fué siempre leal y sincera, y sólo variaba cuando dichos Estados los exasperaban; que, á no ser por los atropellos de que eran víctimas, es bien seguro que siempre hubieran sido buenos amigos y leales defensores de los ingleses y confederados; en prueba de ello, vemos que mientras el territorio que hoy corresponde al Estado de Pensilvania fué administrado por W. Pen, y los delawares fueron considerados por éste como verdaderos amigos, éstos, en cambio, lo consideraban á él como á un hermano, como se lo manifestaron varias veces á Heckewelder, diciéndole: «Desde la llegada á nuestro territorio de W. Pen se estableció entre nosotros una verdadera amistad, tan constante como el sol

en alumbrar y los ríos en correr, la que seguramente hubiera continuado siempre igual, si nuestro buen hermano hubiera permanecido entre nosotros.»

Concluída la administración de Mr. Pen, concluyó la verdadera amistad y empezó la época de los sufrimientos de los delawarees, hasta que fueron completamente exterminados.

En la guerra que con ellos sostuvieron los ingleses, ya llamados yankees, precedente al año de 1703, el Gobierno del Massachussetts ofreció doce libras esterlinas por cada piel de indio que le fuera presentada; en 1722 aumentó el precio de ellas hasta conceder cien libras esterlinas por cada una; y por último, el 25 de febrero de 1745, la Legislatura colonial estableció el valor legal de cada piel de indio, considerando á estos desgraciados de peor condición que á los osos que aun recorren aquel territorio.

Durante la lucha sostenida en 1755 entre Francia é Inglaterra, los delawarees pelearon en apoyo de Francia, porque estaban seguros que si la victoria les era favorable, no sólo serían respetados, sino que terminarían las ventas de sus pieles y podrían disfrutar de alguna paz en el seno de sus familias; mas, desgraciadamente para ellos, no fué así, sino que, vencedores los ingleses, llevaron éstos á cabo horribles matanzas en venganza de haber combatido contra ellos, sin querer comprender que si se habían aliado á Francia, era por salvarse de las inhumanas medidas con ellos adoptadas.

Amenazados los ingleses con la pérdida de sus colonias en el Norte de América, empezaron á atraerlos para que les sirvieran de auxiliares, y por este medio poder combatir á los que se habían proclamado independientes, por cuya causa los vemos luchando al lado de ellos contra las huestes federales durante la guerra de la independencia de los Estados Unidos, juzgando que el resultado sería ventajoso á Inglaterra y les daría á ellos algunas garantías; pero habiendo conseguido los insurrectos su independencia, el objetivo de éstos fué limpiar el territorio de indígenas, como empezaron á hacerlo matando cuantos podían, si bien después de haber depuesto las armas y de haberse sometido á las condiciones que les impusieron.

Conocedor el Gobierno de los Estados Unidos de que por la fuerza no le sería fácil conseguir la destrucción de la tribu, puesto que las otras la apoyarían contra el Gobierno federal por su propia conservación, idearon celebrar tratados con cada una de ellas para comprometerlas, en la seguridad de que no romperían sus compromisos, y después, bajo cualquier pretexto, faltar á lo pactado con cualquiera de ellas y atacarla para destruirla ó debilitarla, en la seguridad de que las demás tribus no se le unirían para rechazar la agresión por creerla culpable, y por este medio concluir poco á poco su obra destructora; así que en 1778 vemos al Gobierno federal celebrar un tratado de paz y amistad con la tribu de los delawares, á la que se consideraba como nación independiente.

En dicho tratado se convenía, entre otras cosas, lo siguiente: «Que el ejército de los Estados Unidos podía pasar por el Estado de Delaware, si bien pagando el importe de víveres, raciones, etc., etc., de que el mismo tuviere necesidad.

»Que habiéndose circulado por los enemigos de los Estados Unidos que el Gobierno federal deseaba destruir á los delawares y tomar posesión de sus tierras, para destruir esa falsa sugestión, los Estados Unidos garantizan á la dicha nación de los delawares sus derechos sobre el territorio que ocupa, cuya garantía será dada en la forma más solemne que darse pueda.

»Que si en lo sucesivo fuere conveniente á los intereses de ambas partes el invitar á otras tribus que han sido amigas de los Estados Unidos á unirse á la actual confederación en forma de Estado, la Nación de los delawares será la cabeza del Estado que se forme, y sus habitantes tendrán el derecho de enviar sus representantes á las Cámaras federales.»

Fácilmente se creará que lo dispuesto en dicho tratado fué observado y cumplido por ambas partes; pero no fué así, pues que, si bien los indios cumplieron religiosamente cuanto habían ofrecido, el Gobierno federal pisoteó todos sus compromisos.

Para evitar reclamaciones, y con objeto de cimentar una

paz duradera, puesto que el tratado de 1778 no era suficiente, en 1785 se celebró otro entre los Estados Unidos y los delawares, wyandottes, chippewas y ottavas, en el que se estableció, no la independencia de las tribus, como se convenía en el anterior, sino el protectorado de los Estados Unidos sobre ellas; se deslindaron los terrenos que cada una ocupaba, y empezó el cercenamiento de algunos bajo el pretexto de establecer en ellos fuertes para que los protegiesen, cuando el objeto verdadero de esos fuertes era el de formar una línea que les sirviese de base en las operaciones militares que no tardarían en emprender; si bien, para cubrir sus intenciones, les concedían que ningún ciudadano de los Estados Unidos pudiera residir en sus respectivos territorios sin su consentimiento, y que ellos podían castigar como tuvieran por conveniente al que contraviniese á lo dispuesto en esa cláusula del tratado.

En otro celebrado en el fuerte Harmar, cinco años después, se ratificaron muchas de las cláusulas contenidas en el anterior; algunas se variaron, y otras se definieron y ampliaron ventajosamente para los Estados Unidos; sobre todas aquella que se refería á la cesión de territorios, que fué ampliada hasta el extremo de cercenar los Estados Unidos una gran parte de él, ofreciéndoles en cambio el fantástico privilegio de poder cazar en todo el territorio de los Estados Unidos, asegurándoles que por nadie serían molestados, y declarando que las ofensas hechas por los blancos á los indios fueran por éstos juzgadas y castigados los ofensores como si fueran miembros de la tribu, concluyendo en los términos siguientes: «Que nada podía interrumpir la paz y armonía ahora establecida entre dicha Nación y los Estados Unidos.»

Además del beneficio fantástico de cazar en todo el territorio de los Estados Unidos, compensando la cesión de territorio hecha á favor de éstos, se establecía en otra cláusula que les serían pagadas ciertas cantidades por indemnización de los terrenos cedidos, y que los Estados Unidos podían adquirir aún más del que les pertenecía, de acuerdo con lo establecido en tratados anteriores.

Estas dos cláusulas son las que han servido de punto de partida para llegar á la completa absorción del territorio americano que ocupaban los indígenas.

Cuando al Gobierno federal le convenía atacar á la tribu para debilitarla destruyendo gran número de sus miembros, ó para apoderarse de alguna parte de su territorio, dejaba de pagarles las cantidades convenidas como compensación de anteriores cesiones, á fin de irritarlos, y que les presentaran un motivo aparente que á los ojos de las otras tribus legitimara el ataque, y con las que tenían sus cuentas corrientes á fin de que no les prestaran auxilio de ningún género.

Á la falta de pago, ó sea del cumplimiento de lo pactado, la tribu presentaba sus reclamaciones, que eran desatendidas, sin que por ningún medio pudieran conseguir el ser oídos; esto daba lugar á actos violentos que eran seguidos de la ocupación militar del territorio; ocupación militar llevada á sangre y fuego para aterrarlos é imponerles las condiciones que querían, siendo una de ellas la ocupación de otra parte de sus tierras, y el derecho de poderles comprar más, por el precio que los Estados Unidos les pusieran.

Las tribus que tenían sus cuentas corrientes y cuyas reclamaciones habían sido atendidas, no sólo no auxiliaban á la que estaba en guerra, sino que juzgaban merecido el castigo que se le imponía, sin comprender que al año siguiente se jugaría con cualquiera de ellas la misma farsa sin que pudiera recibir socorro de los vencidos.

De este modo fueron cercenándoles territorio hasta conseguir la completa destrucción de las tribus que ocupaban los terrenos más ricos y dejar libres de indios á muchos Estados.

Cuando no les era posible guerrear con ellos, porque, concedores de sus intenciones, no les daban motivo alguno, contentándose con dirigir á Wáshington sus reclamaciones por los atropellos de que eran objeto, se valían de la cláusula que en sus tratados existía, por la que estaban obligados á vender sus terrenos á los Estados Unidos por el precio que éstos tuvieran por conveniente designarles, cuya venta se efectuaba forzosamente, si bien el pago del valor de las tierras compradas no tenía lugar, para obligarles por este me-

dio á la lucha que con tanta insistencia habían rehusado.

En 1786 se reunieron las principales tribus para hacer ver al Gobierno federal lo disgustadas que estaban por la conducta observada con ellos, y redactaron una instancia que dirigieron al Congreso de la República, y de la que copiamos los siguientes párrafos:

«Hace más de tres años que se firmó la paz entre el Rey de la Gran Bretaña, y VV. sin que nada se nos haya dicho.

»Hemos recibido dos mensajes del Congreso 13.º de los Estados Unidos, y uno del Rey de Inglaterra, en cuya guerra estábamos mezclados, manifestándonos deseos de que permaneciésemos tranquilos; cuyos deseos fueron satisfechos lealmente por nosotros.

»Terminada la guerra, hemos deliberado acerca de la mejor manera de obtener una reconciliación sincera con los Estados Unidos; y para obtenerla, estamos dispuestos á facilitar los medios que se juzguen necesarios, toda vez que, un juicio equivocado de nuestra conducta en la pasada guerra ha podido ser causa de la animosidad que entre VV. y nosotros ha existido, y que sentimos infinitamente.

»Estamos ansiosos por llevar á cabo nuestro plan de acomodación que dé por resultado una paz y reconciliación firme y verdadera entre ambos pueblos, para lo que pondremos en su conocimiento los medios que juzgamos más á propósito.

»Según nuestra opinión, todos los tratados que se celebren entre los Estados Unidos y nosotros deberán ser aprobados por la mayoría de los confederados, y puestos en ejecución de una manera clara y sin restricciones por ninguna de las partes.

»Lo que se resuelva acerca de las tierras debe ser con el consentimiento de nuestros consejos y el de VV., por ser ésta una materia de suma importancia para todos; y será requisito indispensable en toda cesión de territorio que ésta se lleve á cabo de la manera más pública posible, y sea decretada por los votos unidos de todos los confederados que tengan tratados parciales; y, de no ser así, quedarán sin efecto las cesiones que se hicieren.

»Hagámonos mutuas concesiones, y cumplamos lealmente nuestros compromisos, como los cumplen los hombres honrados.

»Antes de ahora les hemos manifestado á VV nuestros deseos de cumplir con exactitud nuestros compromisos, y que estábamos resueltos á aparecer justos y razonables ante el resto del mundo; esta es hoy la resolución de todos los jefes de nuestra confederación reunidos aquí, en este momento, no obstante los accidentes que han ocurrido en nuestros pueblos, en donde los enviados del Congreso 13.^o asesinaron innumerables jefes de tribus que estaban absolutamente dedicados á promover la paz con VV.»

Las frases que acabamos de trasladar eran dirigidas por los pieles-rojas al humanitario Gobierno norteamericano; si bien, á juzgar por el contenido de ellas, parece que los términos están invertidos, y que los filántropos y hombres honrados son los indios y los norteamericanos los pieles-rojas.

Esta exposición no tuvo respuesta alguna, y ningún efecto causó en las Cámaras norteamericanas; sólo, pasado un año, el Presidente de la República dió instrucciones al Gobernador de la parte Noroeste del territorio de Ohio para que examinara cuidadosamente el verdadero carácter de las tribus indias que residían en su distrito, manifestándole «que los tratados que existen deben ser examinados, por más que no debe procederse á su examen mientras no podamos obtener un cambio de límites beneficioso para los Estados-Unidos;» y agregaba: «No pierda V. ninguna oportunidad que se le presente, ó pueda presentársele, de extinguir los derechos de los indios en el lado del Oeste hasta el río Mississipi.»

En otro párrafo de las instrucciones dadas al mismo Gobernador se le decía: «Puede V. ofrecerles que si cualquiera persona blanca pasa dichos límites sin una licencia del representante de los Estados Unidos, pueden tratarlo de la misma manera que si estuvieran con él en guerra.»

Esta autorización concedida á los indios dió margen á frecuentes hostilidades, hijas de la ignorancia en que vivía el pueblo americano del derecho que aquéllos tenían de defender su territorio con las armas, si era necesario, por desconocer

los tratados existentes entre el Gobierno federal y los indígenas; siendo causa de esta ignorancia las mismas autoridades federales que, con una malicia sin igual, les ocultaban todos sus compromisos para que, ignorándose por los habitantes de la Unión, éstos promovieran cuestiones que eran siempre resueltas por las armas en beneficio de los filántropos, rompiendo su palabra empeñada; bien es verdad que para éstos, palabra empeñada á quien no tiene fuerzas para obligarlos al cumplimiento de ella, no es palabra ni es nada.

Al mismo tiempo que el Presidente de la República daba ciertas instrucciones al Gobernador del Noroeste de Ohio, de las que hemos copiado algunas líneas, se celebraron diferentes tratados con seis tribus, acerca de los que dice el mismo Gobernador «que esos tratados se han celebrado por separado á causa de los celos y hostilidades que existían entre los delawarees y los wyandottes, que él quería aprovechar, porque así debilitarían sus fuerzas, y no sería difícil, si las circunstancias lo requieren, aumentar el desacuerdo que entre ellos existe, para que mutuamente se destruyan.»

Esta es la manera de responder á la digna exposición de los delawarees, lo que prueba que el Gobierno federal no tuvo nunca en cuenta sus compromisos con los indígenas más que cuando eran beneficiosos para él, y cuando no, por medios arteros y ruines, llevaba la discordia al seno de las tribus para que mutuamente se debilitaran, y después exterminarlas so pretexto de restablecer el orden y castigar á los culpables.

Animado constantemente de esas buenas intenciones, si no podía indisponerlos para que mutuamente se destruyeran, buscaba pretextos que revistieran sus actos de cierto carácter de justicia, y escudado con ellos, ejecutar matanzas horribles y desposeer de sus terrenos á los que legítimamente los habían defendido.

Entre las diferentes tribus que ocupaban el territorio de los Estados Unidos, la de los delawarees fué una de las últimas que sufrieron los ataques de los federales, por haber sido sus mejores amigos desde la independencia de aquéllos, como lo corrobora las palabras que en 1791 dirigió el Minis-

tro de la Guerra á los comisionados que, á nombre del Gobierno federal, iban á tratar con las tribus hostiles de los niamis y wabash; dicho Ministro les decía: «Deténganse VV. con los delawares para que les acompañen algunos de sus principales jefes, que son nuestros aliados, y los de esa tribu no sólo son amigos nuestros, sino que siempre han observado bien los tratados que con nosotros tienen celebrados.»

En 1792 encontramos que esa tribu tan amiga, y que tan bien cumplía sus tratados, estaba en guerra con los Estados Unidos, por cuyo motivo, y bajo pretextos pacíficos, el Presidente de la Confederación les dirigió un mensaje en el que se explica la causa que la motivó y los deseos del mismo, y del que copiamos lo siguiente: «Hermanos: el Presidente de los Estados Unidos juzga que la guerra que existe entre nosotros es consecuencia de un error ó de una equivocación de vuestra parte, pues VV. creen que los Estados Unidos quieren desposeerlos de sus terrenos y arrojarlos de la comarca; esto no es exacto, sino al contrario, nosotros estaríamos muy contentos de tener la oportunidad de partir con VV. los beneficios de la civilización, de enseñaros á cultivar las tierras, á recoger vuestros granos, criar bueyes, ovejas y otros animales domésticos, á construir cómodas viviendas y á educar á vuestros hijos como los nuestros.

»Pensad sobre el gran objeto de la paz; llamad á vuestros partidarios, y conviniendo en la cesación de toda clase de depredaciones, enviad á Philadelphia los jefes que escojáis, por ser el punto en donde reside el Gran-Gobierno; allí podéis hacer la paz fundada en principios justos y humanitarios; pero acordaos que no habéis de demandar territorio alguno del que ya habéis cedido.»

En el mismo año de 1792, el General Putnam les decía desde Port-Vincennes: «Los Estados Unidos no quieren arrojaros de vuestras tierras; no, ellos no quieren desposeeros de ellas por la fuerza; su solo deseo es haceros justicia.» Y el misionero Heckewelder, que recorrió todo el camino de Bethlem á Pensilvania para estimularlos á la paz, les dice: «El Gran-Jefe que os ha hablado es un buen hombre, él os ama

y os dice la verdad. Yo quiero que escuchéis sus palabras y que hagáis lo que el desea.»

Con el objeto de establecer una paz, que los indígenas juzgaban podía ser definitiva, y hacer el último sacrificio en la cuestión de límites, en el año de 1793 celebraron un gran consejo, al que concurrieron todos los jefes y hombres notables de los delawares y los de doce tribus más.

Interesante, por demás, fué la sesión de dicho consejo, en el que los indios establecían, como base para la paz que se solicitaba, el que se ratificaran las disposiciones de los antiguos tratados existentes entre ellos y los Estados Unidos, que designaban al río Ohio como uno de los límites de su territorio.

Las discusiones que con este motivo tuvieron lugar en dicha sesión no fueron de hombres salvajes, sino de personas conocedoras de las cuestiones que debatían, así como de sus deberes y derechos; fueron discutidas todas las cuestiones pendientes; y para resolver sobre la de límites, que era la tea de la discordia, se fundaron en los tratados celebrados con los Estados Unidos, por ser las leyes que obligaban á ambas Naciones y que debían ser respetadas y cumplidas por unos y otros.

Llegado el momento de celebrar el tratado que los Estados-Unidos deseaban, los jefes de las tribus se convencieron de que los comisionados del Gobierno federal no consentían en el establecimiento de los límites que ellos pedían, que no eran otros que los señalados en todos los tratados anteriores, puesto que insistían en reducirles el territorio, pagándoles cierta suma como indemnización; esta insistencia indignó á los representantes de los indígenas, y uno de ellos les dirigió las siguientes palabras: «El dinero no tiene valor para nosotros por ser desconocido de la mayor parte de los individuos de nuestras tribus; por lo que ninguna consideración podrá inducirnos á vender nuestras tierras, que son las que dán el sustento á nuestras familias; no obstante, esperamos nos será permitido presentar un medio, por el cual los colonos puedan retirarse fácilmente y en paz.

»Nosotros conocemos que esos colonos son pobres, pues

de no serlo, no se hubieran aventurado á vivir en un país perturbado constantemente desde que ellos pasaron el río Ohio. Repartan VV. entre ellos la gran cantidad de dinero que nos ofrecen; dadle á cada uno la parte que anualmente queréis dar á cada uno de los nuestros, que estamos seguros la aceptarán gustosos en cambio de las tierras que VV. quieren venderles, y si tenéis en cuenta los gastos que se os originarán en formar y pagar un ejército capaz de obligarnos á abandonaros nuestro territorio, con seguridad os sobraré para pagar y repagar á los colonos, abonarles con exceso sus trabajos y cuantos instrumentos necesiten.

»Nos habéis hablado de concesiones, cuando no debéis esperar ninguna de nuestra parte, porque, si luchamos contra vuestras invasiones, es en defensa de nuestros derechos. Queremos la paz, sí, y si os queréis convencer de ello, dejadnos en nuestro territorio y veréis qué pronto somos amigos.

»Nosotros queremos consideraros como á hermanos, para lo que sólo os pedimos que nos dejéis en paz y tranquila posesión de la pequeña parte que nos queda del gran territorio que no hace mucho nos pertenecía, y de la que nos habéis desposeído; no podemos ir más lejos, porque el territorio al que queréis echarnos, no pudiendo sostener á los que lo habitan, menos podrá sostener á nuestras familias; por cuya razón, estamos resueltos á dejar nuestros huesos en este pedazo de tierra que hoy ocupamos.»

Á esta sentida queja, fundada no sólo en el derecho de ocupación reconocido y garantido en cuantos tratados existían entre ellos y los Estados Unidos, sino en el de la propia conservación, respondieron los comisionados del Gobierno americano, «que sentían mucho el que la paz no se efectuara, porque el Gobierno no podía consentir que el río Ohio sirviera de límites al territorio que ellos ocupaban,» concluyendo en los siguientes términos: «Conociendo la rectitud é intenciones liberales de los Estados Unidos, creemos que, jueces imparciales, no atribuirán á ellos la continuación de la guerra.»

Esta repuesta fué dada por el humanitario Gobierno ame-

ricano á aquellos infelices, después de servirse de ellos en sus guerras como buenos aliados y de haberles reconocido y garantido solemnemente la ocupación de su territorio; el que, á pesar del reconocimiento, les habían arrebatado, queriendo en ese momento desposeerlos por completo y arrojarlos á otro, donde la tribu pereciera de hambre.

¡Qué rectitud y qué intenciones más liberales eran las del Gobierno de los Estados Unidos! ¡Y sus representantes llamaban rectitud al rompimiento de un contrato que estaban obligados á cumplir, é ideas liberales á matar de hambre á centenares de familias que les habían prestado grandes servicios! Bien es verdad que aquella gente no entendía de otro modo la rectitud y la libertad.

Terminada la conferencia, los representantes de la Unión participaron al Gobernador del territorio que los indios no querían hacer la paz; por lo que éste envió contra ellos un ejército, mandado por el General A. Wayne, con objeto de poseionarse de las fronteras del Oeste; posesión que se llevó á cabo á las pocas semanas, según se infiere del parte que el mismo General dió al Ministro de la Guerra, y en el que le decía: «La seguridad de las fronteras del Oeste, la reputación del ejército y la dignidad é interés de la Nación impiden dar un paso atrás y conceder una pulgada de terreno del que ahora poseemos, hasta obligar al enemigo á solicitar la paz.»

En agosto de 1794, el mismo General escribía al Ministro de la Guerra, diciéndole de ellos: «Puedo asegurarle que, á no haber sido por el aviso que les dió un miserable desertor, los hubiera destruído completamente; no obstante, hemos obtenido la posesión del gran emporio de la tribu, sin pérdida de sangre; este emporio lo constituían extensos terrenos perfectamente cultivados y magníficos jardines.

»En las márgenes de los ríos Miamis, Lake y Anglaice se encuentran poblaciones que ocupan muchas millas de superficie, con extensísimos campos de trigo, que no existen tan ricos desde el Canadá á la Florida.»

En este parte del General Wayne se ve la verdadera intención del Gobierno federal y la manera que él tenía de entender lo que rectitud y liberalidad significaban para él, que,

por lo visto, no eran más que desposeer á uno de lo que legítimamente le correspondía, robándole el sustento de su familia.

Para llevar á cabo su benéfica obra no se contentó con ocupar militarmente el Estado de los delawares, sino que incendió las poblaciones y destruyó por completo sus jardines y hermosísimos campos de trigo, á fin de hacerles perecer de hambre y frío, ya que no había podido destruirlos de otro modo.

Los sufrimientos de aquellos infelices durante el invierno de 1794 á 1795 fueron indecibles; sin casas que los albergaran, sin ropa que los preservara del frío intenso que paralizaba sus miembros, y sin tener qué comer, resistieron hasta que, diezmada la tribu, no tuvieron más recurso que dirigirse al Gobierno, solicitando la paz para poder atender al socorro de sus desgraciadas familias.

A su demanda de paz se les contestó que «el General Wáshington, el gran jefe de América, ansiaba vivir en paz con ellos y considerarlos con el amor de hermanos, y que los Estados Unidos procederían con ellos como un padre cariñoso con sus hijos.»

A la celebración del tratado de paz que solicitaban concurren, en unión con los delawares, doce mil treinta indígenas en representación de doce tribus más, los que convinieron en ceder al Estado de Ohio dos terceras partes del territorio que últimamente poseían, quedando reducidos á ocupar las tierras que se encontraban al Norte del río Ohio, Este del río Mississipí, y Oeste y Sur de los grandes lagos hasta los límites del Canadá.

En ese tratado, como en todos los anteriores, para cubrir las apariencias que la equidad y justicia reclamaban, se establecieron compensaciones ficticias y se daban á los indios garantías que nunca habían de ser efectivas, como veremos más adelante.

Las compensaciones y garantías otorgadas se encuentran en los siguientes artículos del tratado:

«Art. 5.º Para prevenir cualquiera mala interpretación acerca de las tierras que los Estados Unidos ahora ceden á

los dichos indios, se establece que las tribus indias que tienen derecho á esas tierras no serán molestadas en el disfrute de ellas, pudiendo cazar, hacer plantaciones y construir habitaciones tantas como quieran, sin que sean molestados por los Estados Unidos; pero cuando dichas tribus, ó cualquiera de ellas, quieran vender todo ó parte del territorio que les pertenece, sólo podrán venderlo á los Estados Unidos, y hasta que dicha venta se lleve á cabo, el Gobierno de los Estados Unidos protegerá á dichas tribus en la quieta y pacífica posesión de sus tierras contra todos los ciudadanos de los Estados Unidos y contra todo blanco que trate de perturbarlos.

»Art. 6.º Si cualquier ciudadano de los Estados Unidos, ó cualquiera otra persona blanca, osa establecerse en las tierras ahora cedidas por los Estados Unidos, dichos ciudadanos ó personas perderán la protección de los Estados Unidos, y la tribu india en cuyo territorio se hubieren establecido podrá arrojarlos de él ó castigarlos, según lo estime más conveniente.»

El art. 7.º, entre otras cosas, dice:

«Los indios podrán cazar en los terrenos que han cedido ahora á los Estados Unidos si lo verifican pacíficamente.»

Al propio tiempo que se les hacían á los indígenas estas concesiones ficticias, se obligaban los Estados Unidos á abastecerlos anualmente de los géneros ó efectos que necesitaren por valor de nueve mil y quinientos duros.

Parece natural que, firmado y ratificado por ambas partes el antedicho tratado, los indígenas no abrigarían la menor duda de que sería observado escrupulosamente por los Estados Unidos, y más cuando así se lo aseguraba el General Wayne, diciéndoles: «Podéis creerme, porque jamás he mentido;» pero teniendo ellos presente la conducta que el mismo General había observado con ellos, y el proceder del Gobierno federal, que había roto constantemente cuantos compromisos había contraído, le manifestaron sus dudas á dicho General en los siguientes términos: «El Gran Espíritu que está sobre nosotros nos escucha y nos manda que nos esforcemos en no engañarnos.»

No obstante las dudas que abrigaban acerca del cumplimiento y duración del tratado, pudieron los indígenas vivir en paz y sin nuevas agresiones ni exigencias de parte de los Estados Unidos hasta el año de 1813, en que les obligaron á celebrar otro tratado en el que, como prueba de amistad, cedieron á éstos los terrenos que ocupaban en el sitio llamado Saint-Vincennes, y los en que se encontraban los grandes manantiales de aguas minerales conocidos por el nombre de Saline-Creek.

XX.

(Se concluirá.)





HISTORIA CONTEMPORANEA

1860

FRAGMENTOS DE UNAS MEMORIAS INÉDITAS.

Continuación (1).



ESDE mi llegada al puerto de Santiago de Cuba, capital del departamento, comprendí todo lo radical del cambio de la escena en que debía continuar mi acción. Santiago de Cuba, respecto á la Habana, está en una relación semejante á la de Burgos con Barcelona. El clima es más ardiente que el de la capital, pero menos húmedo y pegajoso, contribuyendo á hacerlo más soportable la regularidad del movimiento mercantil y del trabajo de las industrias, harto escasas en la población, donde hay horas de ese quietismo y silencio absoluto que en los pueblos más agrícolas que mercantiles caracterizan las en que todos los habitantes duermen ó descasan unánimemente, subordinados á la tradicional costumbre ó á las imposiciones de la naturaleza en la localidad.

Es además Santiago de Cuba residencia del Arzobispado, y su catedral y el personal eclesiástico de la diócesis, en

(1) Véase el número de la REVISTA CONTEMPORÁNEA del 30 de octubre de 1882.

una ciudad poco populosa y muy distante del centro principal de actividad de la isla, que está en su misma cabeza, también influye en la fisonomía y el tono reposado de un pueblo donde el catolicismo no ha sido tan inquietado como en otras partes por los librepensadores y por la propaganda protestante. Constituían, por otra parte, elemento muy principal de aquella sociedad, multitud de familias procedentes de la emigración francesa de Santo Domingo, que habían hallado allí hospitalario asilo para sus personas y sus fortunas, engendrando con su ejemplo, al paso que las fomentaban, el amor al trabajo ordenado, siempre culto y fecundo, dando á las costumbres y al trato en general el tono de una civilización menos bronca y egoísta y de más afinidades con nuestro carácter que la del Norte-América predominante en la Habana. Las familias francesas bien acomodadas mandaban sus hijos á educarse á Burdeos ó París, en vez de hacerlo en New York, y de allí recibían la norma de sus aficiones y sus gustos, incluyendo las modas de los trajes, que es puerta de entrada principal en todo país donde como en aquél, ejercen grande influjo las mujeres; y con esto, dicho se está que Santiago de Cuba constituía un rincón de la isla, donde sin tanta novedad y tanta excitación, se deslizaba la vida á la española, sin echar de menos nuestra querenciosa vecindad en Europa con la Nación francesa.

El Comandante general que me había precedido en el gobierno del departamento, hombre de enérgica iniciativa y mucho mundo, y que poseía además toda la confianza del Capitán general de la isla, General Concha, había acomodado al país y á las circunstancias el criterio de su indudable patriotismo, interesándose activamente en el progreso material de la localidad, si bien había preferido iniciar muchas obras á dejar algunas acabadas, dada la escasez de recursos, que no alcanzaban para todo, y el compromiso de continuarlas que en todo caso dejaba así creado para la administración que sucediera á la suya; asumiendo en su autoridad personal, hasta donde las leyes podían consentirlo, todos los resortes iniciales de la vida económica de su jurisdicción, y ejerciendo la dirección de escena de aquella sociedad, para embriagarla en

un deleite que la identificara con las imposiciones de su verdadero maestro. Los bailes, las giras de campo, las rifas con objeto benéfico ó de interés público y los *asaltos* ó reuniones de sorpresa en la casa que menos esperaba ser favorecida, eran la preocupación constante de las familias de primer rango; y como aunque esta clase de disipación no fuese enteramente del agrado de los jefes de familia, venía de lo más alto, halagaba á las mujeres, que son allí las verdaderas dueñas de su casa, y proporcionaba á los hombres cierta licenciosa holgura como natural compensación, todo marchaba á placer, y el Gobernador podía jactarse de haber aleccionado como una orquesta su departamento, que vivía embriagado con las armonías de sus sensualismos.

A mí me pareció también muy agradable este sistema, pero ni imaginé que podía perpetuarse, ni menos admitirse en principio, juzgando los de gobierno con alguna severidad. Bien comprendí que la política de los Gobernadores de la isla, reflejando necesariamente la de los Gobiernos de la Metrópoli, ni había tenido ni prometía tener otro criterio que el de conservar la posesión del territorio, aprovechando su riqueza natural en cuanto la explotación no exigiese sacrificios al Estado; utilizando para el desempeño de su administración el personal de empleados sobrante en la Península, y acomodándose en todo lo demás á las circunstancias del momento, y que, en este concepto, nada podía tan eficazmente enervar el espíritu y debilitar la opinión del partido exclusivamente insular: pero atribuyendo más elevadas miras al Gabinete que regía entonces los destinos de la Nación y al General Serrano en su gobierno de la isla, y consultando mi propia conciencia, me tracé un rumbo más severo y limité por el pronto mis propósitos á inspirar confianza en mi respeto á la justicia; á distinguir en mis relaciones sociales el acatamiento debido á la autoridad, de los respetos y consideraciones merecidas por la persona del que la ejerce, cosas que andaban algo confundidas y en que siempre se arriesga el prestigio de la primera; á dar toda la posible transparencia á los actos de la administración, sobre todo en la municipal, y á atemperar el vértigo de placenteras manifestaciones

que daba tono á las costumbres en forma de festejos, inauguraciones, bailes y giras de campo, donde era el juego principal aliciente, justificado con algún tributo para la beneficencia pública, nunca bastante favorecida por este medio para contrapesar los males que la disipación y el vicio infiltran en el cuerpo social. En la cuestión de negros y la de la actitud de la autoridad con los insulares en general, ambas esencialmente políticas y en las que la opinión consideraba entonces concentrado el interés de todas las demás, yo venía inspirado en el criterio del Gobernador general de la isla, no sólo por deber como delegado de su autoridad, sino por estimarle como el más acertado y justo, á saber: el de impedir la trata con toda severidad dentro de la legislación que la proscribía, y el de procurar en todo nombramiento para cargos electivos, en toda comisión de representación popular ó de ingerencia en la aplicación de los intereses locales, en toda manifestación del aprecio y confianza de la autoridad, tal equilibrio entre americanos y europeos, que no pudiera deducirse preferencia alguna, por lo mismo que parecía natural, mostrando así al país que el Gobierno de la Metrópoli no hacía distinción entre sus nacionales; que los intereses de la isla tenían su garantía en la misma administración del Estado, y acostumbrando á todos á la idea de que en nuestras llamadas colonias no pesaba el poder público más ni menos que en las demás provincias de España.

Pero como en materia de sistemas recortados para representar una política suele acontecer que la misma afectación de las satisfacciones que se dan es tomada por evidencia de la falta de sinceridad que las inspira, ni la especulación activa del país dejaba de interesarse en la introducción de negros, ni los encargados de reprimirla de resentirse más ó menos de la constante atmósfera de persuasión y soborno que aspiraban en todas partes, ni los Ministros extranjeros autorizados para vigilar el cumplimiento de los tratados internacionales podían satisfacerse con resultados no absolutos y que denunciaban la ineficacia de las leyes ó la gestión hipócrita de los funcionarios. En cuanto á la consideración con los cubanos en perfecta igualdad con los españoles europeos,

como el principal inconveniente del procedimiento estaba en los retoques con que generalmente se acentuaba, personalicé á título de atribución de mi autoridad lo que era realmente criterio de gobierno, y con este temperamento, si no armonicé las opiniones, algo logré desviar de la política los primitivos comentarios.

La cuestión de la represión de la trata, sin embargo, pesaba sobre mi responsabilidad moral con más gravedad cuanto más reflexionaba sobre los términos en que me encerraban las prescripciones legales. La experiencia, que había probado ya que aquellos medios no bastaban para conseguir el objeto, daba por sentado, como inducción muy racional, el hecho de que cuando tenía lugar una introducción de negros, suceso en que todos aprovechaban algo, no había de ser el Gobernador, que mejor que todos podía hacerlo, el único que no aceptase alguna compensación de la censura de los sucesos que no había podido evitar. Estaba tan naturalizada esta idea en la opinión y había discurrido tan ingeniosamente la malicia para mantenerla, que cuando se evidenciaba la enteréza de un funcionario, la calumnia murmuraba en voz baja: «Es que le ha parecido poco el precio;» y como el ejemplar de la virtud ofendía la conciencia de los frágiles y contrariaba además el interés de los tratantes, el fallo de la opinión era siempre unánimemente desfavorable al juzgar el caso inverosímil de un empleado que había rechazado una fortuna por estorbar el comercio humanitario en que se sustraían víctimas de la barbarie y se fomentaba al par la riqueza de un país culto, siquiera respondiese tal conducta al cumplimiento de sus deberes. De todo ello se deducía la inflexible realidad de que para evitar la entrada de negros bozales en la isla, era preciso llegar hasta la arbitrariedad, incurriendo en responsabilidad ante las leyes, y aun haciéndose sospechoso de irracional codicia en el concepto de las gentes; pero que si los negros entraban, aunque todo el Estado oficial hubiese apurado los recursos lícitos de la resistencia, la autoridad ó sus agentes habrían sacado su ventaja, cohecho cuya persuasión interesaba y procuraban difundir con cierta autenticidad los armadores ó empresarios de la expedición, como descargo real

ó figurado de las cantidades que con esta aplicación conseguían en sus cuentas.

Yo no puedo justificar mi resolución, y por consiguiente, no hago alarde de ella, que nunca es buen ejemplo en quien ejerce una autoridad secundaria, por elevada que ella sea, desbordar el límite de las atribuciones que la determinan; pero á una ú otra cosa había de inclinar el ánimo, obligado á decidirse por lo mejor, y en aquella disyuntiva, opté por lo que me pareció más digno como hombre honrado y más serio para el Gobierno de España, aunque como funcionario me hiciese culpable de algún abuso en el ejercicio de mi ministerio. Decidí, pues, en absoluto impedir todo desembarco, ó entregar á los tribunales á los culpables cuando no hubiese podido prevenir el delito, siquiera tuviese que faltar á los respetos que garantizaban su inmunidad después de consumado el alijo y barajada ya la fraudulenta mercancía con la propiedad lícita, y salvando así cuando menos el crédito de la Administración, dejar á la suprema autoridad de la isla y á su Audiencia el fallo definitivo sobre un hecho culpable que implicaba responsabilidad; que no habían podido impedir las previsiones legales, y que, sin embargo, afectaba los compromisos del Gobierno en sus relaciones internacionales.

Con este acuerdo íntimo, pero al que yo procuré dar toda la conveniente transparencia para que los ánimos desechasen la intención ante la perspectiva del fracaso, pude evitar y evité, en efecto, varias introducciones proyectadas, aunque no todas, porque no eran igualmente amenazadores los procedimientos que amagaban á la especulación en las demás jurisdicciones de la isla, y si, cuando llegó en la que yo gobernaba alguno de los raros casos en que mis prevenciones hubieran de convertirse en actos, no merecieron los de mi gobierno, en esta parte, la sanción de la superioridad, ni yo pude extrañarlo ni arrepentirme, pues las reconvenciones merecidas por mi exceso en la persecución, dejaban, sin embargo, traslucirse toda la diafanidad de mi conducta.

Andando el tiempo, á pesar de esto, tal vez por esto mismo, pude apercibirme de que algún funcionario del Gobierno superior de la isla, quejóse en su familia, que residía en San-

tiago de Cuba, de falta de consideración á su casa por haberse procedido judicialmente á la aprehensión en ella de un negro criminal allí oculto; procurando crear atmósfera contra mis actos, había llegado hasta engendrar alguna duda en el ánimo del Capitán general, cuya confianza era para mí un título de honra. Ocurría por esta época el suceso de la anexión á España de la isla de Santo Domingo, y como la situación geográfica del puerto hacía de Santiago de Cuba una importante escala en la navegación desde la Habana á la isla anexionada, mi comunicación más inmediata con ésta para el envío de tropas, comisiones, etc., me permitió aprovechar la ocasión de implantar el General Serrano la bandera y el gobierno nacional en la nuevamente española posesión de Santo Domingo, para rogarle desembarcase al regresar á la Habana y se detuviese algunos días en la capital de mi departamento. Significaba ostensiblemente mi mensaje la felicitación á su autoridad, expresando el entusiasmo que tan importante acontecimiento inspiraba á la población de Cuba y el deseo de que pudiera apreciar por sí mismo la lealtad del sentimiento de sus habitantes, pero era mi principal interés presentarle ocasión, atestiguando con todo el vecindario de la capital, de juzgar por sí mismo de mi gobernación en el departamento. Para caracterizar más la misiva, invité á las personas más autorizadas y respetables de la ciudad á constituir la comisión que había de personificarla; fleté un vapor que la condujese, encareciendo á todos mi empeño en que recabasen del General Serrano la oferta de su visita, y esperé, confiado en sus nobles arranques, que había de apresurarse á hacerme justicia con tan buena voluntad como la había sentido recelosa para acoger las aseveraciones que me ofendían.

Mis presentimientos no me engañaron, y á pocos días regresaba de Santo Domingo el vapor con la comisión por mí enviada, precediendo á la fragata de guerra que conducía al Capitán general con su acompañamiento. En el momento de su llegada pasé á bordo del buque á saludarlo y ofrecerle mis respetos y gratitud por su deferencia, con una representación de la ciudad y del cabildo eclesiástico, desembarcando á poco

y recibéndolo en el muelle con todos los honores oficiales debidos á su autoridad, y las demostraciones públicas que más satisfacción podían darle respecto al espíritu del vecindario.

Cubierta por la tropa y milicias locales la carrera que debía seguir hasta el palacio del Gobierno, donde tenía preparado su alojamiento en mis habitaciones; vestidas y decoradas las calles y balcones con arcos de follaje, trofeos alegóricos y colgaduras, recorrió el trayecto en coche abierto, donde me hizo sentar á su lado, seguido de las comisiones del Municipio y cabildo, entre los plácemes y entusiastas vítores de toda la población, que acudió en masa á festejar su entrada. Presenció luego desde sus balcones el desfile de las tropas, recibiendo después á las corporaciones oficiales, y defiriendo con gusto á mi ruego, á todas las personas distinguidas de la ciudad que lo desearon, quedando instalado ya y tan complacido de sus primeras impresiones, que nada me quedó que desear para completar la satisfacción de las mías.

En los días que me honró allí con su permanencia, yo aproveché mi primera conferencia familiar en exponerle las dudas que me mortificaban sobre el concepto vago que suponía le habían imbuído respecto á mi gobierno; le manifesté ingenuamente que el deseo de que pudiera juzgarlo todo por sí mismo habia sido el interés principal de mi invitación para que visitase el departamanto, y le supliqué diese audiencia franca á todo el que se acercase á su persona, con esa confianza que, sin mengua de la dignidad, era peculiar de su carácter; sin extrañar mi apartamiento en tales casos, con objeto de ocasionar un desembarazo más expansivo á la expresión de los que se le acercasen. Puso el General Serrano cariñoso empeño en disuadirme de lo que llamó mi preocupación, asegurándome el desprecio con que había escuchado las aseveraciones que pudieran haberse referido á mi conducta, y concluyó felicitándose de que su presencia y su detención allí le diesen oportunidad de poner en evidencia la justicia de mis actos y del aprecio que le merecían.

Permaneció en Cuba el General Serrano cerca de una semana, durante cuyo tiempo, en son de festejos y agasajo á su persona, en los bailes, banquetes y excursiones campes- tres que se le consagraron, puse toda mi solicitud en relacio- nar su conocimiento con toda aquella sociedad y cuanto en ella en todo género de asuntos podía inspirar su interés, cosa que no me fué difícil, ni ingrata, dada la simpática iniciativa de su carácter y esa elevada familiaridad con que reviste su perspicua inteligencia. El General Serrano correspondió sa- tisfactoriamente á todas estas atenciones, y queriendo signi- ficarlo de modo más concreto, dió un banquete oficial á todas las autoridades y personas notables de la población, entre las que figuraba en primer término el Arzobispo de Cuba. Selló con este acto su autoridad los vínculos de afecto y estima- ción que con su trato se había granjeado en la población en pocos días, y para resumir, extremando más las satisfacciones que, aun prodigadas entre todos, bastaban para lisonjearme á mí, pronunció al brindar por mi autoridad, como Gober- nador y Comandante general del departamento, un discurso de encomio tan vehemente, saturándolo para mayor sinceri- dad de alguna reticencia á las equívocas aseveraciones que había tenido el acierto de desestimar, que ni pude al darle las gracias dominar la emoción de mi gratitud, ni hubiera res- pondido cumplidamente de ningún modo, á no hacerlo por mí el entusiasmo con que sus palabras fueron acogidas por todos los demás. Así terminó su, para mí, honrosísima visita, reembarcándose para la Habana, en medio de las ardientes demostraciones populares que revelaban los sentimientos que había inspirado en la ciudad.

La posesión de Santo Domingo no duró á España mucho tiempo. Sea que la preocupación del carácter y de la historia de sus naturales no inspirase al General Serrano un apego bastante confiado en la conservación de aquel País; sea que el Gobierno de la Metrópoli acudió á hacerse cargo de su or- ganización con demasiada severidad en las doctrinas y falta de suficiencia y oportunidad en los recursos; sea en fin que el sentimiento de la anexión no había sido más que un arti- ficio de los dominicanos y una ilusión de los españoles, la

insurrección no tardó mucho en asomar la cabeza en los campos y extenderse á los poblados, y la represión, vigorosa al principio en sus actos instintivos, tomó un carácter tan premioso y desalentado en cuanto se trató de organizar la guerra, que bastó poco tiempo y algunas contrariedades para que la opinión pública en la Península y en Cuba se diese por desengañada y clamase por el abandono con la misma vehemencia con que había acogido la idea de la anexión. Afortunadamente para el General Serrano, había terminado ya el período de su mando en Cuba, ó sean los tres años que la práctica ha establecido como regla de derecho y medida de conveniencia, y contento sin duda de que el destino alejase su personalidad de un desenlace tan contrario á las ilusiones con que se había iniciado la reintegración de nuestra antigua colonia, se restituyó á la Península, donde sus numerosos amigos le esperaban contando con que ambiciones levantadas sobre las ya satisfechas, su talla, su carácter y condiciones de jefe de partido, abrirían nuevo juego á las especulaciones de la política. Ni me apegaba á mí tampoco á Cuba la esperanza de acumular las modestas economías que se pueden hacer honradamente, ni me parecía consecuente con las distinciones que había debido al General Serrano conservar después de su despedida de la isla un mando que me había honrado por su elección y su confianza, y así no vacilé en elevar mi dimisión al Gobierno de S. M., fundándola en los motivos de salud que la costumbre ha sancionado como fórmula de respeto, disponiéndome también á regresar á la Península, con ese alegre instinto, á veces poco racional, con que las golondrinas dejan en el otoño las regiones de Europa donde han pasado el verano, para volver ufanas al clima de África donde han nacido.

Mi pretensión fué naturalmente atendida, y yo dispuse mi regreso á Europa en agosto de 1862, en un vapor de la línea francesa de Veracruz que hacía allí escala. Al despedirme oficial y particularmente de las corporaciones y de aquella sociedad, con que me había identificado durante dos años y medio esa comunidad de intereses, de sensaciones y hasta de naturales desabrimientos que constituyen la vida de las po-

blaciones desviadas de los grandes centros de acción y movimiento, confieso que sentí pesar como si allí hubiera nacido, y hubiera sido hasta ingrato el ocultarlo, cuando todas las clases, todas las gentes de la ciudad, me acompañaron hasta el muelle, fletando dos vapores y multitud de lanchas para enviarme sus últimos saludos más allá de los límites en que podía conservarse la sombra de mi autoridad. Conservo con reconocimiento las comunicaciones en que el Gobernador del Arzobispado y el Ayuntamiento, Cabildo catedral y otras corporaciones quisieron significarme su simpatía, y me permitieron lisonjearme con una carta del Ministro inglés, destinado en la Habana para vigilar el cumplimiento de los tratados que condenaban la introducción de negros, en la cual me felicitaba por la justificación de mi conducta, cuya notoria entereza había encomiado con distinción al Gobierno de S. M. británica.

Dejé, pues, aquellas costas de la isla, pensando y sintiendo como español que bien merecen sus habitantes y su suelo que lo estimemos como el de la Patria, nivelándolos relativamente con las provincias de la Península en los tributos; acomodando allí la administración de justicia y la instrucción pública á las especiales condiciones de la población, de modo que en la primera el temor de los procedimientos no enturbie la esperanza de los fallos, y en la segunda la libertad de estudio y de enseñanza no autorice la perversión de la moral, del derecho y de la ciencia; basando la administración provincial y municipal sobre la riqueza, algo pero no mucho sobre la capacidad, que suele disfrazar la codicia egoísta con los celosos cuidados de la fortuna ajena; limitando la iniciativa y la acción del poder central á la gestión de los asuntos de interés general y al correctivo de las irregularidades del caciquismo de localidad; aplicando sin cercén el presupuesto de ingresos de la isla á las obligaciones contraídas en su nombre, á los servicios públicos precisos, mientras no haya holgura bastante para hacer alardes de grandeza, y á las obras de verdadera importancia para el desarrollo de la riqueza agrícola, la industria y el comercio; á desterrar el monopolio tradicional de los empleos y destinos del servicio

del Estado en favor de los privilegiados de la Península, que ni los obtienen ni los desempeñan con mejor derecho; y por último, á disfrutar en el orden político el constituido para todos los españoles, pero regido con la precisión que las leyes determinan, como garantía de su equidad, sin transacciones depresivas, ni tolerancias medrosas, ni protestas de amor á las instituciones para imponer respeto á las que son amparo de los intereses de todos los hombres honrados contra las asechanzas y las violencias de los perturbadores.

ANTONIO L. DE LETONA.





EL PRIMER
MARQUÉS DE LA VICTORIA
Y SU PROYECTO GENERAL DE REFORMAS
EN 1747 (I).

X.

El punto tocante á la Marina es el más interesante para el Rey y para la Nación. Agradecido Antonio Pérez al buen hospedaje de la corte de Francia y preguntado qué medios harían dichoso un Reino, respondió como oráculo diciendo: *Roma, Consejo, Marina*; dando á entender la buena unión que se debe tener con la Santa Sede en cuanto á la disciplina de los eclesiásticos; la necesidad de un Consejo en todas las deliberaciones formado por sujetos propios y experimentados, y lo imprescindible de una buena Marina, así de comercio como de guerra.

Es ya máxima establecida que un Príncipe que está obligado á mantener una Marina, la debe componer de tal número y calidad de navíos que pueda con ellos no temer las fuerzas de cualquier otra potencia marítima que le sea enemiga. Porque, ¿de qué le sirve un número reducido de na-

(1) Véase la pág. 439 del tomo anterior.

víos, sobre todo si son inferiores en calidad y cantidad de artillería?

La poca correspondencia de amistad y de unión que tuvieron en Cartagena de Indias D. Sebastián de Eslava y D. Blas de Lesso, fué motivo de oscurecerse las bellas acciones que hicieron los oficiales y tropa de marina en la defensa de Bocachica, baterías y demás puertos, y sin ponderación alguna si los ingleses se hacen dueños de aquella plaza, á estas horas estarían en su poder todas las Indias de Tierra Firme.

No debe componerse la Marina de mucho número de navíos, sino que es preciso que éstos sean grandes y de buena y fuerte construcción.

Ninguna cosa temerán todas las potencias marítimas, Francia, Inglaterra y Holanda, y harán todos los esfuerzos imaginables como para que nunca se ponga en pie marina alguna en España. El ejemplo de Sicilia, las quillas quemadas y aserradas en el pasaje, la intentona de Cabo Sicié y lo sucedido en el Congreso donde al Rey no le querían dejar otra facultad que mantener doce navíos, son todos ejemplos vivos de esta sospecha, y no menos lo que le sucedió al Sr. Torres con el Marqués de Antén en Indias.

La desigualdad de nuestros buques, de su construcción y del calibre de su artillería, el abandono en que por el pasado se ha tenido en la conservación de los que había, juntamente con el engaño, nacido de la poca ó ninguna experiencia de la guerra de mar, de que construyendo navíos de 70 cañones eran éstos suficientes á oponerse á un navío de tres puentes, y aun con ciego empeño querían incluir por navíos de entrar en línea los de 60 cañones, sin distinguir que no es todo uno entrar en línea ó mantenerse para el combate en ella, todo ha contribuído á que no se examine debidamente de qué calidad de navíos se debe componer la Marina del Rey.

En nuestro combate de Cabo Sicié, en Provenza, contra los ingleses, el navío el *Constante*, de 64 cañones, con batería de 24 y 12; el *Neptuno*, de 54, con batería de 18 y 12, y el *Poder*, de 56, con la misma batería, no pudieron resistir en línea una hora y media sin que fuesen obligados arribando de salir de ella ó exponerse á ser echados á pique, porque los

navíos ingleses de 90 cañones y de 70 con baterías de 30 libras y 18 de calibre los pasaron á los primeros balazos, y al *Poder*, desarbolado del todo, lo rindieron; y el *Hércules*, que se mantuvo más de dos horas en defensa de la popa de *El Real*, se vió obligado también á arribar para componer al abrigo de éste sus maniobras, siendo un navío de 60 cañones con baterías de 18 y 12. Compárese ahora la resistencia del navío *El Real* en medio de tener sus baterías de 24, 18 y 12, atacado de cinco navíos, de ellos tres de tres puentes, con qué tesón y constancia se defendió y maltrató á los enemigos, y cuanto mayor daño les hubiera hecho si hubiera sido artillado de 24 y 24; y se deducirá, como lo confiesan todos los oficiales de nuestra Marina y de la de Francia, que los navíos para la guerra han de ser de diferente construcción que las fragatas ó navíos de 60 cañones con artillería de 18 y 12, las cuales son buenas con las de inferior porte para solamente el corso y otros usos. El pez grande se traga al pequeño, y un hombre robusto siempre echará á tierra á un muchacho, por valiente que sea.

En este año de 1747 ha experimentado la Francia la misma natural desgracia de perder toda su escuadra de 13 navíos de diferentes portes, mandada por el Sr. La Junquiere, contra 16 navíos ingleses de mayor porte, mandados por el Contralmirante Ampson, los cuales, habiéndose encontrado en la altura del Cabo Finisterre, aunque los franceses se defendieron, como se debe creer, bien, la superioridad de los navíos ingleses obligó á todos á arriar su bandera.

Todo el número de los navíos destinados para la guerra del mar de que se debe componer la Marina del Rey no ha de pasar de 36; 24 navíos de 100 cañones en tres baterías corridas, las dos de 24 y 24 y la tercera de 12, más planudos que *El Real* y de menor guinda, y 12 navíos de 70 á 80 cañones en dos baterías y media de 24 y 24, más cortos que la *Santa Isabel* y también planudos.

También se necesitan fragatas ligeras para la guarda de la costa del Mediterráneo y Océano de nuestra España. En tiempo de Carlos II había desde Gibraltar hasta los confines de Cataluña cuatro, y dos en las costas de Galicia y Canta-

bria. Con esto los moros cautivaban muy pocos españoles.

Son igualmente precisos para las costas de América y del Mediterráneo:

Cuatro navíos, dos para hospitales y dos para convalecencia.

Diez id. para brulotes.

Diez bombardas.

Doce grandes jabeques.

Doce balandras grandes para las ensenadas y costas de América, y

Doce avisos ó más, según los tiempos sean de guerra ó paz.

Una de las cosas que necesita reforma es la inútil diferencia que hay de grados en la Marina, de tantos alféreces, tenientes y capitanes, unos de fragata y otros de navío. La mar consume muchos hombres, sus trabajos son continuos y siempre de riesgo, su vigilancia sin igual; si no hay mocedad y robustez, cuando llegan á ser capitanes, están ya llenos de mil enfermedades. No debe haber, pues, en la Marina más que alféreces, tenientes y capitanes, sin otra distinción. De estos capitanes ha de haber 12 ó más de preferencia, escogidos por sus servicios, antigüedad é inteligencia, destinados para el empleo de jefes de escuadra. Son necesarios tres Vicealmirantes, dos de justicia en España y uno con sólo los honores en Indias.

Ninguna cosa es más irregular é incompatible en la Marina del Rey como el poco sueldo que tienen los capitanes y los subalternos de élla mientras es tan exorbitante el que disfrutan los comisarios ordenadores de guerra y mar, y los oficiales ó escribientes de Marina. Un comisario ordenador goza al mes 250 escudos como un jefe de escuadra, y embarcado no gasta en comida y disfruta raciones. Un capitán de navío tiene 85 escudos, y un comisario de guerra y mar 150 escudos, diferencia tan considerable que sólo la pudo inventar el Ministro de Marina (1) que la dispuso.

(1) El comisario de Marina D. Alonso de Balbas hizo la instrucción impresa que sirve hoy día de ordenanza, en el año de 1717, siendo secretario de D. José Patiño.

XI.

Ninguna cosa más perjudicial, inútil y de cargo á las ciudades de los Reinos como los Regimientos perpetuos que han comprado y obtienen muchos nobles y principales caballeros, y en tan exorbitante número que como calentura crónica infestan y consumen la sangre de los ciudadanos y habitantes, porque la mayor parte se compone de sujetos de pocas conveniencias, y como tales, deseosos de vivir con el empleo. Es preciso que para estar bien, no gobiernen bien y sólo miren el provecho suyo sacrificando el del público, que aunque hay algunos entre ellos que no se mezclan en nada, la mayor parte no tienen otra renta que el Regimiento, y lo hacen valer cuanto pueden.

Cada regidor desea entrar en el mes que le toca, solamente para sacar dinero de las carnicerías, revendedores, tiendas de montañeses, bodegones, de todo comestible y de cuanto pueden para vivir una gran parte del año. De donde resulta que los carniceros hurtan la carne, los demás usan de medidas cortas, el vino se vende aguado, y los revendedores, que compran muy barato, venden carísimo. Lo mismo sucede con todo género de abastos. Sería providencia conveniente que de la corte saliese para todos los Reinos una misma vara para medir, un mismo peso para pesar y una misma medida para el vino, aceite, etc.

Sería cosa justa que se estableciese un número competente de regidores, elegidos anualmente, no pasando de doce y dos supernumerarios; los cuatro nobles, cuatro ciudadanos y cuatro plebeyos.

En las ciudades y villas pequeñas bastaba la mitad de este número. Todos de cincuenta años de edad por lo menos. Y se les debía exigir estrecha cuenta de las rentas municipales.

XII.

Otro de los puntos de gobierno cuya reforma propone el Marqués de la Victoria, es la reducción de las encomiendas de las cuatro Órdenes militares de España á dos. No se pretende, dice, que todo el producto de las encomiendas de las cuatro Órdenes entre en el Erario Real, porque no se ignora que las encomiendas se consideran como bienes eclesiásticos, y que el Rey ha cedido estas rentas segregándolas de sus legítimos tributos. Lo que se desea es que se haga más justa repartición de todas ellas, hallando muchos vasallos el alivio en una encomienda, que uno solo goza sin necesitarla unas veces y sin merecerla otras.

El Rey Felipe V confesó en un discurso que esto era verdad y que así debía hacerse, discurso que le propuso el mismo autor de estos Puntos; pero detuvo su reforma, ó el considerar las grandes y pingües rentas que gozan los Infantes, ó no quiso decírselo á Patiño por no tener la oposición que este Ministro ponía á todo cuanto no saliese de su imaginación y fuese parto suyo.

Conocido es el origen del instituto de las Órdenes; pero quien hace hoy la guerra á los moros y enemigos de la fe y de la Corona, son las tropas del Rey, habiéndose experimentado, con admiración universal, que habiendo acometido España dos expediciones al Africa, una en Ceuta el año de 1723 y la otra en Orán en 1732, no se ha visto comendador alguno, ni clavero, ni caballero cruzado, menos los empleados en las tropas, que se haya ofrecido, como era su obligación, á formar cuerpo de cruzados. Pues si cesó el motivo y en ellos la obligación, se ve patentemente la necesidad de reformar esta institución.

XIII.

Imponiendo en España por ley general que ninguno pueda gozar privilegios de hidalgo que no haya servido al Rey ó

tenga empleados hijos ó hermanos en el servicio, hubiera muy poca nobleza que no se dedicara á la guerra y á la marina. La misma consideración se debía practicar con los Grandes, que el que no hubiese servido, á lo menos un número de años, que no tuviese ó gozase toda la estimación que sin servir disfrutan. Presto se vería más virtud, más aplicación y más regular vida en ellos.

El punto de reglar la Casa Real asombra, pero un Rey todo lo puede, cuando todo lo que le conviene es justo.

No es buena ni conveniente política el premiar á la alta nobleza, que no sirve que en Palacio, rica por sí, con grandes pensiones ó encomiendas. El honor de servir inmediatos á las personas reales no es poca ventura, y sus premios han de ser honores. Toisones, llaves de gentiles-hombres, retratos reales, espadas, bastones, sortijas y cajas deben ser los distintivos aprecios con que el Rey les puede manifestar la gratitud real.

Ningún grande empleado en los supremos empleos de la Casa Real han de tener sueldos, y solamente los gajes de que disfrutan por sus empleos regulados á una decencia correspondiente al empleo.

Los Corregimientos que los hijos de las camaristas disfrutan con tanta exorbitancia y sin razón quedarían abolidos si la España se reduce, como se ha propuesto, en pequeñas provincias.

Reformando el Consejo de Órdenes como inútil, es preciso reglar el Consejo de Estado, formando uno de Gabinete de los primeros hombres de los Reinos, cuyo número no pase de seis: uno que haya desempeñado embajadas, otro que haya servido en Guerra, otro en Marina, un eclesiástico y los otros estadistas y legistas de la primera nobleza. Todos los demás Consejos reformarlos.

La secretaría ó covachuela de los primeros Ministros es menester que se componga de oficiales primeros y segundos, que escriban y noten bien, un ingeniero en jefe para examinar los proyectos de fortificación, un capitán que sea inteligentísimo en la Marina, etc., así como de secretarios del Rey expertos en todas las lenguas europeas y orientales.

XIV.

El gobierno de las Indias, según hoy día está, es un laberinto, un caos y un nudo gordiano, que solamente el ingenio de un Dédalo y el poder de un Rey pueden con el tiempo, con prudencia y con castigo, remediar tantos abusos, la desarreglada vida de los religiosos, la poca doctrina y aplicación de los eclesiásticos.

La no absoluta potestad de los Obispos sobre ellos, el descuido y avaricia de los Gobernadores y Alcaldes, la ninguna justicia en las Audiencias, con otros muchos gravísimos desórdenes que proceden de las causas mencionadas, contribuyen á que aquellos pueblos vivan sin libertad, sin observar la religión que se les predica, siempre injustamente oprimidos, sin otro recurso ni apelación que á los tribunales, donde no se alcanza la razón, pero sí la gracia á fuerza de dinero, el Perú destruído de las epidemias, y Lima ahora del terremoto. No hay indio que no pague al año hasta nueve pesos por cabeza, aunque en el Reino de Méjico no sube más que á veintidos reales de plata; y el Rey apenas saca doscientos mil pesos del primero, y se ignora lo que saca del segundo.

Referir por menor lo que pasa de injusto, de irreligioso, de desordenado, era emprender definir un alfa sin omega, que nos haría pasar por caribes de las almas, de los cuerpos y de las haciendas, sin quedarnos más que el título de católicos. Solamente se apuntarán algunas principales injusticias, para que sin escandalizarse se procuren remediar las remediables.

Cuando empezaron á hacerse duños de las Indias los españoles, había pocos eclesiásticos que tuviesen el espíritu apostólico para arriesgarse á tan dilatada navegación, llena de riesgos, á fin de predicar el Evangelio: fué preciso valerse de frailes de diferentes religiones, siendo los primeros dominicos y franciscos; y con efecto, lograron introducir en muchas partes el Evangelio, quedando muchas otras con muy tenue noticia, que aun dura. La confianza que se ha tenido de que hiciesen grandes progresos las demás religiones á

quienes se ha permitido el establecimiento en ambos Reinos, no se ve que corresponde, advirtiéndose gran diferencia entre lo que predicán y la vida que pasan. Es sabido que se les concedió autorización para que pudiesen ejercer de curas en los pueblos, á fin de adelantar las conversiones y desterrar la idolatría, y que estos párrocos se pagasen de la real Hacienda, como las misiones, con la prohibición de que no pudiesen sacar de los indios gratificación alguna por fiestas, matrimonios, entierros, bautizos, velaciones, etc.; pero es lo cierto que hoy día, bajo estos pretextos vedados, les sacan á los indios cantidades considerables; de modo que hay curato en las Indias que vale más que un obispado en España.

Cómo viven los curas en sus curatos nadie lo ignora. Fuera de los viejos y de algunas cortas excepciones, los demás apenas observan los institutos de su religión, y viven peor que en los países donde se practica la libertad de conciencia. En Tierra Firme no observan coro, ni tienen refectorio, ni vestuario igual, y solamente de día viven en los conventos; por cuyo motivo se van á casas particulares á comer, juegan, llevan brazaletes de tumbaga, tienen en sus celdas pañuelos de encaje, entretienen concubinas y mantienen sus hijos por medio del juego y del fraude de las rentas reales.

Viven con desaplicación y con alguna menos libertad los eclesiásticos, pero como no tienen que aspirar á curato ni á prebenda considerable, los más no se aplican á estudio alguno y solamente donde hay Universidades sobresalen algunos. Los buenos Obispos, en muchas partes, los reglan y moderan en sus abusos; pero á los frailes, ni los Obispos ni la Inquisición se atreven con ellos.

La primera cosa que el Rey debe obtener del Pontífice, es la abolición de estos curatos, dándolos á eclesiásticos de edad, sabiduría y experimentadas costumbres, sacados de las mismas provincias.

Lo segundo el vedar absolutamente que pasen á Indias ni misiones ni vicario alguno de las religiones. Pasan éstos á sacar el exorbitante tributo que sacan de los expresados curas y provinciales, los cuales con sórdida simonía contribuyen con sumas considerables para ser confirmados en ellos,

y otros más codiciosos dan dinero para curatos más lucrosos ó provincialatos; de modo que, hechos todos los gastos, se vuelven á España con 200 ó 300.000 pesos, sin saberse á dónde profunden tanto dinero.

Las misiones que pasan de España á las Indias se deben quitar, particularmente de los PP. de la Compañía. En todos aquellos Reinos hay suficientes frailes para ellas; y hay tal numero de jesuitas, que si faltasen en Europa, pueden poblarla. Verdad es, y sea en alabanza de su conducta, que viven como en España con su acostumbrada regularidad, y en las misiones hacen mayores progresos por tener con qué costearlas, siendo las de las otras religiones por su pobreza y grande abandono ya olvidadas; y muy pocos frailes hay que se dediquen á la vocación de misioneros, si no son capuchinos que pasan de Europa. No obstante su ejemplar vida, el alto dominio que han absorbido en el Paraguay, con lo que allí hacen, llevando en la mayor parte de las misiones todo artífice y hombre de habilidad y hasta militares extranjeros y ninguno español, manifiesta evidentemente la independencia de que quieren disfrutar y usurpar de aquella vasta provincia, que linda con las del Perú, sin que sea jamás capaz el Rey con todo su poder de pretender dominio ni entrada en ella, ni por fuerza ni por otro medio, á menos que no se reflexione y se resuelva alguno que impida los rápidos progresos que han hecho y pueden hacer si no se remedia.

Todo el gobierno de aquellos dilatados Reinos se debe poco á poco reducir, cuanto más se pueda, á que sea uniforme con el de España, para conservar en ellos una ley, un Rey, una medida, un peso, una misma justicia y una moneda. Sus Audiencias reducirlas á menor número de oidores y con más cristiana y observante justicia (há siglos que no la conocen).

Los Virreyes, Gobernadores, castellanos y alcaldes que se escojan entre los sujetos más acreditados de los ejércitos de España. Muchos gobiernos se han dado en los Ministerios pasados con pensionar á los sujetos que los han obtenido, según la calidad y usufructo del gobierno, todo á provecho del que se empeñaba para ellos; de donde se puede inferir con cuánto general desorden se ha gobernado hasta aquí, cuando

los más inmediatos á los Ministros eran los que más los engañaban, y disfrutaban sumas considerables y regalos por otorgar los gobiernos á persuasión de ellos á gente que para dar la pensión anual era preciso vendiesen la justicia y trasquilasen á los indios.

La capitación ó catastro en aquellas provincias convendría que se hiciese en ellas como en estos Reinos, y según la abundancia y comercio del País, vedándoles que puedan fabricar géneros ni admitirlos de tierras extranjeras, y solamente se gasten y prevalezcan los de España.

Se debe establecer y destinar en Méjico y Perú un cuerpo de ingenieros empleados en levantar planos del País, de las fortalezas, de las costas y puertos, con sus proyectos y pareceres, hacer reparos en unas fortificaciones, levantarlas nuevas y demoler otras; obligándoles á que hagan cartas justas topográficas de cada provincia, describiendo su clima, situación, frutos, comercio, etc.

Es convenientísimo al real servicio y conservación de aquellos Reinos el que se forme en cada uno un pie de ejército, compuesto más de caballería que de infantería. Quince regimientos de cuatro escuadrones cada uno de dragones, y cada escuadrón se puede aumentar á medida de la necesidad de los tiempos: los seis para el Reino de Méjico, seis para el Perú y tres para Buenos Aires y provincia del Tucumán, que todos fuesen españoles ó genízaros. Ambos Reinos abundan en buenos caballos, pues andan á millares por los campos como silvestres, y un caballo excelente domado no vale seis pesos. Ocho regimientos de infantería de dos batallones, con cuatro piezas de campaña cada uno, para las fronteras de Méjico, para Chile, Tucumán y guarnición de las islas de Venezuela.

Es preciso reformar la armada de barlovento y enviar de España, de dos en dos años, los guardacostas necesarios con sus balandras y grandes jabeques para vigilar el comercio ilícito.

Uno de los mayores cuidados que debe tener nuestro Consejo es el de jamás admitir la proposición de ceder la parte que el Rey tiene en la isla de Santo Domingo. Cedida ésta, es

cederle todas las Indias. Por ella se conquistaron y sin ella se perderían. Lo que es menester pensar es cómo poblar la parte que nos ha quedado, que es la mejor, la más rica y abundante de toda la isla. El medio sería enviar en tres viajes mil y quinientas familias, sacadas de todos los Reinos, particularmente de Cataluña y Galicia.

XV.

Una de las cosas en que la aplicación de un primer Ministro debe con incansable fervor poner orden y regla, es la administración de la justicia, destruyendo sin piedad los abominables abusos que bajo el nombre de «provechos» se han introducido como legítimos productos de los empleos en las Audiencias y Chancillerías, jueces, escribanos, procuradores, abogados, etc.

Convenientísimo sería que se trabajase en la formación de un nuevo Código legislativo, recopilando las leyes fundamentales del Reino, por el cual se gobernasen todas las justicias del Reino. En Nápoles se discurrió esto mismo, en el tiempo en que Felipe V estuvo en aquella ciudad. Trabajó en la recopilación de leyes, y se ignora si la concluyó, un D. Felipe Bolifón, ministro de la Aduana de Alicante, ya difunto. Otra recopilación salió años há, pero por tener citas falsas se mandó recoger.

La lenta administración de la justicia en España ha causado y causa más daño en las familias que toda la guerra civil que ha padecido en el reinado pasado.

En cada capital de Reino se debía establecer una casa ó Monte de Piedad, para quitar las usuras de los particulares, bajo las mismas reglas que los Montes de Piedad en Roma.

Sería conveniente establecer en las principales ciudades una casa decente de asamblea militar, donde se juntasen todos los días los oficiales de mar y tierra, y donde fuesen algunos días de la semana los Generales, debiendo mantenerse decentemente amuebladas, y con su gobernador, su segundo y una guardia. En ellas debe de haber libros de

geografía é hidrografía, planos de las plazas fuertes, esferas, mesas de trucos y de juegos de divertimento. Deben en estas casas los superiores tratar de las novedades de Europa, de las guerras de mar y tierra, de construcción, fortificación, artillería, historia, sitios, batallas, de cuanto sucede en ellas, y en qué consistió la derrota ó la victoria.

En todos los hospitales reales se han de establecer academias para la anatomía, con lecciones para la botánica, física, disección de animales, con buenos microscopios.

XVI.

Crueldad é impía proposición parece el solo pensar en la reforma de la redención de cautivos, cuanto más exponerla el autor. Esta conversación familiar, que entre otras muchas tuvo con Felipe V, no fué oída, con desprecio de aquella majestad. Véase cómo se explicó:

Han pasado cinco siglos, durante los cuales la cristiandad está pagando un feudo y tributo considerable á la más bárbara é inhumana generación de hombres que hay en la tierra. El ventajoso y avaro lucro que adquieren con hacer él corso para cautivar cristianos, se experimenta que nace de él y de la codicia de ver que para un cristiano que no sea conocido por noble, que no sea mozo ó niño, ó mujer hermosa y moza, se paga de cuatrocientos hasta mil pesos, porque en siendo descubierto por noble, á siete y más millaradas de pesos sube su rescate.

En toda Berbería, particularmente en Argel, raro es el mozo, niño, mujer ó doncella hermosa que logran libertad por medio del rescate de los redentores. Al hombre noble, al que saben que tiene caudal, no hay miles de pesos que basten para sacarle del cautiverio. Los reverendos padres Redentores, cuya caridad es grandísima, los que rescatan en su mayor parte son viejos, estropeados ó que tengan algún defecto. Aun éstos se puede ver á qué subido precio se libertan, por los mismos sumarios que se imprimen por dicha religión; mayormente los esclavos que caen en manos de los

del Reino de Marruecos, donde además de pagar 600 pesos y más por cada cautivo, es preciso que le vuelvan un moro por cada cristiano.

Esta exorbitante ganancia los anima en cada año á hacer armamentos, que á ellos por la inmediación de las costas les cuestan muy poco, pues con embarcar agua, arroz y algunos carneros tienen hecha su provisión, y la gente se ofrece con su acostumbrada superstición voluntariamente á salir al corso, por experimentar que corriendo nuestras costas y las de Italia é islas, aunque sólo cautiven pescadores y gente del campo, tienen ganada su vida.

Si se quitara que la redención se hiciese por dinero, parece caso negado que sabiendo que de los que ellos cautivan no tienen dinero alguno que sacar, quisiesen cargar de gente que no les diera otra utilidad que el servirles, pero dándoles de comer.

Si el Rey estableciese su marina, y con sus competentes escuadras cada año, hiciese que corran las costas de África, presto se les quitaría el deseo de salir al corso en busca de esclavos; con ellos se les quitaría el comercio de mar; se pudieran intentar desembarcos para inquietarlos y amedrentarlos, tomándoles todas cuantas embarcaciones pudieran apresar los navíos del Rey, y todos los esclavos que se pudieran hacer. Entonces la redención se pudiera establecer que fuese el trueque de un moro por un cristiano, de dos por un niño y de dos ó tres por una mujer.

Cuanto contienen estos puntos, el autor lo sujeta á la corrección de los Consejos, del Ministro á quien se dedican, al Concilio nacional que propone y á la Santa Sede en general.

Hoy 15 de julio de 1747.—JUAN JOSÉ NAVARRO, *Marqués de la Victoria*.

A. RODRÍGUEZ VILLA.



ESTUDIOS SOBRE LONGFELLOW

(VIDA Y OBRAS.)

Non Homero soli locus est.

I.



MÉRICA es un país verdaderamente poético. Sus caudalosos ríos, que parecen mares; sus altísimas montañas, que ora esconden su nevada frente en las nubes, ora bordan el espacio con humeantes penachos de llamas y vapores; sus bosques gigantes y seculares,

«que parece que el bautismo guardan de la creación,»

como ha dicho un dramático; su fauna, incomparable por su riqueza y variedad, el Océano inmenso de cuyas majestuosas ondas parece haber surgido, como la diosa del amor; su cielo tropical, encendido en los más deslumbrantes resplandores, todo se dirige con grandiosa elocuencia á la fantasía, enriqueciéndola con espléndidas imágenes y nuevos y desconocidos aromas y colores que reclaman el *os magna sonaturum* de los grandes poetas. Así el príncipe de los hispano-ameri-

canos, el venezolano Andrés Bello, respondiendo á esta voz, cantaba en su admirable *Silva á la agricultura de la zona tórrida*:

«Tú tejes al verano su guirnalda
de granadas espigas; tú la uva
das á la herviente cuba:
no de purpúrea fruta, ó roja ó gualda
á tus florestas bellas
falta matiz alguno; y bebe en ellas
aromas mil el viento.»

.....

«Tú das la caña hermosa
de do la miel se acendra,
por quien desdeña el mundo los panales:
tú en urnas de coral cuajas la almendra
que en la espumante jícara rebosa;
bulle carmín viviente en tus nopales,
que afrenta fuera al múrice de Tiro;
y de tu añil la tinta generosa
émula es de la lumbre del zafiro.»

.....

«Tú vistes de jazmines
el arbusto sabeo
y el perfume le das que en los festines
la fiebre insana templará á Lieo.
Para tus hijos la procera palma,
su vario feudo cría,
y el ananás sazona su ambrosía:
su blanco pan la yuca,
sus rubias pomas la patata educa,
y el algodón despliega al aura leve
las rosas de oro y el vellón de nieve.»

Hasta los mismos orígenes del Nuevo Mundo son abundosa fuente de inspiración: todos los misterios son poéticos, y misterios geológicos y arqueológicos envuelven la cuna de la joven América.

Cuando apareció radiante de virginal hermosura ante las

carabelas del genovés, las musas españolas, como todas las europeas, hallábanse deslumbradas por las renacientes bellezas del Partenón y del Coloseo. Esta idolatría por lo pasado cegaba á nuestros poetas al extremo de no comprender ni admirar la magnificencia del continente americano, que para ellos debía tener el encanto de la novedad, el atractivo de lo grandioso y el prestigio de la lejanía. Á pesar de esto, ni Lasso de la Vega en la *Mexicana*, ni Barco Centenera en la *Argentina*, ni Saavedra Guzmán en el *Peregrino indiano*, ni el mismo Ercilla que «ya tomando la pluma, ya la espada» había peleado y cantado en los «secos terrones» del Arauco, ni otro alguno sintieron latir vivamente su corazón ante el espectáculo maravilloso de las Indias.

Solamente los historiadores que no estaban tan encadenados por los lazos del Renacimiento, recibieron y expresaron algunas impresiones de aquellas poéticas comarcas: Oviedo y Valdés en su *Historia general y natural de Indias*, Lopez de Gomara en su *Historia general de Indias* y en su *Crónica de la Conquista de Nueva España* y el mismo Hernán Cortés en sus *Cartas de relación*, aunque imitando á César, describen con gusto y colorido las maravillas de América.

Necesario fué que se produjera una reacción contra las estrecheces amaneradas de mal entendido clasicismo greco-latino para que pudieran apreciarse las infinitas bellezas de la tierra americana. Uno de los primeros en revelarlas á la aletargada Europa fué el cantor de los *Natchez* y de *Atala*, poniendo de moda estas canciones bucólicas que no podían resonar en la arena pastoril de amanerados Teócritos y Virgilio.

Ya en nuestro siglo, habiendo roto la crítica los moldes antiguos, rehabilitando la poesía de la Edad Media y la oriental, trayendo al acervo común apreciadas ó no comprendidas joyas, como el *Kalevala* finlandés, los *Nibelungen* germánicos, y el *Romancero español*, las musas americanas se han inspirado en las emanaciones de su nativo suelo, creándose un Parnaso propio. Ya no ven los poetas á través de un prisma falso los colores de aquel cielo espléndido, ni ya siguen el vuelo del águila del tonante, sino los audaces giros del condor, que majestuoso se levanta sobre los

Andes. Véase cómo canta el poeta mejicano Flores, en su poesía *Bajo las palmas*:

«Por pabellón tenemos la techumbre
del azul de los cielos soberano,
y por antorcha la potente lumbre
del espléndido sol americano.»

.....
«Y tiene el bosque voluptuosa sombra,
profundos y selvosos laberintos,
y grutas perfumadas con alfombra
de eneldos y tapices de jacintos.
Y palmas de soberbios abanicos
mecidos por los vientos sonorosos,
aves salvajes de canoros picos
y lejanos torrentes caudalosos.»

Con esta riqueza y variedad de color se expresan también Agustín Cuenca pintando la *Mañana*, Híjar y Haro en los *Misterios de la noche*, Justo Sierra en sus melodiosas *Playeras*, Peón Contreras en el *Salto de Barrio-Nuevo*, donde pinta la impetuosa corriente, de este modo:

«Y hierve el agua en el revuelto seno
del hondo abismo frío,
zumbando como el trueno,
y las ondas avanzan y sereno
sigue su marcha majestuoso el río.»

En esta rápida reseña de los poetas hispano-americanos, no debemos olvidar al negro Plácido, tan dulce como Chénier y como él tan desgraciado; á Heredia, cantor del *Niágara*, que parece haber dado á sus versos la magnificencia y estruendo de tan famosa catarata, y por último, omitiendo á otros muchos, al poeta limeño Sr. P. Llona, comparable por la pujanza y delicadeza de su sentimiento y la cinceladura de su expresión vivida á nuestro Núñez de Arce (1).

(1) Hé aquí un soneto en que no se puede grabar mejor la desesperante duda que desgarró su alma, y que no dudaría en firmar el Sr. Núñez de Arce:

II.

La América Septentrional á pesar de ser país de mercaderes é ingenieros calificado con exacta expresión de país del *dollard*, no ha podido resistir á la influencia de la poesía que por todas partes la asedia.

¡Dentro del corazón ya ha enmudecido
de la Esperanza el cántico halagüeño,
y el alcázar magnífico y risueño
del Porvenir en niebla y humo es ido!

Ya la adusta verdad he conocido,
y vi del hado universal el ceño,
y disipado mi grandioso ensueño,
es mi calma... un dolor adormecido!

La implacable razón con voz severa
grita, sin tregua, al alma entristecida,
de toda nuestra dicha la quimera...

Y hoy la piedad comprendo de la suerte
que junto al mal inmenso de la Vida
puso el remedio eterno de la Muerte!

No podemos resistir al deseo de transcribir otro delicado soneto del señor Lloná, dirigido á unos ojos negros, para que se vea que no es exagerada nuestra comparación:

Negros, dulces, brillantes soñadores,
como los ojos de árabe gacela,
tus ojos son... do un mundo se revela
de incomparables dichas y de amores...

Noche que irradia vívidos fulgores
oscuro mar donde la luz riela
de un astro refulgente que se vela
en ignotas esferas superiores;
dormido, terso, misterioso lago:
nocturno golfo dó inmortal sirena
su canto eleva misterioso y vago;
abismo constelado... donde lanza
su vuelo el alma, de zozobra llena
y de terror divino... ¡y de esperanza!

Quien desee conocer lo que es este poeta, puede leer el artículo titulado *Clamores de Occidente* que apareció en la *Revista Hispano-Americana* el 16 de julio de 1882.

El primer libro que allí se imprimió—1640—fué un libro de versos, rotulado *Los salmos en metros traducidos fielmente para uso, edificación y sostén de los santos en público y en particular, especialmente en la Nueva Inglaterra*, obra colectiva de tres pastores puritanos. A los diez años de este ensayo, ya tenía la América inglesa un poeta «de profesión» en Ana Iradstreet, que supo combinar la administración de un establecimiento agrícola y la educación de ocho hijos con el culto de las musas, componiendo diversos poemas, siendo el más principal *Los cuatro elementos*. Otros muchos vinieron después, ancianos militares en su mayoría, que se entretuvieron en su vejez en rimar sus hazañosos hechos contra los franceses; pero el más distinguido de todos estos versificadores de la primera mitad del pasado siglo fué el reverendo John Adam, ídolo de la Nueva Inglaterra por espacio de veinte años, y opuesto por sus compatriotas á todas las eminencias del antiguo continente, poeta hierático, que indiferentemente espigaba en la biblia ó en la mitología, sin inspirarse nunca en la magnificencia del suelo americano, que le parece, como á todos los demás poetas, un lugar de destierro comparado con Europa. Lo mismo le sucede á John Ralph, que canta reminiscencias clásicas con lira europea, sin que ni á él ni á otros les inspirase el movimiento de independencia que entonces animaba á las colonias inglesas, ni la idea nacional, ni el amor á la naturaleza, pudiendo decirse que uno de los mayores pueblos del mundo, al libertarse de la tutela de la metrópoli, no tuvo Tirteo que con sus acentos le estimulase á la victoria.

Ya constituídos los Estados Unidos, despiértase el sentimiento republicano, siendo el primer representante de esta transformación Timoteo Dwight, que compuso un poema histórico, descriptivo y didáctico, titulado *La Colina de Greenfield*, mezcla confusa de géneros diversos, pero superior en invención y movimiento á las rapsodias del anterior período, con acentos é imágenes bíblicas y efusiones sentimentales á lo Rousseau. Compuso también una epopeya en cinco cantos: *La Conquista de Chanáan*, y un poema, *El triunfo de la infidelidad*, adiós á las musas al par que sátira violenta contra

la incredulidad del siglo pasado. Al lado de esta literatura puritana crecía otra escuela más profana, que simpatizaba con el movimiento revolucionario de Francia. En ella figuraban Felipe Freneau, Ricardo Alsop, poeta, geógrafo y naturalista; David Humphrey, que, como nuestro Ercilla, manejaba la espada y cantaba las hazañas de sus compañeros de armas. El más notable de todos es Joël Barlow, soldado, capellán militar, abogado, librero, periodista, agente de comercio, cónsul de los Estados Unidos en Argel, y por fin, embajador cerca de Napoleón. Cantó la guillotina, lo que le valió el favor de los jacobinos, y escribió un poema gastronómico acerca del arte de comer *puddings*. (1) *The hasty puddings*, es hoy popular en los Estados Unidos, más que la *Columbiada*, epopeya en siete cantos, en la que por medio de visiones describe la Edad Media, la reforma, el descubrimiento de América, la historia de las colonias españolas é inglesas, la guerra de la Independencia y la fundación de los Estados Unidos.

Todos estos poetas no revelaban el genio de un pueblo: cantaban la América, pero no eran su expresión, porque no la comprendían; tomaban por teatro á Europa, donde á manera de Franklin, representaban en elegantes salones el hombre primitivo, y servían de comparsa á una sociedad que criticaban á la vez que imitaban en sus minucias y vicios. Entre ellos podemos incluir á Wáshington Erving, poeta, crítico, novelista, historiador y periodista, que vivió mucho tiempo en Granada, recogiendo los acentos de la Alhambra y las tradiciones de aquella tierra andaluza.

(1) Gachas ó puches: en Asturias papas. No nos debe extrañar mucho esta excentricidad de yankee, si recordamos—prescindiendo de muchos poetas que han cantado livianos asuntos—que vates de la talla de Bretón de los Herreros y Ventura de la Vega han dedicado á las *Sopas de ajo* versos dignos de la trompa épica. Larga pudiéramos hacer esta nota, indicando las rarezas, ridiculeces y vaciedades en que se han ocupado muchos ingenios; mas solamente apoyados en la autoridad de Meikenio. (*De Charlataneria eruditorum*, página 179.) Consignaremos que un tal Demonsio discurrió con mucha sutileza acerca de *quarta parte nihili*, y que Bouvellio escribió algunos volúmenes de *plus quam nihilo! ¡Rissum teneatis!!*

Escuela que se funda en la memoria y en la imitación, está destinada á la muerte: así le sucedió á ésta, cediendo el lugar al verdadero genio americano, que á causa del materialismo desconsolador para los espíritus nobles y levantados que en aquella sociedad dominaba y domina, y falta de ideales caballerescos y religiosos, exhaló—testigo Wílson—sus primeros vagidos en quejumbrosas elegías y odas funerarias, revelando sentimientos melancólicos, no teatrales como Byron y Chateaubriand, sino sinceros y profundos. La muerte atrae á aquellos poetas que se complacen en escudriñar sus horrores y en recorrer su mudo reino. Percival—1830—canta la tisis; Peabody no quiere ser llorado cuando muera, porque considera la muerte como genio tutelar del mundo y su esperanza. Esta necromanía llegó á su colmo en un poema titulado *Thanotopsis* (contemplación de la muerte), escrito á la edad de diez y ocho años por Mac Cullen Bryant, el cual ha sido por espacio de media centuria uno de los primeros literatos de la América del Norte. Separóse después de este camino repudiando los lazos europeos, siendo el primero en inspirarse en la naturaleza y sociedad que tenía presente, como se ve en su poema *Las Edades*—1821,—donde parece clarear la aurora de una sociedad ideal, y en otras muchas composiciones.

Aunque no con tanto genio, profundidad y gusto, pero con más ardor y vuelo de fantasía, dióse á conocer en el mundo literario Ricardo Enrique Dana, el cual con otros jóvenes fundó una sociedad para popularizar las letras en las principales ciudades del Norte, y dotó á Filadelfia, New York y Boston de muy buenas revistas científico-literarias. En su poema *El Bucanero*, producción romántica, excede en horror y lobreguez á Edgard Poë; y todas sus demás composiciones hállanse animadas de calor é inspiración poco comunes.

Mencionemos de paso, en esta primera florecencia de la poesía norteamericana, á algunas poetisas, como Lydia Sigourney, María Brooks, Seba Smith, Isabel Ellet, Ana Dinnier y otras, todas inficionadas de *byronismo* afectado é indigesto. Merece especial recuerdo, aunque no nos podamos ocupar en él lo que quisiéramos, Fitz-Green Halleck, nota-

ble por la pureza del estilo, la exactitud de las ideas y la riqueza y claridad de las imágenes. Por su vena satírica revelada en su poema *La Joven América*, podemos llamarle el Quevedo de los Estados Unidos, y por la mezcla habilidosa de sentimiento y de burla irónica ofrece notable analogía con los *Reisebilder*, con *Alta-Troll* y otras producciones originales de Enrique Heine, á quien no pudo imitar por serle anterior. En su poema los *Croakers*, sátira delicadísima, donde la más acerada ironía se halla oculta bajo el terciopelo de refinada cortesía, ataca todas las ridiculeces, pretensiones é hipocresías de la sociedad norteamericana, habiendo contribuído de un modo sensible al progreso del buen gusto, y en su otro poema *Fanny*, de forma más original, cuyo argumento es el oro, cuya escena pasa en la Bolsa de New York, que tiene por peripecias el alza y baja de los valores y por desenlace la bancarrota, se elevó al colmo del renombre, del que, en honor á la verdad, huía con modestia, tal vez un tantico excéntrica. Muerto en 1867, es hoy muy popular en los Estados Unidos.

Con tan relevantes cualidades no podía menos Halleck de formar escuela. Muchos poetas se apropiaron sus procedimientos y forma, distinguiéndose entre ellos Mr. Ollivier Wendell Holmes, que desde hace medio siglo, une el culto de Apolo al de Esculapio. Profesor de anatomía en Boston, se ha hecho célebre por sus notabilísimos trabajos acerca de las funciones del cerebro. Sus poesías deben á su profesión de médico cierta precisión descriptiva y especialmente el sesgo y la firmeza del método empírico. En Holmes no se encuentran actitudes melancólicas, ni quejas contra el destino, ni aspiraciones inquietas á lo absoluto. Acepta el mundo tal como es, no por ser optimista, pues conoce sus imperfecciones y miserias, sino porque la ciencia y la filosofía, que son su Laura y su Beatriz, le hacen invulnerable, y atravesar sonriendo, como Horacio, las pruebas de la vida en que otros sucumben. En la mayor parte de sus composiciones descúbrese al sabio que intenta resolver problemas científicos en forma lírica; sin embargo, no carece de calor, frescura é ingenuidad, cantando los recuerdos de la juventud y los días del colegio.

III.

Apresurémonos á ver el Sol en su zenit, á contemplar al príncipe de la poesía norteamericana, que se levanta entre todos los hijos de las musas como el Chimborazo entre todas las demás montañas, Enrique Wádsworth Longfellow, que acaba de morir, ocasionando un duelo general, no sólo en los Estados Unidos, sino entre todos los amantes de las bellas letras.

Nacido en Portland, Estado del Maine, el 27 de febrero de 1807 estudió en el colegio de Bowdoin, en el nuevo Brunswick, al mismo tiempo y en la misma clase que el célebre Hawthorne. Su padre pertenecía al foro y á esta carrera destinaba al niño Longfellow, pero rápidamente se reveló en él la vocación literaria; profesor á los diez y ocho años de edad, amado por la dulzura de su carácter, y estimado en el mundo literario por notables trabajos insertos en las principales *Reviews* de su país, fué llamado á ocupar la cátedra de literatura y lenguas modernas en aquel mismo colegio Bowdoin de que antes había sido gloria y orgullo.

Para hacerse más digno de tan imponente honor, resolvió extender, del modo más auténtico y completo, los conocimientos reclamados por el objeto especial de su enseñanza. Tal fué el móvil de su primera visita al antiguo continente, en el que se detuvo tres años viajando sucesivamente por Inglaterra, Francia, Italia, Alemania y España. Hallábase por aquel entonces el romanticismo en todo su febril y arrogante esplendor, y el joven americano respiró con voluptuoso deleite sus embriagadores efluvios, que exhaló en dos volúmenes en prosa, rotulados, *Ultramar ó Peregrinación allende el Océano* (1835, en 8.º) é *Hyperion* (Cambridge 1839.) La primera novela contiene bosquejos de sus viajes por Francia, España é Italia: no contiene apreciaciones profundas; pero la forma es elegante, vivo el estilo y lleno de delicadeza, sembrando como de paso en su camino, rasgos ingeniosos, anécdotas singulares y elevados pensamientos. En su segunda novela *Hy-*

perion, el heroe á causa de su imaginación viva y románticamente sensible se halla expuesto á muchas pruebas; pero su vida tiene por regla el noble pensamiento que es el alma de la fábula: «No mires tristemente á lo pasado: jamás puede ya volver. Aprovechate sábiamente de lo presente, que és lo que te pertenece. Adelántate hácia el misterioso porvenir, sin temor y con un corazón lleno de valor.» Tal es la moralidad de esta novela compuesta con mucho arte y esquisito gusto.

¡Con qué arrobo el joven *touriste* se paseaba por las poéticas montañas y las pintorescas ruinas de Escocia con Walter-Scott en la mano, recogiendo cuentos populares, baladas y leyendas, que habían después de fecundar su fantasía! ¡Cómo soñaba su imaginación de poeta vagando por las márgenes del Rin, tan henchidas de recuerdos y monumentos de todas clases! Heidelberg le detuvo dos años frente á su magnífico castillo y á las límpidas aguas del Néckar; Francia no le entretuvo mucho tiempo, pero sí nuestra España, que visitó como viajero y como arqueólogo. ¡Cómo se espaciaba su ardiente imaginación bajo las arcadas moriscas y cómo se agolpaba á su memoria el tropel de los recuerdos caballerescos que esmaltan nuestra historia! Reconstruía con el pensamiento las muertas grandezas, y sus ojos de poeta vislumbraban entre las brumas de las pretéritas edades los Cides y Guzmanes, los Gazules y Abenamares, las luchas y los torneos, los castillos y los alminares, teatro de tantas glorias y de tan heroicas epopeyas. No estudiaba solamente á Calderón y á Lope, á Alarcón y á Tirso, sino que, salvando los límites del siglo de oro de nuestras letras, buscaba otros poetas más antiguos, menos ahijados á los clásicos y más empapados en el espíritu de la genuina poesía castellana. En 1833 vertió al inglés las sentidas *Coplas de Forge Manrique*, haciéndolas preceder de un estudio crítico-histórico de nuestra poesía, como si quisiera fortificar su balbuciente lira con francos y vigorosos sonidos. Todo genio tiene fe en su estrella, y así Longfellow no se daba prisa á producir, prefiriendo asimilarse sucesivamente lo más granado de las literaturas europeas. En Alemania tradujo con escrupulosa y elegante exac-

titud la *Campana*, de Schiller; el *Caballero Negro*, de Uhland varias odas de Müller, de Stockman, y de Salis; en Dinamarca cantos y baladas escandinavas; en Francia algunas poesías ligeras y canciones de Beranger; y en Italia el *Purgatorio*, de Dante; poseyendo la rara cualidad de hacer suyos el carácter y estilo peculiar de cada nación, que expresa con imágenes graciosas ó patéticos acentos.

Cargado con tan rico pólen, regresó á su país natal, inaugurando sus funciones de profesor del colegio Bowdoin en 1829. Numerosos eran los escolares que asistían á las lecciones del profesor poeta, arrebatados por su fácil, elocuente y armoniosa palabra, que vertía torrentes de luz sobre las más delicadas cuestiones del arte y de la estética. Tanto creció su fama, que en 1835, á la edad de veintiocho años, fué nombrado heredero del sillón del gran literato Ticknor, primer historiador de la literatura española, en la Universidad del Cambridge americano, que los primeros *settlers* habían soñado hacer la capital de Massachusetts. Fué nombrado Longfellow profesor de literatura y de lenguas modernas en en la *Universidad Harvard*, la primera de la América del Norte, al menos por la fecha, pues su fundación se remonta á 1636, debida á la generosidad del ciudadano cuyo nombre ha tomado en gratitud y recuerdo. En esta ocasión, Longfellow volvió á Europa deteniéndose en Inglaterra, Dinamarca, Suecia y Alemania. Regresó después á Cambridge, donde definitivamente instaló su residencia, dedicándose por completo á los trabajos de su cátedra y al comercio con las musas. No le escatimaron éstas sus favores, pues recorrió todos los géneros, desde el drama hasta la epopeya, desde la novela hasta la composición lírica, y si en todos no raya á la misma altura, ha dejado en algunos, modelos de inspiración y de buen gusto que le colocan al nivel de los primeros poetas del siglo XIX. En 1854 hizo dimisión de su cátedra y se retiró al seno de su familia y amigos.

Últimamente, al final de 1868, anunciaron los periódicos que Longfellow volvía á Europa. Pasó por París, dirigiéndose á Roma, donde permaneció todo el invierno de 1869, entregado á meditaciones religiosas y artísticas. De regreso á

su país natal, se detuvo una semana en Gad's-Hill, con su íntimo amigo Carlos Dickens, y un mes en París, recibiendo las ovaciones de la amistad y de la admiración que le tributaba la numerosa colonia norteamericana. El 20 de julio de 1869 se embarcó para América, yendo á descansar de sus muchos trabajos, ya renunciada la cátedra, á su casa de Cambridge, próxima á la Universidad Harvard. Esta casa, donde tantas inspiraciones vinieron á estremecer al poeta, elévase sobre vasta terraza..., dos olmos imponentes parecen hacer centinela á su entrada, y hállase rodeada de árboles, bosquecillos y flores; es gloriosa para los norteamericanos, porque sirvió de cuartel general al gran Wáshington antes de la evacuación de Boston. Longfellow no ha querido que tan noble recuerdo pudiese, por su falta, sepultarse en el olvido, y lo ha esculpido en los siguientes versos: (1)

«Hubo un tiempo, sí, hubo un tiempo
 en que habitó esta morada
 un hombre nunca olvidado,
 el gran *padre de la patria*.
 Esas húmedas praderas
 con sus fuegos circundaban
 los sitiadores; y grave,
 por los afanes, la planta
 de aquel varón recorriendo
 solemnemente las gradas,
 los adormecidos ecos
 de los muros despertaba.
 ¡Cuántas veces su cabeza,
 inquieta como su alma,
 en horas buscó febriles
 paz en esta misma estancia!...»

En los últimos días del pasado marzo voló desde este nido, con la alada del justo, recibidos los consuelos de la religión católica, á las excelsas moradas, á que con su armo-

(1) Debo esta traducción en romance y otras varias á mi amigo el poeta granadino D. Miguel Gutiérrez, que las ha hecho á mi ruego por vía de ensayo.

niosa lira había convidado á los humanos. Su muerte fué un duelo general, tan sentida como la del presidente Mr. Gardfiel, y la campana de Cambridge le lloró tantas veces, cuantos eran los años vate.

Tenía Longfellow mediana estatura, pero su talante era majestuoso y digno: largos cabellos coronaban su olímpica frente, sellada con nobleza ideal, y la austeridad de sus facciones hallábase dulcificada por la soñadora mansedumbre de sus párpados, albergue de pupilas relumbrantes como bruñido acero. La severidad del angloamericano, soldado de Cristo, pronto á morir con ¡*Excelsior!* en los labios se mezclaba amorosamente con la dulzura del artista y la bondad del padre.

En su conversación no afirmaba doctoralmente ni tampoco se descubría la afectación de modestia y de bondad, que es la peor de las insolencias de algunos autores renombrados. Como algunos Monarcas que no establecen ningún valladar entre el primer magnate y el último pechero, Longfellow trataba á todos con sinceridad y llaneza, sabiendo dar á cada cual lo que le correspondía, según su clase, posición y talento.

Además de las traducciones y obras de que hemos hecho mención, de los versos publicados en la *Gaceta de los Estados Unidos* y de artículos notables insertos en la *Revista de la América del Norte*, ha dado á luz las siguientes obras: *Voces de la noche* (1840), compendio de poesías; *Baladas y otros poemas* (1841); *El estudiante español*, drama (1842); *Poema acerca de la esclavitud* (Cambridge, 1843); *Poetas de Europa*, (Filadelfia, 1845); *La torre de Brujas* (1847); *Evangelina* (1848); *Kavanagh*, novelas (1848); *La orilla del mar y el rincón del hogar* (1850); *La leyenda dorada*, drama fantástico (1851); *El canto de Hyawatha* (1855); *Los amores de Miles Staudish* (1855); *John Endicot y Miles Corey*, dramas históricos (1868), etc. Las demás obras del poeta americano han sido reunidas en la *Miniature library*, de Bolm (Londres, 2 vol. en 8.^o), y muchas han sido traducidas á la mayor parte de las lenguas europeas, y han merecido ser ilustradas por Gustavo Doré.

IV.

Hemos dicho que Longfellow acometió todos los géneros literarios, pero que no en todos estuvo á la misma altura. En sus dramas y tragedias, que más bien merecen el nombre de narraciones dialogadas, se descubre que no conocía bien la escena: las situaciones están flojamente dibujadas, los caracteres son débiles y la acción se desarrolla con lentitud impropia del calor y movimiento que tales representaciones reclaman. El arqueólogo y el lírico se transparentan demasiado en el dramático un tantico hinchado con los oropeles del romanticismo. Bajo el influjo de esta escuela escribió en 1851 un drama fantástico titulado *La leyenda dorada*, imitación de un cuento escrito en latín en el décimotercio siglo, por el monje Santiago de Voragine, que murió en 1292, Arzobispo de Génova. Se ha vertido este cuento á varias lenguas y á la inglesa en el siglo XV por William Canton, y se le conocía con el nombre de *Leyenda de los Santos*. Según algunos, la idea primitiva pertenecía á Hermann von der Aue, *minnesinger* del siglo XII. Como se ve, el erudito acompaña al poeta, quien, como el *Júpiter* alemán, se complace en sacar sus héroes del polvo de las bibliotecas. ¿Pero qué importa el origen de esta producción? Daremos un rápido análisis de ella.

El Príncipe Enrique de Hoheneck languidece solitario en su castillo de Vantiberg, á las márgenes del Rhin, consumido por un mal «que incendia su sangre, enviando vapores á su cabeza, transformando su corazón en un lodazal que absorbe y diseca una especie de lepra.» En noche de insomnio preséntasele Lucifer en forma de médico viajero, y le propone el más extraordinario remedio, á saber: el sacrificio voluntario de una joven que consienta en morir para devolverle la vida. El maligno espíritu se aleja después de haber dado de beber al Príncipe un filtro que momentáneamente le devuelve la fuerza y enciende en su corazón las sensuales llamas del deseo.

Después de este prólogo, que trae á las mientes el de

Fausto, se ve al Príncipe dirigirse á Udenwald, á casa de uno de sus colonos, que por recibirle afronta las excomuniones de la Iglesia. Téngase en cuenta que todos huyen de Enrique, maldito como apestado; ya le han cantado la letanía de los muertos como si fuera un cadáver. Elsia, hija del leal servidor, se queda conmovida ante el infortunio del ilustre enfermo: le arranca su secreto y adopta la resolución de morir por él. Sorda á las súplicas de su familia, acude al tribunal de la penitencia, á fin de recibir consejos y obtener la aprobación de su conducta. Enrique no se atreve al principio á aceptar tan heroico sacrificio; pero Lucifer, disfrazado de confesor, disipa sus escrúpulos valiéndose de sofismas casuísticos, tan halagadores de la debilidad humana.

«El Decálogo, le dice, es uno de esos Códigos envejecidos que es preciso aplicar en nuestros días con restricción. La ley dice indudablemente: No matarás: sin embargo, en ciertos casos la ley debe ceder á la conveniencia. Sois Príncipe; si murieseis, ¡cuántos corazones y esperanzas se romperían y descenderían con vos á la tumba! ¡Cuántos actos de valor y de cortesía quedarían sepultados antes de nacer! Sois el último de vuestra raza; con vos desaparecería un nombre ilustre y la gloriosa memoria de vuestros abuelos. Por el contrario, esta mujer no es más que una aldeana. En sus venas corre sangre plebeya, sangre que derraman los vasallos en los campos de batalla, sin reserva ni esperanza de recompensa, por orden de sus señores, y la vuestra es sangre preciosa, sangre de reyes bendecida por Dios.—Y además, ¿qué le prepara esta vida terrestre? Lágrimas y trabajo: criada en la tristeza, esclava del terruño, hija y mujer de aldeano, en lucha con las dificultades inexorables de la vida, no me admiro que compadezca un destino como el vuestro, ni que desee cambiar sus miserias terrestres por las dulzuras del cielo. Por consiguiente, la Iglesia acepta el sacrificio y le sanciona. Respirad el bálsamo bienhechor que os envía, absorbed ese soplo refrigerante en el vuestro; acoged la tranquilidad y la salud que os ofrece, como un don divino, etc.»

Con tales argucias se deja convencer Enrique. ¡Seduce tanto una teoría que nos confiere privilegios! Días después

Elsia y el Príncipe se dirigen á Palermo, sede de la más sabia facultad de Europa, para poner de acuerdo la ciencia con la magia. Pero en el viaje empieza el egoísta Príncipe á sentir el aguijón del remordimiento. En Estrasburgo vaga de noche por las desiertas calles mientras que su compañera duerme con el sueño de los sustos. Halla á su amigo el *minnesinger* Walter de Vogelweid y se separa de él avergonzado. «No me atrevo, dice, en mi abyección, á mirar cara á cara este noble rostro.» Continúa el viaje á través de las más fantásticas escenas: detiéndose en el monasterio de Saint-Gall, cuyos manuscritos y pinturas admira, después de haber oído las báquicas confidencias del lego que tiene á su cargo la dispensa: pasa los Alpes en compañía de peregrinos que, en medio de cánticos religiosos, se dirigen á Roma y detiéndose en Génova para respirar la oxigenada brisa marina. Aquí vuelve á encontrar otra vez á Lucifer, el cual, en hábito de gondolero cantando una barcarola, espolea al Príncipe á que asegure su curación precipitando á Elsia en el mar: «Un solo paso y todo queda concluído; una zambullida, un poco de movimiento en la superficie de las aguas y quedarás libre, infeliz Elsia, de tu agonía» Pero el ángel custodio de la noble joven disipa tan infernales sugerencias. «Ángel de Dios, le dice el Príncipe, tu alma pura y creyente oye en la brisa la trompeta del arcángel. Los mugidos del bosque, los de las ondas te traen los armoniosos ecos del órgano de Santa Cecilia ó los acentos de los profetas; pero yo no escucho más que desorden, desesperación y los cuchicheos de los demonios en los aires.»

En esta producción fantástica se ve que lo sobrenatural no es un recurso, una simple máquina de teatro, sino que sirve de sostén á una idea moral; es el testimonio del poder que ejerce nuestra conciencia sobre nuestras sensaciones. El arte que se sumerge en la ciénaga del materialismo, obra siempre á la inversa: da predominio al mundo físico sobre nuestros sentimientos, mostrándonos el alma invadida, ahogada por las impresiones eternas. En sus cuadros es omnipotente la naturaleza, irresistibles sus elementos, y el hombre en vez de ser su motor libre, es *una fuerza que marcha*

fatal é irresistiblemente. ¡Extraño modo de elevar la dignidad humana, de emancipar la inteligencia! En la poesía, en la novela y en toda las artes de la imaginación, el arte materialista, negación del verdadero arte, proclama orgulloso la realeza de la materia y el vasallaje del espíritu, luz del mismo Hacedor desprendida.

Por fin hállanse los dos viajeros en Salerno, donde existe célebre escuela hipocrática, y aquí Longfellow con lujosa erudición nos presenta un cuadro de ergotistas, que forma las delicias del Príncipe de Hohenecke y de su angelical compañera. Elsia pide á Fra Ángelo (siempre Lucifer) el elixir que debe hacerla morir y devolver al Príncipe la salud. Pero Enrique siente el aguijón del remordimiento, comprende lo ignominioso de tal acción y se opone al heroico sacrificio. En el momento en que Fra Ángelo acaba de llevarse á Elsia, rompe la puerta que se ha cerrado tras de ella, se apodera á la fuerza de la joven, desbaratando de este modo los planes del precito. La Providencia se compadece del Príncipe y le cura por medio del contacto de una reliquia. El desenlace obligado es el matrimonio de los dos peregrinos, y Elsia, que había salido de su aldea como víctima expiatoria, regresa á Alemania siendo Princesa de Hohenecke, en medio de ovaciones y guirnaldas. Puede, pues, la virtud esperar aún en la tierra la recompensa, y especialmente las jóvenes que se dedican á curar á Príncipes enfermos.

Cierto que la urdimbre de este drama es floja, nula la intriga, las situaciones sin consistencia ni valor escénico; pero el interés está sostenido por digresiones, nuevos aspectos, multiplicidad de incidentes y especialmente por el color y el lujo del estilo, que decora escenas encantadoras, en las que el poeta ha extendido con delicado pincel el perfume que se desprende de las creencias cristianas, de la fe en Dios, de la caridad y del sacrificio. Hay muchas, tal vez pasen de ciento, imitaciones del *Fausto*, en las que de ordinario triunfa el infierno, haciendo Satanás de fiscal en la obra divina, demostrando su incoherencia y su injusticia, para adular nuestro orgullo y nuestras pasiones. No sucede así en Longfellow; el Príncipe de las tinieblas agota sus esfuerzos en impotentes

maquinaciones, y todas sus pérfidas mañas y astucias quedan burladas ante la candorosa sencillez de una joven. Queda confundida la rebeldía, agóstanse sus frutos, y el epílogo del poema es un canto triunfal de los ángeles celebrando la victoria del cielo sobre el infierno.

«Dios ha enviado á su mensajero, la lluvia; ha dicho al arroyuelo de las montañas: Levántate, sal de tus cavernosos retiros, desciende con tu pie desnudo, blanco como la nieve, desciende de las heladas alturas á la árida tierra para fecundarla. Dios ha enviado su mensajero, la fe, que ha murmurado al corazón de la joven; levántate, derrama con tus manos generosas tu gracia y tu frescura sobre las áridas arenas y las soledades de la muerte.»

¡Bravo, nobilísimo poeta! Tú también haces brotar en las almas disecadas por el helado soplo de la duda y del escepticismo, fuente de agua viva; tú con los áureos acordes de tu lira melodiosa y santa dejas «paz en el corazón, luz en la mente,» y enarbolando la bandera de la fe, abres á las codiciosas miradas del hombre los rosados é inmensos horizontes del cielo; tú no te sirves del estro divino que Dios te concedió para blasfemar de sus santos dones: tú, como otro egregio hermano tuyo (1), exclamas en tu corazón:

«¿Qué es la ciencia sin fe? Corcel sin freno
 á todo yugo ajeno,
 que al impulso del vértigo se entrega,
 y al través de intrincadas espesuras
 desbocado y á oscuras
 avanza sin cesar y nunca llega.
 ¡Llegar! ¿A dónde? El pensamiento humano
 en vano lucha: en vano
 su ley oculta y misteriosa infringe:
 en la lumbre del sol sus alas quema
 y no aclara el problema
 ni resuelve el arcano de la Esfinge!»

(1) El Sr. Núñez de Arce, *Gritos del combate*.—*Tristezas*.

Toma, toma la lira, inspirado vate, y alfombra el aspero camino de la vida con los jazmines y azucenas de tu poesía, ó rauda volando haz que tu religiosa musa toque con sus alas los eternos quiciales entreabriéndonos las celestes moradas.

V.

En *El estudiante español*, drama escrito en 1845, vese también que la musa de Longfellow no le llamaba á la escena. Los tres primeros actos de este drama tienen, respecto á su invención, algún valor, pero decae en los siguientes; la trama es débil, y por más que se valga del aparato de hinchado romanticismo, no consigue dar importancia á un lugar común que constituye el argumento. Conócese que Longfellow ha leído é intenta imitar al gran dramaturgo inglés, pero no lo logra, asediado como estaba por el influjo del romanticismo, que, según hemos dicho, había bebido á grandes sorbos, al viajar por Europa. Sin aplaudir nosotros las exageraciones románticas, atrevida protesta contra los excesos del pseudo-clasicismo, fuerza es admirar el candoroso entusiasmo de la generación del año de 1830, que aplaudía con las manos y el alma aquellas escenas de bizarría cabaleresca, aquellos arrebatos febriles semejantes á los fuegos de la pirotecnia, un momento deslumbradores por su vivo color, aquellos sueños al pie de los abismos, aquellos lamentos ante históricas ruinas, en que la imaginación desarreglada y volcánica se lanzaba á través de fantásticos mundos, como ave salida del alcahaz y que ignora la arboleda que cobijó su nido, creyendo, ilusa, hallar el *Dorado* del arte. Imponíase entonces el poeta, y se le creía un príncipe, un héroe, un revelador; pero ¡ay! aquel tiempo de lujosa y descuidada juventud debió ceder el puesto, no á la virilidad prudentemente entusiasta, y sobria y ordenadamente libre, sino á chocheos de la vejez, al realismo impuro, á la materia endiosada, avasalladora hoy del arte, como si éste hubiese de recibir en repugnantes torpezas é indecencias el castigo de sus inconsideradas arrogancias.

La musa de Longfellow no degeneró tanto, no plegó sus alas de carmín hundiéndose en el lodazal de las calles, sino que, fiel al lema viril *¡Excelsior!* que tan joven había adoptado, subió por la escala del arte hasta las serenas regiones de la fe, de la esperanza y de la caridad, cantando estas virtudes en todos los tonos y con los más armoniosos acordes de su privilegiada lira. En el tiempo que le dejaban libre sus ocupaciones de profesor, entreveradas con profundos estudios acerca de las literaturas comparadas de Europa, ocurriósele representar la época primitiva de la colonia puritana por medio de composiciones dramáticas, no para encomiar este período, según el vulgo de los doctos, sino para fustigar su fanatismo é ignorante grosería. Valor se requería, y tamaña empresa fué ejecutada por el poeta con rara energía. Publicó en 1868 dos dramas históricos, *Jhon Endicott* y *Giles Corey*, dándoles el significativo rótulo: *Las tragedias de la Nueva Inglaterra*, y el prefacio que les puso revela santa audacia digna de cristiano, de pensador y de poeta.

«Tal vez, dice, voy á molestar á amigos. Porque, me preguntarán, ¿por qué tratar semejantes asuntos? ¿Qué beneficios pueden producir? ¿Por qué sacar á luz los errores de los siglos pasados? Respondo: por las lecciones que nos dan; de ellos aprenderemos la tolerancia para con las opiniones y discursos. La fe, la esperanza y la caridad, permanecen siendo nuestro patriotismo. La mayor de estas virtudes es la caridad.»

John Endicott es una pintura fiel y exacta de las persecuciones de los antiguos puritanos, impuestas á las sectas disidentes, y *Giles Corey* nos transporta á aquellos espectáculos de vergonzosos procesos de hechicería, de que Boston y sus dependencias fueron teatro hasta el promedio del siglo pasado. Más bien que dramas, estas producciones son sátiras crueles de «la edad heroica,» y nos representan á la Sión del Massachusetts como un infierno dominado por la maldad y la grosería estúpida.

Longfellow ha sido duro con los puritanos, sus compatriotas, porque veía en su secta un formalismo estrecho y helado, contrario á la caridad cristiana, fuente vivificante de

todas las virtudes. Su ideal religioso es el de una sociedad majestuosa y viril, exenta de hipocresía y superstición, extraña al odio, á todos los sentimientos degradantes, y exclusivamente codiciosa del bien, como la católica. Según van pasando los años, más se robustecen en él este celo militante por la grandeza moral, por el esfuerzo, por el sacrificio. Resuenan en su lira himnos á la paciencia, á la resignación y al mérito oscuro, superior en moralidad al estrépito de las más espléndidas acciones, como veremos al examinar algunas de sus mejores composiciones líricas.

VI.

Cuando estalló la guerra de secesión, Longfellow, libre de las pasiones violentas que se desencadenaban iracundas en los Estados Unidos, buscó un consuelo en el arte y en la erudición. Tronaba el cañón en el Potomac y el poeta evocaba los dulces recuerdos de Alemania, Italia y de nuestra España. En graciosa ficción titulada: *Cuentos de una hostería* (*Tales of a wayside inn*) reunía seis viajeros de diversos países: un estudiante de Padua, un judío de Alicante, un siciliano, un teólogo de Cambridge, un poeta, un músico de Noruega, haciendo contar á cada cual, como en el *Decamerón* de Boccaccio, un cuento ó leyenda para entretener la velada.

Habla primero el hostelero narrando un episodio de la guerra de la Independencia; sigue después el estudiante refiriendo una historia amorosa; el judío, conocedor de la cábala, explica una parábola del Talmud. Pero estos tres cuentos quedan eclipsados por la leyenda de Roberto, Rey de Sicilia, narrada por el viajero siciliano. «Roberto, hermano del Papa Urbano, y del Emperador Waldmond, regresaba á Palermo ébrio y endurecido por su mucho poder. Hallándose un domingo á vísperas, le causaron mucha impresión las palabras del versículo: *Deposuit potentes de sede* y manda á su capellán que se las explicase: «Es una fortuna, dice, que el pueblo no comprenda el latín: esta antífona le inspiraría ideas de rebelión.» Después, contemplándose en su trono: «¿Quién podría,

añadió, arrebatarme mi poder?» Instantes después quédase dormido al son de la salmodia. Cuando se despierta, está ya desierta la iglesia, y ni un rayo de luz atraviesa los cristales. Llaman: un sacristán huraño y mal humorado acude y le abre, murmurando, la puerta de la iglesia, creyendo que es un pordiosero extraviado. El Rey, admirado, se contempla y se examina: vése cubierto de harapos y completamente desconocido. Vuela á su palacio para disipar aquella pesadilla y halla ocupado su puesto por un sér sobrenatural, su imagen viva, á quien todos, cortesanos y súbditos, toman por el verdadero soberano. Roberto le interpela, grita reclamando sus derechos. Escarnecido por todos, solamente evita los malos tratamientos por medio de la protección del falso rey, cuya indulgencia le exaspera más. Siéntese después atormentado por el hambre, y á fin de sostener su miserable existencia, vese obligado á servir de bufón á su miserable espoliador. Su única sociedad es un mono, con cuya amistad se consuela en su aislamiento. Pero tormento mayor que su degradación le produce el ver que el usurpador le es infinitamente superior en sabiduría, en humanidad, en justicia, y que Sicilia ha mejorado mucho con el cambio. Corren los meses y los años, y continúa siempre la terrible mistificación. En vano Roberto, el mendigo, el bufón espera ser reconocido por sus dos hermanos, Urbano y Waldmond, el Papa y el Emperador, en una conferencia de los dos potentados con el Rey de Sicilia. En vano les grita: «Yo soy vuestro hermano: este hombre á quien tomáis por mí es un impostor.» El Papa se encoge de hombros y el Emperador dice al misterioso Rey de Sicilia: «¡Qué capricho tan extraño, hermano mío, tomar para bufón tuyo á un pobre loco!» Acosado por todas partes, becado por el populacho, ve Roberto desvanecerse su última esperanza. Arrastra su vida en el oprobio, mientras que aun subsiste en él el orgullo del Monarca. Por fin, un día de Pascua es tocado por la gracia; arrodíllase en su miserable tugurio y se humilla ante un poder superior. En aquel momento oye á los monjes cantar el resto del versículo: *Et exaltavit humiles*. El ángel que le había desposeído desaparece diciéndole: «Eres Rey.» Roberto se encuentra en la basílica de Palermo,

en su antiguo puesto, rodeado de cortesanos, pero de rodillas, abismado en profunda y humilde oración.

Toma después la palabra el bardo escandinavo, que refiere la leyenda del Rey Olaf, fundador del cristianismo en Noruega. Desde los risueños campos de Sicilia véase el lector transportado, como por varita mágica, á los hielos del mar del Norte. Da comienzo el cuento con un himno salvaje que el anciano Thor, encarnación de la fuerza, se canta á sí mismo, y que pueden apropiarse muchas potencias de Europa.

«Yo soy el dios Thor, yo soy el dios de la guerra, yo soy el tonante. Hé aquí mi reino, el Norte, mi ciudadela donde reino eternamente. Aquí, en medio de témpanos de hielo, gobierno á las naciones. Hé aquí mi martillo, el poderoso Micelmer. Ni gigantes ni hechiceras pueden resistirle. Hé aquí los guanteletes con que lo manejo y lo lanzo á lo lejos. Hé aquí mi ceñidor; cuando me lo pongo se duplica mi fuerza. La luz que tus ojos reciben corriendo como un torrente á través de los cielos de purpúreas tintas, es mi roja barba que atraviesa el viento de la noche y espanta á las naciones. Júpiter es mi hermano; mis ojos son el relámpago; las ruedas de mi carro ruedan en el trueno. Los golpes de mi martillo resuenan en el terremoto. *La fuerza siempre ha gobernado al mundo, le ha gobernado y le gobernará siempre.* La dulzura no es más que debilidad. La fuerza es la que triunfa en todo el universo. Eternamente dura el día de Thor. Tú también ¡oh Galileo! tú también eres Dios. Y por esta razón yo te desafío á singular combate. Elige el guantelete ó el Evangelio.» El rey Olaf oye tan brutal provocación: de pie en su navío lleva la mano al pomo de su espada diciendo: «Acepto tu desafío, ¡oh Thor!» Y consagra el resto de su vida á luchar contra el paganismo y á propagar la verdadera fe. Sus medios de persuadir son en verdad bastante primitivos. Así es que los recalcitrantes, los endurecidos, como Barba de Hierro, son inmolados defendiendo sus ídolos. «Elegid—dice Olaf á sus súbditos—entre el bautismo y la muerte.—¡Oh Rey!—responde el pueblo noruego—bautízanos con tu agua santa.» Olaf se casa después con Godún, hija de su víctima. Pero en la noche de la boda despertó sobresaltado y halló á

su esposa al pie de la cabecera de su tálamo nupcial.—«¿Por qué—le dice—estás tan pálida al pie de mi lecho, á los reflejos de la luna?—¡Oh Rey!—le responde la blonda desposada—mi aguja caída de mis cabellos me ha despertado al caer en tierra.—Los bosques tienen ojos—responde Olaf—los campos tienen ojos; con frecuencia la traición se oculta bajo los blondos cabellos. ¡Godún, guárdate!» Al rayar el día, resuena la cornamusa del Rey: para siempre se separa de su mujer. Otro pagano, Rand el Fuerte, es sorprendido en su castillo, encadenado, y, negándose á recibir el bautismo, muere mordido por una víbora introducida por su boca, hasta las entrañas. Espira en medio de horrorosos tormentos, pero sin exhalar una queja. «¡Alabado sea Dios!—exclama el teólogo al terminar su relato.—El reino de la violencia ha concluído ó por lo menos va desapareciendo del mundo. Nadie sufre ya ni vierte su sangre por esos pensamientos á que los hombres llaman heregías.»

Siempre nos ha agradado, como católicos y como hombres, ver que la violencia y el fanatismo, recurso de los espíritus débiles, van cediendo el puesto á la caridad manifestada en la tolerancia y en la persuasión, y tal es la santa misión de la Iglesia católica recibida en el *docete omnes gentes* de su divino fundador; pero téngase muy presente que jamás se debe confundir la tolerancia teológica, que en religión es una impiedad, en filosofía un absurdo, y crea la indiferencia, muerte de toda religión positiva, con la tolerancia política impuesta por las necesidades de los tiempos y la variedad de circunstancias en que puedan hallarse los pueblos, y que una política previsora y sabia se ve obligada á aceptar como el *minima de malis* hasta que, cuando Dios quiera, vuelvan las naciones al centro de unidad, en hora infausta roto por los reformadores del siglo XVI. En épocas de arraigadas creencias no se juzgaba como hoy, y el hierro y el fuego venían en apoyo de los silogismos de las escuelas, alzándose por toda Europa patíbulos para imponer ó extirpar ideas religiosas. A fin de poner más en relieve este contraste, presta Longfellow al teólogo de Cambridge una espeluznante historia española del tiempo de Torquemada, sin parar mientes en que con

mayor motivo podía haber acudido á las hogueras encendidas por Calvino en Ginebra, á los horrores que devoraban la Alemania y á las feroces sentencias de la Cámara Estrellada de Isabel de Inglaterra, tribunal sangriento que, como la Inquisición española, no tenía en su abono ni la moralidad de la intención, ni la excusa de la necesidad, ni las exigencias de lo que hoy llamamos opinión pública. No nos ocupemos con la de Roma, tribunal que, según dice el P. Lacordaire, no vertió en trescientos años ni una gota de sangre, cuando á raudales corría por Europa, derramada por las disensiones religiosas. Pasaron aquellos tiempos: auras de libertad olean al siglo XIX; pero nuestro siglo, siglo de los esbirros y de la ley marcial, ¿puede engreirse, habiendo abolido la Inquisición, de haber hecho progresar la humanidad y la justicia? ¿No vemos hoy á los hijos del filósofo de Ferney perseguir implacables, en nombre de envilecedora República, á pacíficos ciudadanos que al amparo de las leyes viven dedicados á la oración y á la enseñanza, y de quienes puede decirse lo que de los cristianos de los primeros siglos decía Tertuliano, *que su crimen era su nombre*? Desapareció la Inquisición, centinela avanzado de la fe y de la sociedad, que con firme medida y consumada prudencia velaba en nombre de Dios por los más caros intereses del hombre, para ser reemplazada por otra cruel é impía destinada á saciar los odios y rencores de bastarda bandería política. La historia, maestra de la verdad, juzgará imparcialmente á cuál de las dos son deudores los pueblos de mayor suma de justicia, de libertad y de derecho.

V. SUÁREZ CAPALLEJA.

(*Se continuará.*)



LA JUVENTUD DORADA⁽¹⁾

EL MOLINO-GALANTE.

A sí se llamaba uno, en el año de gracia de 1616, situado á orillas de ese pintoresco río que ha dado su nombre al departamento del *Aud*, cuyas olas ruedan claras, transparentes, ora entre una espesa cerca de verdorosos sauces, ora sobre una cama de blanca arena tan rica de chinás como las playas de la Mancha.

Gracias á la magnífica caída de agua que el ingeniero había hecho, la rueda giraba ruidosamente y el molinero cantaba.

Á alguna distancia del molino se había construído, para el molinero y para su familia, una deliciosa casita, fresca, coqueta, vistosa, que cuadraban dos matorrales verdes, y cuyo jardín estaba cuajado de flores.

La casa, aunque pequeña, era bastante capaz y estaba modestamente, pero con gusto, amueblada. El molinero era joven, soltero, y se encontraba bien en ese estado. Hallando la casa demasiado grande y hermosa y muy lejana, por más que no estuviese á 200 pasos del molino, resolvióse á vivir en él, con un pobre ajuar: su plan era alquilar la otra.

(1) Véase la pág. 403 del tomo XLI.

La ocasión no se hizo esperar, porque la casa no estaba más que á tres cuartos de legua de Carcasona. Francisco Favre—era el nombre del jovial molinero—ocupábase sólo de moler su harina. Mientras su rueda giraba, su canción *patoise* resonaba en el aire.

Este filósofo, á quien todo lo que emprendía le salía bien y que cantaba tan fuerte, no inspiraba seguramente lástima, y, sin embargo, observándolo con atención, parecía que una nube ligera oscurecía su ancha frente. Juraríase que no cantaba más que por aturdirse, ó por lo menos por rechazar algún pensamiento importuno.

De repente oyó los pasos de un caballo.

—¡Ah! Hé ahí á Mr. Dubois—exclamó el molinero dirigiéndose hacia la puerta.

Mas apenas la hubo abierto, su bondadosa sonrisa desapareció y su faz se contrajo. En vez del caballero que esperaba saludar, vió uno muy elegante, cuya mirada penetrante se fijó severamente sobre él.

—¿Es este el molino de Mackens?—preguntó el recién llegado.

—Sí, señor.

—¿Y tú eres el propietario?

—Soy el arrendador.

—Bien, entonces contigo me entenderé.

Apéose en seguida, y sin previa invitación entró en su cuarto.

—Amigo—dijo sentándose negligentemente en una silla, —¿quieres ganarte una ó dos pistolas? (1)

—Eso nunca se rehusa, señor; mi piedra, mi mozo y yo estamos á vuestra disposición.

—¡Tonto!—gritó el caballero.—¿Tengo yo aire de un hombre que lleva trigo al molino?

—Entonces—dijo el molinero con la mayor candidez,—¿cómo queréis que gane el dinero que me ofrecéis?

—Dándome las noticias que necesito.

(1) Onzas.

—Si no se trata más que de eso, era inútil el sonido de vuestras pistolas. Yo no vendo lo que puedo dar.

—Que tú vendas ó des, poco me importa—repuso el caballero, frunciendo las cejas.—Contesta, no pido más.

—Y bien, señor; interrogad... ya veremos.

—¡Cómo veremos!—dijo el caballero con tono amenazador.

—Dispéñeme—replicó tranquilamente el molinero cruzando los brazos y mirando á su interlocutor sin miedo:—notad, señor, que estoy en mi casa, que ha invadido sin que yo sepa por qué, y que hasta ahora nada he hecho para merecer su cólera ó sus amenazas.

—¡Ah! es así—gruñó el caballero.

A estas palabras sacó de su cinturón una pistola y la montó.

—Mira lo que te hará hablar, bribón—repuso con una sonrisa irónica.

Favre se puso levemente pálido, mas no se turbó.

—No quiero usar ese medio brutal—repuso más dulcemente el caballero.—Creo, espero además que te obligaré así á explicarte—añadió con retintín.—En fin, yo sé casi todo lo que debo saber: sólo vengo aquí para asegurarme de que no me han engañado.

—Entonces hablad—dijo Favre disimulando mal su impaciencia.

—Entre las dependencias de tu molino, ¿hay una casa situada sobre las orillas del río?

—Sí, señor.

—¿La has alquilado?

—Sí, señor.

—¿Hace mucho tiempo?

—Diez y ocho meses pronto.

—Eso es. ¿A quién?

—A Mr. Dubois.

—¡Mr. Dubois!—repitió el caballero con un aire sorprendido é incrédulo.

—Es el nombre de mi inquilino.

—¿El que ha dado, quieres decir? En efecto... es probable.

Mas tú eres un mozo inteligente y no has sido juguete de esa aparente venalidad; has adivinado que se trataba...

—Yo no he adivinado nada—interrumpió el molinero.—He recibido mi dinero y no me he ocupado de más.

—Sea. Pero habrás visto la cara de ese inquilino...

—Apenas le he apercibido. Vino, como vos, una tarde; estaba nublado.

—En todo caso—repuso el caballero,—¿tú sabes cuáles son las personas que viven en la casa?

—Casi, casi...

—Hay una mujer joven, morena, linda, un niño de un año lo más, una muchacha que responde al nombre de Marta y un criado que no hay que mencionar. ¿Es esto?

—Es posible—contestó evasivamente Francisco.

—¡Ah! ¿Estás seguro?—replicó el caballero.

—Señor—dijo el molinero,—no tengo costumbre de ocuparme de cosas que no me interesan.

—Vamos — dijo el caballero con una sonrisa bastante fea, — veo que me respondes con toda la mala voluntad deseable. Y bien; como estoy seguro de lo que digo, voy á comenzar, así como te lo he prometido, á usar los medios dulces.

—Qué medios?—preguntó el molinero asombrado.

—Los que se emplean con truhanes que son cómplices de un crimen. Si no me engaño, los prenden, luego los juzgan y al fin los ahorcan.

—¿Cómo?—dijo Favre desconcertado.

—Supongamos, por ejemplo—continuó el caballero con el mismo tono,—que esa joven ha sido robada por Mr. Dubois, que pertenece á una familia rica y poderosa que cuide de su honor y haya jurado resguardarlo... Persíguese á Mr. Dubois, ayudado á la perpetración de este acto desleal y, naturalmente, se apodera del molinero Favre, que se niega á dar declaraciones que la justicia necesita... ¿Es claro?

—Sin duda—balbuceó Francisco, con menos aplomo.

Lo que no ignoraba es que vivía en un tiempo en que el favor tenía fuerza de ley. ¡Justicia!... Este nombre sólo le espantaba. Él sabía que la justicia entonces no procedía con

la mira de defender á los pequeños contra los grandes. Esto es de siempre en nuestro bendito País.

—Pero en fin, ¿qué queréis que os diga?

—¡Vamos! Veo que te vuelves razonable—dijo el caballero, que metió su pistola en el cinturón;—contéstame sin rodeos. Lo que me acabas de decir ¿es exacto?

—Sí, señor.

—Sea enhorabuena—dijo el otro, visiblemente satisfecho. —Ahora, si amas la vida tanto como creo, no repetirás á nadie, sea quien sea, ni aun á tu almohada, la conversación que hemos tenido. En caso contrario, ten mi palabra (¿entiendes bien? y yo soy un caballero) que por el hierro ó por el fuego serías un hombre muerto á las veinticuatro horas. Me has comprendido?

—¡Perfectamente!—contestó el molinero más y más inquieto.

—Y para probarte que no tengo más que una palabra, aquí están las dos pistolas que te he prometido.

A estas palabras, el caballero sacó de una bolsa de terciopelo dos piezas de oro que dejó caer en la mano del molinero sobrecogido. Luego salió encogiéndose de hombros con una lástima desdeñosa, montóse en su brioso corcel, clavóle ambas espuelas y desapareció pronto en el horizonte.

Anóchecía, pero la oscuridad no aminoró su carrera desenfadada. Había lanzado su caballo en dirección de Carcasona. En diez minutos llegó al paseo de plátanos que circunda la villa.

De repente se detuvo, deslizóse lentamente bajo los frondosos árboles, y pareció vacilar algunos instantes sobre el camino que iba á tomar. Al fin, como si hubiera tomado una resolución, apretó el de su cabalgadura hasta llegar á una posada lujosamente alumbrada. El caballero hizo un gesto que significaba: «¡La suerte está echada!»... luego desapareció bajo la ancha puerta de entrada.

Después de apearse y echar la brida de su caballo al primer mozo de cuadra que se presentó, reparó con una mano el desarreglo de su *toilette*, y entró en el salón. Había muchedumbre de nobles y de oficiales, cuyos trajes deslumbrantes de

bordados y de galones, inundaban la pieza de un haz de estrellas. Viéndole, muchos jóvenes señores le apostrofaban ruidosamente.

—¡Toma! Ved á Enrique.

—Hola, Vizconde d'Espayrac, ¿de dónde vienes tú?

En cuanto á él, no contestó más que negligentemente y de mal gesto á ese fuego cruzado de interpelaciones.

Dirigióse, sin desviar una línea, hacia una mesa en torno de la cual estaban sentados tres caballeros.

Dos de ellos habían pasado la cuarentena; sus facciones eran tan iguales, que no se podría negar el parentesco, eran hermanos. El tercero tenía veinte y tres ó veinte y cuatro años; también se asemejaba algo.

Enrique d'Espayrac se acercó á ellos y les puso fríamente la mano sobre la espalda.

—Venid—dijo,—tengo que hablaros.

—Y bien, ¿quién te lo impide?—preguntó aturdidamente el joven caballero.

—Mi querido Gastón, sé serio alguna vez en tu vida—respondió Enrique.—Debes ver en mi cara que no tengo gana de reír.

—¿Tú ríes, pues, alguna vez, primo?—dijo Gastón levantándose con disgusto.—El caso es—añadió—que tienes esta noche una cara que no anuncia nada bueno.

—Padre, y V. mi tío, ¿queréis seguirme ó no?—dijo Enrique sin dignarse contestar á su primo.

Obecieron silenciosamente. Enrique fué delante, subió la escalera, detúvose en el primer piso y abrió la puerta de una vasta habitación, que cerró cuidadosamente tan pronto como sus parientes entraron.

—Señores,—dijo con voz grave,—no creáis que sea por el gusto de molestaros por lo que os he rogado que me sigáis. Tengo que haceros una revelación de la más alta importancia: he descubierto al fin dónde se encuentra Renata.

Oyendo esto, que estaban muy lejos de esperar el Conde d'Espayrac y su hermano, cambiaron rápidamente una mirada de sombría cólera. Esas pocas palabras del Vizconde habían causado el efecto de un rayo.

El Conde y el Barón, después de haber cambiado esa mirada cargada de amenazas, alzaron animosos la cabeza. Sólo Gastón hizo un gesto de contrariedad y no pudo reprimir un movimiento de dolorosa inquietud.

Este rasgo de compasivo interés suscitó un violento altercado, sosteniendo que una mancha que caiga sobre una mujer débil, debe vengarse inmolando á ambos. Gastón protestaba indignado; el Conde dijo:—Cumpliremos como verdaderos caballeros el deber que las circunstancias nos impongan. Mas en ese caso, cuando se trata de hacer justicia, conviene proceder con energía, dar un golpe seguro. ¿Estás seguro de que no te engañas?

—¿Creéis?—preguntó Enrique con una voz grave—que yo os habría dado á la ligera tal noticia?

—Y bien, habla; ¿qué sabes?

—Hoy estaba cerca de la puerta de Tolosa, cuando apercibí de lejos una mujer joven, seguida por una criada que llevaba en sus brazos un niño.

—¡Un niño!—interrumpió el Conde, cuya frente se enrojeció de vergüenza.—¡Hay un hijo!

—Aguardad, padre mío—dijo Enrique con una frialdad burlona.—Apenas he comenzado mi relación.

El Conde se dejó caer sobre un sillón y se tapó la cara con sus manos.

—Esa muchacha, que miré con ojos ociosos, esto es, que no se fijaban en nada, llevaba, según la moda española, la cabeza envuelta en una mantilla de encaje negro que la tapaba la cara. Así, aunque apreté el paso para acercarme á ella, no pude divisar sus facciones; sin embargo, en su paso, en su aire, parecíame adivinar una persona conocida. La idea de que fuese Renata no se me había ocurrido.

Así mi asombro fué grande al oírla lanzar un grito de espanto viéndome. Seguía y noté en todos sus movimientos que se me quería escapar. En efecto, detúvose bruscamente, miró en torno suyo alarmada y se volvió desesperada hacia la que la seguía, como para pedirle consejo.

Esto no era nada aún; en el momento en que yo seguía esa mirada, ví á la criada volverse súbitamente, á fin de evi-

tarme y refugiarse en un almacén de telas, en el fondo del cual su ama la encontró.

A pesar de la vivacidad con que aquélla se había retirado, parecióme reconocer *le minois* de Marta, desaparecida al mismo tiempo que Renata, á quien había acompañado en su fuga.

Sin embargo, dudaba aún; esta escena había pasado con tal rapidez, que no me fiaba de mí mismo. ¿Sería una ilusión?

¿Qué hacer?... Entrar detrás de ellas en el almacén era quitarles la seguridad que yo prefería dejarles. Así me alejé al mismo paso que llevaba entonces, y fuí á emboscarme en la esquina de la calle San Miguel.

—¡Villano oficio, primo!—dijo Gastón con depresivo acento.

—¡Oh! no—contestó el Vizconde con una horrible sonrisa.

Trascurridos algunos minutos, ví salir una muchacha que volvió pronto trayendo un carromato, en el cual montaron Renata y Marta; el pesado vehículo se movió en mi dirección.

Hubiera podido seguir, aun á pie, ese tosco carruaje; pero más que antes creí imprudente presentarme. Al contrario, me esquivé.

—Entonces—interrumpió el Barón,—¿cómo has descubierto el asilo de Renata?

—¡Oh! padre mío, ¡hasta dónde llega la sagacidad de su sobrino!—dijo Gastón.—Ese caballo y ese coche tenían un cochero; Enrique, que los vió marchar, sabía bien que volvería; ha acechado su retorno, le ha seducido por un miserable escudo, ó una pistola lo más (yo conozco á mi primo, no es la generosidad lo que le ahoga), y ha obtenido de ese miserable todo cuanto ha querido.

—No rechazaré como merecen las apreciaciones que hace Gastón sobre mi carácter y mi modo de obrar—contestó Enrique picado;—he hecho, lo confieso, lo que él mismo habría hecho en mi lugar; así lo creo, puesto que ha comprendido mi pensamiento.

—¡Yo!—contestó vivamente Gastón.—¡Oh! no. El papel de espía no me gusta.

—Cuando se trata del honor de una familia como la nuestra—replicó Enrique con énfasis,—no se debe retroceder ante nada.

—¡Acaba!—dijo el Conde con voz sorda.

—Supe por ese bribón—continuó su hijo—que las dos mujeres vivían cerca de Mackens, en una casita situada á 150 metros del molino.

—¿Y bien?—preguntó d'Espayrac...—¿A quién se ha alquilado esa casa?

—Ese es el punto oscuro, padre mío, el personaje que la alquiló dijo llamarse Dubois. Es el nombre de Mad. Dubois que usa Renata. Sabéis lo que os he dicho sobre eso. Mr. Dubois no es otro que...

—¡Estás loco!—interrumpió el Conde encogiéndose de hombros.

—Es posible—dijo Enrique;—mas acordaos que es exactamente en la misma época (1) en que él desapareció.

—No es extraño—replicó el Conde.—¿No está obligado por su nombre, por su título, á sostener la guerra contra los Hugonotes? No, no puedo creer que sea culpable de la deshonra de Renata, él á quien, con efusión, abrimos las puertas de nuestra casa. En todo caso, si tus presentimientos no te engañan, nuestra desgracia es irreparable; porque es quizás el único caballero del que no podemos tomar venganza.

—¿Por qué?—preguntó Gastón.

—Porque se halla á tal altura que no podemos alcanzarle.

—¿Quién os lo impide? Cuando un hombre se pone fuera de la ley, aunque estuviese en las gradas de un trono, tiénese el derecho de ir á buscarle.

—Sin duda; pero sería correr á una muerte cierta, peor todavía, á la ruina—contestó el Conde.—Aunque provocásemos á ese pretendido Dubois á singular combate y uno de nosotros lavase en su sangre el ultraje que nos ha hecho, ese triunfo sería para nosotros una sentencia de muerte, que lle-

(1) Diez y ocho meses.

varía consigo la pérdida de nuestros bienes y el aniquilamiento de nuestra familia.

—Desaparezca el nombre y que se hunda la fortuna con tal que el honor se salve...

Enredóse nuevamente una discusión tan prolija y difusa que no he de seguir, ateniéndome al resumen que hizo el Conde d'Espayrac.

—Señores—dijo—basta ya de recriminaciones estériles; yo solo, en mi calidad de jefe de la rama mayor, tengo el derecho de decidir lo que conviene hacer en tal ocurrencia.

Á estas palabras, volvióse hacia los tres, que le escuchaban con respetuosa atención.

—Si os he consultado, hermano, hijo y sobrino, es porque esperaba que, siendo del mismo origen, seríais de mi opinión.

El Barón y Enrique se inclinaron dócilmente. Sólo Gastón no pestañeó.

—En cuanto á mí—prosiguió el Conde,—aunque no estoy en una edad de mirar las cosas bajo el mismo punto de vista caballeresco que mi sobrino, tampoco sufriría que se burlaran de mi lealtad, que abusaran de mi confianza.

En ésta causa hay dos culpables: el uno que puedo atacar, juzgar y castigar como quiera; el otro que se me escapa por su ilustre cuna, por el rango que tiene. No creáis por eso que renuncio á vengarme de él y que devoro silenciosamente el ultraje que me ha infamado. ¡Oh! no. Al contrario; después que Enrique me ha contado tan fielmente lo que ha visto y sabido, no sueño más que en esa venganza, y si os he dejado entablar inútiles discusiones, es que meditaba el modo de castigar al culpable más cruelmente que si la espada de Gastón le hubiese diez veces atravesado el corazón.

—¿Y le has encontrado, hermano?—preguntó el Barón d'Espayrac.

—Creo que sí—dijo el Conde con fingida calma.

—Veamos—dijo curiosamente Enrique.

—¿No me has dicho que Marta llevaba un niño en sus brazos?

—Es cierto.

—¿Y bien?—preguntó el Barón.

—Y bien; ese fruto del crimen, ¡qué heregía, qué disparate, qué inhumanidad! ¡¡Horror!! Hoy no se concibe ese rigor bárbaro... Al revés, incurre y sufre una gran pena el infanticida, que entonces ¡ominosa época! debe desaparecer.

—¡Desaparecer... bien! ¿Mas de qué manera?

—Digamos matar, si os gusta más—contestó el Conde bruscamente.

—Pero Renata...—observó su hermano.

—La pregunta me extraña, Barón—dijo el Conde, cuyo rostro se había cubierto definitivamente de una careta de impasibilidad.—Há tiempo que debíais saber á qué ateneros; ¿vuestra memoria es tan escasa para olvidar lo que yo contesté hace diez y ocho meses á los que me preguntaban dónde estaba mi hija?

—No; respondísteis que había muerto.

—¿Y lo demás que hice?

—Hacerle magníficos funerales en la capilla del castillo.

—Entonces, ¿cómo podéis admitir que un muerto salga de su tumba? Si Renata ha muerto para nosotros desde el día que echó en nuestro blasón una mancha imborrable, es necesario que lo sea también para el mundo.

—¿Qué decís?—dijo Gastón asustado;—he oído mal, ¿no es así? ¿No es la sentencia de esa pobre niña la que acabáis de pronunciar?

—¿Qué es eso?—interrogó fríamente el Conde.

—¡Qué! ¿tendréis el horrible valor de asesinar á vuestra hija, á vuestra hermana, á vuestra sobrina?—gritó el joven espantado.

—Muera la víbora, muera el vástago—dijo el padre inexorable.

—¡Y es Enrique quien os la entrega! ¡Y él sabía, viniendo aquí, que la condenaba á una muerte cierta! ¡Y esto es lo que llamáis vengaros como caballeros!—decía Gastón fuera de sí.—No, es imposible, queréis asustarme. No tendréis esa fría crueldad...

—Aunque yo mismo debiese hacerlo, tendría ese triste valor. Si algo me extraña, señor sobrino, es oír una voz, la

vuestra, alzarse contra una sentencia que he pronunciado.

—Y no seré yo el único, tío mío; os quiero, os respeto, sométome á vuestra autoridad de jefe de la familia; pero estoy seguro de que todos ellos uniránse á mí para implorar su clemencia en favor de ese niño.

—¿Lo creéis?—saltó el Conde sin despojarse de su glacia severidad.—Bien, os lo permito.

Gastón, desconsolado, se volvió hacia su padre y su primo, cuya inmovilidad significativa le demudó, hasta el punto que su blanco sonrosado semblante se puso pálido. Sin embargo, no quiso atenerse á ese silencio de siniestro augurio.

—Vaya, padre mío—dijo dirigiéndose al Barón,—pronunciaos, yo os conjuro.

Por toda respuesta, éste se inclinó respetuosamente ante su hermano mayor.

—Pero tú, Enrique—dijo Gastón,—no mojarás tus manos en tu propia sangre, no permitirás...

—Aunque mi corazón quede destrozado—contestó el Vizconde,—no osaré contravenir á la voluntad de mi padre.

Gastón se quedó aterrado.

—Ya lo ves—dijo el Conde.

—Entonces—gritó impetuosamente el joven caballero,—yo solo seré el que protestará contra esos asesinatos. Sí; si es que por tales infamias pretendéis salvar el honor de la familia, yo os rechazo con horror, yo os reniego, no quiero tener nada de común con vosotros, ni el nombre, ni la fortuna.

ADOLFO MENTABERRY.

(Se continuará.)



HUMO

POR

J. TOURGUENEFF (1)



envidia queréis decir? ¡Ah! Joven, debierais avergonzaros de vuestras argucias, debierais sonrojaros de no comprender el amargo dolor que habla ahora por mi boca. No, no estamos en una situación idéntica. Yo soy un viejo raro, ridículo, inofensivo... y ¡vos! ¿Pero á qué discutir? ¡Ni por un instante aceptaríais mi papel, que desempeño con gratitud! ¿Envidia? El que no tiene una sombra de esperanza no puede envidiar, y no había de ser ahora cuando empezara á experimentar este sentimiento. Sólo tengo miedo... miedo por ella, compréndase esto. ¿Y podría yo suponer que cuando me envió á buscaros, lo que denominó su falta la llevaría tan lejos?

—Permitidme, Potoughine; parece que sabéis...

—No sé nada y lo sé todo. Sé—añadió volviéndose,—sé dónde estuvo ayer. No es ya posible detenerla, es una piedra que irá hasta el fondo. También hubiese sido un insensato si me figurara que mis palabras podrían conteneros... vos, á quien una mujer por el estilo... Pero acabemos. No

(1) Véase la pág. 477 del tomo anterior.

he podido sobreponerme á mí mismo, y ésa es mi disculpa. Además, ¿como había de saber, y por qué no probar? Acaso reflexionéis, acaso alguna de mis palabras toque á vuestra alma, y no querréis perderla, como tampoco á aquel sér inocente, tan bueno... ¡Ah! No os irritéis. ¿Para qué necesito tener miedo y andar con rodeos? Ni la envidia ni el despecho hablan por mí en este instante. Estoy á punto de caer á vuestros pies y suplicaros... Por lo demás, adiós. No temáis, todo esto quedará entre los dos. He tratado de hacer un favor.

Potoughine echó á andar por el paseo y pronto desapareció en medio de la oscuridad, que iba en aumento; Litvinof no trató de detenerle.

Mi historia es espantosa y oscura, había dicho Potoughine á Litvinof, y se negó á referirla. Digamos dos palabras sobre esto.

Ocho años antes, por razón del servicio militar, estuvo Potoughine agregado temporalmente á la persona del Conde de Reisenbach. Era en verano. Aquél le traía papeles al campo para trabajar y pasaba allí días enteros. Irene vivía entonces en casa del Conde. No era altiva con los inferiores; más de una vez la Condesa la reprendió por su familiaridad inconveniente. Irene hubo de notar desde luego que aquel modesto empleado era un hombre de talento, preso en una casaca abrochada hasta la barba. Muchas veces y de muy buen grado hablaba con él, y éste se enamoró apasionada, profunda y misteriosamente de ella. ¡Misteriosamente! Así se lo figuraba. Pasado el verano, el Conde no necesitó ya auxiliares. Potoughine perdió de vista á Irene, pero no pudo olvidarla. A los tres años una señora á quien conocía muy poco, le invitó á que fuese á verla. Esta señora, después de mil circunloquios y de hacerle jurar que guardaría el mayor secreto acerca de lo que le iba á revelar, le propuso que se casara con una persona de posición elevada, para la cual el matrimonio era indispensable. No se atrevió apenas á aludir al principal personaje de aquella historia, pero prometió á Potoughine dinero, mucho dinero. Potoughine no se ofendió—la sorpresa ahogaba su cólera,—pero naturalmen-

te se negó en redondo. La negociadora le entregó entonces una carta de Irene. «Sois un hombre leal y bueno, le decía; sé que por mí haréis cualquier cosa; os pido este sacrificio. Salvaréis un sér que me es querido. Al salvarlo, también me salvaréis á mí. No me preguntéis más acerca de esto. A nadie sino á vos me habría atrevido á pedir semejante cosa, pero os tiendo la mano y os digo: haced esto por mí.» Potoughine, después de reflexionar, convino en que con efecto era capaz de hacer mucho por Irene, pero deseaba oír lo que le pedía de sus propios labios. La entrevista se celebró aquella misma noche; no fué muy larga, y sólo tuvo noticia de ella la citada señora. Irene no vivía ya en casa del Conde Reisenbach.

—¿Por qué os habéis acordado de mí?—le preguntó Potoughine.

Principió exponiendo las excelentes condiciones que en él reconocía, y de pronto, interrumpiéndose bruscamente, dijo:

—No, no puedo ocultaros la verdad. Sabía, sé que me amáis, por eso me decidí.

Entonces le contó todo. Elisa Belsky era huérfana; sus parientes la aborrecían y pensaban heredarla... Iba á verse perdida. Potoughine miró largo rato en silencio á Irene y consintió. Rompió ésta á llorar y se abrazó á su cuello. El también lloró... pero aquellas lágrimas eran de otro género. Todo se disponía para la boda secreta, una mano poderosa había apartado todos los obstáculos, cuando una enfermedad sobrevino, nació una niña, la madre se envenenó. ¿Qué se hacía con la niña? Potoughine la tomó bajo su tutela por encargo de Irene.

¡Espantosa, terrible historia! Pero pasemos adelante, lector.

Transcurrió una hora antes de que Litvinof se resolviera á volver al hotel. Al acercarse oyó que venían tras él; alguno le seguía apresurando el paso cuando él lo avivaba. Al llegar á un farol, Litvinof se volvió y conoció al General Ratiroff. El General venía solo de la comida, traía corbata blanca, un elegante gabán sobre los hombros, varias cruces colocadas en una cadenilla de oro puesta en el ojal de su

frac. Dirigía su mirada directa é impertinentemente á Litvinof, expresando tal desprecio, tal odio, y su semblante revelaba una provocación tan profunda, que Litvinof se creyó en el caso, haciendo un esfuerzo, de ir á su encuentro, en busca de un lance. Pero al aproximarse Litvinof, el semblante del General se transformó de pronto; su cortesía burlona reapareció, y su mano, cubierta con un guante gris perla, se apresuró á quitar el sombrero de la cabeza. Litvinof hizo lo propio y cada cual siguió su camino. «Sospecha algo,» pensó este último. «¡Si al menos fuese... otro!» dijo para sí el General.

Tatiana jugaba al *piquet* con su tía cuando Litvinof penetró en la habitación.

—Estás famoso—exclamó Capitolina, tirando las cartas sobre la mesa;—hoy es el primer día de nuestra llegada, y en toda la noche no te hemos visto. Hemos estado espera que espera, y luego gruñe que gruñe...

—Yo no he dicho nada, tía—advirtió Tatiana.

—¡Oh! ¡Tu paciencia es notoria! ¿No os da vergüenza? ¿Es esto posible en un novio?

Litvinof se excusó como pudo, acercándose á la mesa.

—¿Por qué habéis interrumpido el juego?—preguntó después de un breve silencio.

—¡Vaya una pregunta! Nos pusimos á jugar por fastidio, por no saber en qué pasar el rato... Ahora que habéis llegado...

—Si queréis ir al concierto de esta noche—dijo Litvinof,—os acompañaré con mucho gusto.

Capitolina miró á Tatiana queriendo adivinar su deseo.

—Vamos, tía, estoy pronta—dijo ésta;—¿pero no será mejor quedarse en casa?

—Corriente: tomaremos té á nuestro modo, al estilo moscóvita, con un *samovar*, y hablaremos alegremente; aun no hemos charlado á nuestras anchas.

Litvinof mandó traer té, pero la conversación no fué gran cosa. Sentía aquél un continuo remordimiento de conciencia; le parecía que cuanto hablaba era mentira y que no llegaba á engañar á Tatiana. Sin embargo, no se notaba ningún cambio en ella; únicamente ni una sola vez su mirada

se fijó en Litvinof, sino que se deslizaba en torno suyo como impregnada de cierta tímida compasión, y estaba más pálida que de costumbre. Capitolina le preguntó si le dolía la cabeza.

Tatiana quiso contestar que no, pero pensándolo mejor, dijo:

—Sí, un poco.

—Eso consiste en el cansancio del camino—repuso Litvinof sonrojándose.

—¡Es cansancio!—repitió Tatiana, y su mirada se dirigió hacia Gregorio.

—Debes ir á descansar, Taniaucha.

—Iré pronto á acostarme, tía.

La Guía de los viajeros estaba sobre la mesa; Litvinof se puso á leer á media voz la descripción de los alrededores de Baden.

—Todo eso es encantador—interrumpió Capitolina;—pero lo que no hay que olvidar es que dicen que el lienzo está aquí muy barato; hay que comprar para el equipo de boda.

Tatiana bajó los ojos.

—Tendremos tiempo para eso, tía. Nunca pensáis en lo que os atañe, y os hace mucha falta un vestido nuevo. Ya veis lo elegante que está aquí todo el mundo.

—¿Y para qué? ¿Soy yo acaso una elegante? Ya sería otra cosa si yo fuese una beldad como vuestra amiga, Gregorio; ¿cómo se llama?

—¿Qué amiga?

—La que encontramos esta mañana.

—¡Ah! Aquélla—dijo con simulada indiferencia Litvinof, y de nuevo se avergonzó, hallándose muy á disgusto. «No, pensó, esto no puede continuar así.»

Estaba sentado junto á su novia, y muy cerca de ésta, en el bolsillo del costado, sobre su corazón, se hallaba el pañuelo de Irene. Capitolina se fué un instante á la pieza inmediata.

—Tania—dijo Litvinof haciendo un esfuerzo... Era la primera vez aquel día que la llamaba por este nombre.

Aquélla se volvió hacia él.

—Tengo... tengo algo grave que decir.

—¡Ah! ¿De veras? ¿Cuándo? ¿En seguida?

—No, mañana.

—¡Ah! Mañana. Está bien.

Una compasión inmensa llenó el alma de Litvinof. Cogió la mano de Tatiana y se la acercó á los labios con ternura, como si fuese un culpable: el corazón de aquélla se oprimió, y no la alivió el beso que acababa de recibir.

Por la noche á las dos, Capitolina Markovna, que dormía en el mismo cuarto de su sobrina, alzó de pronto la cabeza.

—Tania—dijo,—¿lloras?

Tatiana no contestó en seguida.

—No, tía—dijo con su voz cándida;—estoy un poco constipada.

XIX.

—¿Por qué la habré hablado así?—pensaba al día siguiente Litvinof sentado junto á la ventana de su cuarto. Se encogió de hombros con disgusto; la indicación á Tatiana fué precisamente para quedarse sin retirada. Sobre la ventana estaba una carta de Irene. Le rogaba que fuese á su casa á las doce. Las palabras de Potoughine se le venían á la memoria, produciéndole un eco disonante, aunque débil y por decirlo así subterráneo; le irritaban y no podía desembarazarse de ellas. Llamaron á la puerta.

—¿Quién es?—preguntó Litvinof.

—¡Ah! Estáis en casa, abrid—dijo la voz cavernosa de Bindasof.

El picaporte rechinó, Litvinof se puso pálido de cólera.

—No estoy en casa—exclamó con energía.

—¿Que no estáis en casa? ¿Qué broma es ésa?

—Os digo que no hay nadie; idos.

—¡Vaya una amabilidad! ¡Y yo que venía en busca de un poco de dinero!—añadió por lo bajo Bindasof.

Se alejó, sin embargo, dando taconazos como acostumbraba. Litvinof estuvo á punto de salir corriendo tras él; le dieron

grandes tentaciones de retorcer el pescuezo á aquel insolente. Los sucesos de aquellos días habían excitado sus nervios; á poco más rompe á llorar. Bebió un vaso de agua fría, cerró sin motivo para ello todos los cajones de los armarios y se fué á la habitación de Tatiana.

La encontró sola: Capitolina había salido á hacer compras. Tatiana estaba sentada en un diván, con un libro que no leía, y cuyo título quizás ignoraba, en las manos. No se movió, sólo su corazón latió fuertemente, á punto de mover la gola que llevaba al cuello.

Litvinof se turbó. Sentóse sin embargo á su lado, dándole los buenos días con una sonrisa en los labios á que ella pudo corresponder. Al entrar le había saludado con más cortesía que amabilidad, pero sin mirarle. Le alargó la mano y ella la punta de sus dedos helados; pero la retiró en seguida, cogiendo de nuevo el libro. Litvinof comprendió que mortificaría á Tatiana si hablaba de un asunto indiferente; como de costumbre, no exigía nada, pero todo en ella parecía expresar: «Espero, espero.» Era, pues, preciso cumplir la promesa. Pero aun cuando no había pensado en otra cosa toda la noche, no traía preparada una sola frase, no sabiendo, por tanto, cómo romper aquel silencio cruel.

—Tania—dijo por fin,—os manifesté ayer que tenía que comunicaros algo grave. (En Dresde la tuteaba cuando estaban á solas, pero en aquel instante no se le pudo ocurrir.) Lo voy á hacer, pero os ruego que no os aflijáis y que creáis que mis afecciones son para vos...

Se detuvo, le faltó el valor. Tatiana no se movía, no le miraba; pero oprimía el libro cada vez con más fuerza.

—Entre nosotros—añadió Litvinof sin terminar la frase,—ha existido siempre completa franqueza; os estimo demasiado para engañaros; quiero probar que sé apreciar la elevación y la independendencia de vuestro carácter, y aunque... sin duda...

—Gregorio—dijo Tatiana con calma, al paso que su semblante se cubría de una palidez mortal,—vendré en auxilio vuestro: habéis dejado de amarme, y no sabéis cómo decírmelo.

Litvinof se estremeció.

—¿Por qué—dijo sin que apenas se le oyera,—por qué habéis podido creer? En verdad que no comprendo...

—¡Qué! ¿No es cierto? ¿Decid? ¿decid?

Tatiana se volvió hacia Litvinof; sus cabellos estaban echados atrás, su semblante casi tocó al de éste, y sus ojos, que en mucho tiempo no se habían fijado en Litvinof, le miraban de hito en hito.

—¿No es cierto?—repitió.

No dijo nada ni dejó articular el menor sonido. No le era dable mentir en aquel instante, aun cuando su silencio la diese á entender que no se equivocaba, y que aquella mentira le hubiese salvado; ni siquiera podía resistir su mirada. Por lo demás, Tatiana no necesitaba ya una respuesta, la obtuvo con su silencio, con ver sus ojos culpables abatidos; se recostó dejando caer el libro. Hasta aquel instante había dudado, y Litvinof lo pudo comprender; vió cuán odioso era todo lo hecho por él y se arrojó á sus pies.

—¡Tatiana—exclamó,—si supieras cuánto siento verte en esta situación, cuánto sufro al pensar que soy yo... yo! ¡Mi corazón se parte; no me conozco á mí mismo; al perderte, me pierdo, y todo... todo se destruye, Tatiana, todo! ¿Podía yo prever que te causarías tal herida, á tí, mi mejor amiga, mi ángel tutelar?... ¿Podía prever que nos encontraríamos del modo que hoy nos hallamos y qué pasaríamos un día como el de ayer?

Tatiana quiso retirarse; la detuvo cogiéndola por el vestido.

—¡No! ¡Escúchame aún un minuto! Ya lo ves, estoy á tus pies, pero no he venido á pedirte perdón; ni puedes ni debes concedérmelo; he venido á decirte que tu amigo está perdido, que cae en un abismo y no quiere arrastrarte con él. ¡Salvarme... no! ¡Tú misma no puedes salvarme! Te rechazaría... ¡Estoy perdido, Tania, irremisiblemente perdido!

Tatiana miró á Litvinof.

—¿Estáis perdido?—dijo como si no comprendiera bien.—
¿Estáis perdido?

—Sí, Tania, estoy perdido. Todo cuanto antes que yo

ha existido, todo cuanto amo, todo lo que hasta ahora me daba vida, ha desaparecido para mí; todo está destruído, deshecho, y no sé qué porvenir me espera. No, Tatiana, no he dejado de amarte; pero otro sentimiento terrible, al que no he podido resistir, se ha apoderado de mí. Me he defendido cuanto me fué dable...

Tatiana se puso en pie frunciendo el entrecejo; su semblante palideció aún más. Litvinof se levantó también.

—Amáis á otra mujer—dijo aquélla,—y adivino cuál es... Ayer la encontramos, ¿no es verdad? Pues bien; ya sé lo que tengo que hacer. Como vos mismo confesáis que ese sentimiento es irresistible (Tatiana se detuvo; quizás esperaba aún que Litvinof no dejaría pasar aquella última frase sin protestar, pero no dijo nada), sólo me queda devolveros... vuestra palabra.

Litvinof inclinó la cabeza con resignación, como si recibiera un golpe merecido.

—Tenéis derecho para estar indignada—balbuceó;—tenéis completo derecho para acusarme de bajeza, de traición.

Tatiana le miró de nuevo.

—No os acuso, Litvinof, no os condeno. Estoy de acuerdo con vos: la verdad más amarga es preferible á lo ocurrido ayer. ¡Qué vida sería ahora la nuestra!

—¡Qué vida será ahora la mía!—dijo para sí con dolor Litvinof.

Tatiana se acercaba á la puerta de su alcoba.

—Os ruego que me dejéis sola un momento, Gregorio; nos volveremos á ver, hablaremos de nuevo. ¡Todo esto ha sido tan inesperado! Tengo que tomar fuerzas... Dejadme... Respetad mi decoro. Nos volveremos á ver...

Dicho esto, Tatiana se retiró rápidamente, cerrando tras sí la puerta con llave. Atolondrado salió Litvinof á la calle; algo sombrío y abrumador se había apoderado de lo más íntimo de su corazón; el hombre que ha de asesinar á otro, quizás experimente una sensación parecida; al propio tiempo se sentía más ligero, como si se hubiese librado de un gran peso.

La generosidad de Tatiana le anonadaba; sentía viva-

mente lo que perdía, y, sin embargo, el desprecio se mezclaba con el remordimiento: se veía atraído hacia Irene, como hacia el único refugio que le quedaba, al paso que se irritaba contra ella. De algún tiempo atrás y cada día en aumento, los sentimientos de Litvinof resultaban más complejos é intrincados; aquella confusión le atormentaba, agriándole y perdiéndole en el caos. Sólo ansiaba una cosa: seguir un camino, cualquiera que él fuese, con tal de no quedarse en aquella espantosa y casi total oscuridad. Los hombres positivos como Litvinof no debieran jamás entregarse á las pasiones; destruyen hasta el sentido de su propia vida... Pero la naturaleza no se pliega á la lógica, á nuestra lógica humana; tiene la suya, que no comprendemos, que no advertimos sino cuando nos aplasta.

Después de apartarse de Tatiana, Litvinof no pensó más que en ver á Irene; fué á su casa, pero el General no había salido; así por lo menos se lo dijo el portero; no quiso entrar, no se sentía con fuerzas para contenerse; se fué, pues, á matar el tiempo á la *Conversationhaus*. Vorochilof y Pichtchalkin fueron víctimas de la imposibilidad de contenerse que dominaba á Litvinof; no ocultó al uno que lo hallaba vacío como una calabaza, y al otro que era tan fastidioso como la lluvia; por fortuna Bindasof no cayó bajo su férula, porque de fijo hubiese ocurrido un escándalo. Aquellos dos señores no volvían en sí de lo ocurrido; Vorochilof llegó á pensar si el honor militar no exigiría una satisfacción; pero se tranquilizó metiéndose en el café. Litvinof vió de lejos á Capitolina corriendo de tienda en tienda. Se avergonzó de la aflicción que iba á causar á aquella ridícula pero bonísima anciana. Después se acordó de Potoughine y de su conversación de la víspera. De pronto algo impalpable, pero intenso, le tocó; una ráfaga de aire lo hubiese sido menos; Litvinof conoció, sin embargo, al punto que era Irene que se acercaba; en efecto, la vió á pocos pasos de distancia, del brazo de otra señora, y al instante se cruzaron sus miradas. Irene notó probablemente algo de particular en el semblante de Litvinof; se detuvo delante de una relojería, llamándole con la cabeza para enseñarle uno de los relojes y que viese

su esfera pintada, con un cuco encima, y le dijo en su voz natural y como si acabara una frase:

—Venid dentro de una hora; estaré sola.

En aquel momento se acercó Mr. Verdier, el cual se quedó extasiado contemplando su vestido de color de hoja seca y su sombrero á la española, que llevaba caído sobre las cejas... Litvinof desapareció entre la gente.

XX.

—Gregorio—le decía dos horas después Irene,—¿qué tienes? Dímelo pronto mientras estamos solos.

—No tengo nada—repuso Litvinof;—soy feliz y nada más. Irene bajó los ojos y se sonrió suspirando.

—Eso no es contestar.

Litvinof se quedó pensativo.

—Pues bien, sábelo... ya que lo exiges (los ojos de Irene se agrandaron y su cuerpo se inclinó hacia atrás), que hoy se lo he dicho todo á mi novia.

—¿Cómo todo? ¿Me has nombrado?

Litvinof se estremeció.

—¿Cómo, Irene, ha podido cruzar por tu mente semejante idea? Que yo...

—Perdóname, perdóname. ¿Qué has dicho, pues?

—Le he dicho que ya no la quiero.

—¿Te ha preguntado la causa?

—No le he ocultado que amaba á otra mujer, y que debíamos separarnos.

—¿Ha consentido en ello?

—¡Ah! Irene, ¡qué muchacha! ¡Qué abnegación y qué nobleza!

—Lo creo, lo creo; por lo demás, no podía hacer otra cosa.

—¡Y ni una reconvención, ni una palabra de amargura al hombre que ha quebrantado su vida, que la ha engañado, y que sin piedad la abandona!

Irene, abstraída completamente, nada veía.

—Díme, Gregorio, ¿te amaba?

—Sí, Irene, me amaba.

Irene calló y se puso á arreglar su vestido.

—Confieso—repuso—que no entiendo el interés que te ha movido para entrar con ella en esas explicaciones.

—¿Cómo! ¿Por qué, Irene? ¿Querías que mintiese y que fingiera ante un alma tan pura? ¿Ó acaso suponías...

—No supongo nada—dijo Irene interrumpiéndole.—Confieso que me he ocupado poco en ella; no sé pensar en dos seres á un tiempo.

—¿Quieres decir...

—¿Se marcha esa alma tan pura?—añadió Irene.

—No lo sé—contestó Litvinof.—Aun tengo que verla, pero no se quedará.

—¡Buen viaje!

—No, no se quedará. Además, tampoco pienso en ella; me ocupo en lo que tú me has dicho y en lo que me has prometido.

Irene le miró de reojo.

—¡Ingrato! ¿Aun no estás satisfecho?

—No, Irene, aun no estoy satisfecho, y ya me comprendes.

—Es decir, yo...

—Sí, me comprendes. Acuérdate de lo que me has dicho, de lo que me has escrito. No puedo compartir con nadie ni pasar por hacer un papel desairado; no sólo mi vida, sino la de otra, la he arrojado á tus pies; he renunciado á todo, todo lo he convertido en polvo, sin sentimiento y sin segunda intención; pero en cambio creo, estoy firmemente convencido de que cumplirás tu promesa, que unirás tu suerte á la mía.

—¿Quieres que me escape contigo? Estoy pronta... (Litvinof, medio loco, se abalanzó á las manos de Irene), estoy pronta, no me desdigo. ¿Pero has pensado en los obstáculos, has preparado los medios?

—¿Yo? Aun no he pensado en nada, ni he preparado nada; pero dí tan sólo una palabra, permíteme proceder libremente, y no habrá pasado un mes...

—¡Un mes! ¡Si dentro de quince días nos vamos á Italia!

—Quince días no bastan. ¡Oh, Irene! Parece como que acoges con frialdad mi propuesta; quizás se te imagina un sueño; no soy ya sin embargo un niño, y no tengo por costumbre satisfacerme con quimeras; conozco lo terrible que es este paso, me doy cuenta de la responsabilidad que asumo, pero no veo otra salida. Ten además en cuenta que habré de romper todos mis compromisos con el pasado, para no aparecer como un embustero despreciable á los ojos de esa muchacha que te he ofrecido en holocausto.

Irene se irguió de pronto y sus ojos centelleaban.

—Perdonad, Gregorio. Si me decido, si me fugo con vos, lo haré con un hombre que lo ejecute por mí y no por el temor de rebajarse en el concepto que de él tenga una señorita flemática, en cuyas venas corre la sangre sin fuego ni calor. Confieso que es la vez primera que oigo que aquel que es objeto de mis favores sea á la par digno de lástima y que haga un papel desairado. Conozco otro papel mucho más desairado, que es el de un hombre que él mismo no sabe lo que pasa en su alma.

Litvinof se irguió á su vez.

—Irene—fué á decir.

Pero ésta le puso la mano en la frente, y abalanzándose bruscamente al cuello de Litvinof, le oprimió con una fuerza impropia de una mujer.

—Perdonadme—dijo con voz ahogada,—perdonadme, Gregorio. Ya ves lo mimada, lo mala y celosa que soy: ya ves lo que necesito de tu ayuda, de tu indulgencia. Sí, sálvame, sácame de este abismo antes que del todo me trague. Sí, huyamos, huyamos de esos hombres y de este centro, vámonos á algún país hermoso, lejano y libre. Allí quizás tu Irene sea más digna de tí, más digna de los sacrificios que haces por ella. No te enfades, perdóname y sabe que haré cuanto ordenes y que iré donde quiera que me lleves.

Irene no soltaba á Litvinof, el cual sentía sobre su pecho la presión desesperada de aquel cuerpo joven y flexible. Se inclinó sobre su cabeza; lleno de gratitud, apenas se atrevía á tomar sus manos y á acercarlas á sus labios.

—Irene, Irene—repetía.

Levantó ésta de pronto la cabeza y prestó atención...

—Esos pasos son de mi marido, ha entrado en su cuarto—murmuró, y retirándose con prontitud, cogió una silla y se sentó. Litvinof quiso levantarse.—¿Á dónde vas?—añadió á media voz.—Quédate, ya sospecha. Á no ser que le tengas miedo...—No apartaba los ojos de la puerta.—Sí, es él, va á venir en seguida. Cuéntame algo, háblame.—Litvinof no pudo recobrar al punto la serenidad y callaba.—¿No iréis mañana al teatro?—dijo Irene en alta voz.—Dan el *Vaso de agua*, una pieza antigua en la que la Plesis hace muchísimos gestos. Tengo calentura—añadió por lo bajo;—esto no puede seguir así, es preciso tomar las determinaciones necesarias. Debo advertirte que tiene mi dinero, pero las alhajas las guardo yo. Nos iremos á España, ¿quieres?—Volvió á levantar la voz.—¿Por qué engruesan todas esas cómicas, incluso Magdalena Brohan? Habla, no te quedes así mudo. La cabeza se me va, pero no debes dudar de mí... Ya te diré dónde podrás verme mañana. Pero en realidad ha sido bien inútil el que hayas dicho á esa señorita... ¡Ah! ¡Pero es cosa que encanta!—exclamó de pronto, y riéndose convulsivamente, rompió el encaje de su pañuelo.

—¿Se puede entrar?—preguntó desde la habitación inmediata Ratmirof.

—Se puede... se puede.

La puerta se abrió, presentándose el General. Al ver á Litvinof, frunció el ceño, le saludó, sin embargo, es decir, inclinó la parte superior del cuerpo.

—No sabía que teníais una visita—dijo,—os pido me perdonéis mi indiscreción. ¿Os divertís todavía en Baden, Mr. Litvinof? Ratmirof pronunciaba siempre este nombre como con duda, como si se le olvidara, y temiese equivocarse. Creía que así, por medio de aquel afectado olvido, podría molestar á Litvinof, como también con sus exagerados saludos siempre que lo encontraba.

—No me fastidio aquí, señor General.

—¿De veras? Pues á mí Baden me tiene hartó; nos vamos á marchar muy pronto, ¿no es verdad, Irene? Ya basta de

Baden. Por lo demás, hoy he ganado para vos quinientos francos.

Irene extendió la mano con coquetería.

—¿Dónde están? Dádmelos para alfileres.

—Después, después. ¿Os vais ya, Mr. Litvinof?

—Sí, como veis, me voy.

Ratmirof volvió á inclinarse.

—Hasta la vista.

—Adiós, Gregorio—dijo Irene;—cumpliré mi promesa.

—¿Se puede saber qué promesa?—preguntó el marido.

Irene se sonrió.

—No; es una bagatela... cosa entre los dos. Es á propósito del *Viaje... á donde gustéis*. Ya sabes... el libro de Stahl.

—¡Cómo! ¡cómo que yo sé! Que tiene hermosas estampas.

El matrimonio marchaba perfectamente. Ratmirof tuteaba á su mujer.

XXI.

—Vale más no pensar en ello—decía para sí Litvinof al paso que iba por la calle y sentía sublevársele la conciencia.

—Es asunto decidido. Cumpliré mi promesa, no me queda nada que hacer sino tomar las disposiciones convenientes.

Sin embargo, parece como que duda.—Movi6 la cabeza. Sus

propias resoluciones se le ofrecían bajo un punto de vista ex-

traño y como forzadas é inverosímiles. No es posible por

mucho tiempo fijarse en unas mismas ideas, pues insensible-

mente se modifican. Un gran cansancio se apoder6 de Lit-

vinof.

Mucha falta le hacía descansar por lo menos una hora; pero ¿y Tania? Se estremeci6 y sin más se fué á su casa, pensando que en aquel día debía saltar de una á otra como una pelota. Era preciso acabar.

Una vez en el hotel, se dirigió á la habitación de Tatiana casi sin emoción y sin dudar. Capitolina sali6 á su encuentro. Desde luego comprendió que lo sabía todo: los ojos de

la pobre solterona estaban hinchados; su semblante arrebatado expresaba la indignación, la angustia, el asombro. Quiso arrojarse sobre Litvinof, pero se contuvo, y mordiéndose los labios temblorosos, le miró como si quisiera rogarle y matarle, y convencerse de que todo aquello era un sueño, una locura, una cosa imposible.

—Venís, venís—exclamó.

La puerta del cuarto inmediato se entreabrió y Tatiana, pálida, pero muy tranquila, entro sin hacer ruido. Cogió con dulzura á su tía por la mano y la sentó á su lado.

—Sentaos también, Gregorio—le dijo á Litvinof, que estaba en la puerta como una estatua.—Celebro mucho veros de nuevo. He enterado á mi tía de mi resolución... de nuestra resolución; la aprueba por completo... Sin nuestro amor no puede existir la felicidad; la estimación no basta (al oír la palabra *estimación* Litvinof bajó involuntariamente los ojos), y vale más separarnos ahora que arrepentirse luego. ¿No es cierto, tía?

—No cabe duda—dijo Capitolina,—no cabe duda, Tanioucha; el que no sabe apreciarte... el que se ha decidido...

—Tía—dijo Tatiana interrumpiéndola,—acordaos de lo que me habéis prometido. Siempre me aconsejasteis que dijese la verdad, la verdad ante todo, y la libertad. Pues bien, no siempre la verdad es agradable, ni tampoco la libertad; si, no fuese así, ¿cual sería nuestro mérito?

Diciendo esto besó con ternura la blanca cabeza de Capitolina y volviéndose hacia Litvinof, añadió:

—Mi tía y yo hemos resuelto marcharnos de Baden... Creo que es lo mejor para todos.

—¿Cuándo pensáis irs?—preguntó con voz apagada Litvinof.

Recordó que Irene le había dicho lo mismo. Capitolina quiso contestar, pero Tatiana se lo impidió acariciándola el semblante.

—Probablemente muy pronto.

—¿Me permitís que os pregunte á dónde pensais ir?—añadió Litvinof en el mismo tono de voz.

—Ahora á Dresde, después á Rusia.

—¿Para que necesitáis saberlo, Gregorio?—dijo con acritud Capitolina.

—¡Tía!—dijo de nuevo Tatiana.

Hubo un momento de silencio, que cortó Litvinof.

—Comprendéis, Tatiana, el horrible y doloroso sentimiento que debo experimentar en este momento...

Tatiana se puso en pie.

—Gregorio—dijo,—no hablemos ya de eso... Os lo ruego, si no por vos, por mí. No os conozco de ayer, y fácilmente me doy cuenta de lo que ahora experimentáis. ¿Á qué avivar las heridas?..—Se detuvo, quiso dominar su emoción, contener sus lágrimas que se le saltaban; lo logró y dijo:—¿Á que conduce irritar una llaga incurable? Dejemos obrar al tiempo. Sólo tengo que haceros un ruego, Gregorio; que seáis bastante amable para llevar vos mismo una carta al correo; es importante, y no tenemos lugar para ello... Os lo agradeceré mucho. Esperad un minuto, voy en seguida...

Desde el quicio de la puerta dirigió Tatiana una mirada intranquila á su tía; pero estaba sentada tan gravemente y con un aire tan sereno, con el entrecejo fruncido y sus labios tan apretados, que aquélla se limitó á hacerle una seña de inteligencia y salió. Pero apenas se cerró la puerta, cuando aquel aspecto solemne desapareció del semblante de Capitolina; se levantó, corriendo en la punta de los pies hacia Litvinof, é inclinándose para verle mejor, temblando y llorosa, principió á decirle muy bajo y de prisa, casi balbuceando:

—¡Dios mío! ¡Dios mío! Gregorio ¿qué es esto? ¿Es un sueño, no es cierto? ¿Renunciáis á Tatiana, no la amáis, faltáis á vuestra palabra? ¿Sois vos quien procede de esta suerte, vos con quien contábamos todos como con una muralla de bronce? ¿Vos? ¿Vos? ¿Tú? ¿Gregorio?...—Después, tras una pausa:—Pero la mataréis—y las lágrimas brotaron y corrieron por sus mejillas.—Ahora se hace la valiente, conocéis su carácter; no se queja, no sabe mirar por sí, razón demás para que todos la contemplen. Ahora no cesa de decirme: «Tía, hay que mantener nuestra dignidad.» ¡De buena dignidad se trata, es la muerte! ¡La muerte!..—Tatiana movió una silla en la habitación inmediata.—Sí, es la muer-

te lo que preveo—añadió en tono más alto la buena señora—
 ¿Y qué es lo que puede haber sucedido? ¿Estáis embrujado?
 ¿Hace acaso mucho tiempo que le habéis escrito las cartas
 más tiernas? En fin, ¿es posible que un hombre leal se por-
 te así? Soy, ya lo sabéis, una mujer sin preocupaciones, un
 alma fuerte; he dado á Tatiana una educación de este géne-
 ro, tiene también un alma libre.

—¡Tía!—se oyó decir en la habitación inmediata.

—Una palabra de honor es un deber, Gregorio, particu-
 larmente para los hombres de vuestros principios, de nuestros
 principios. Si ya no reconocemos nuestros deberes, ¿qué nos
 queda? No es posible manejar la honra según nos plazca, sin
 meditar lo que resulta para los demás. Es inicuo, sí, es cri-
 minal. ¿Qué libertad es ésa?

—Tía, ven acá, te lo ruego—volvió á oírse.

—En seguida, corazón mío, en seguida...—Capitolina co-
 gió la mano á Litvinof.—Veo que os enfadáis, Gregorio.
 (¿Que yo me enfado? estuvo á punto de decir aquél, pero le
 faltaron las palabras.) No quiero irritaros, no se trata de
 eso; quiero, por el contrario, suplicaros: reflexionad todavía,
 pues aun hay tiempo; no la perdáis, no destrocéis vuestra
 propia felicidad, todavía os creerá. Te creerá, Gregorio, to-
 davía no hay nada perdido; te ama como jamás te amará
 nadie. Vete de este horrible Baden, vámonos juntos, aléjate
 de ese encanto que te ha extraviado, y sobre todo, ten
 piedad... ten piedad...

—¡Tía!—repitió Tatiana con alguna impaciencia.

Pero Capitolina ya no la oía.

—Dí tan sólo «sí»—decía ésta á Litvinof,—y lo arreglaré
 todo... Haz por lo menos un signo afirmativo con la cabe-
 za, un signo muy pequeño y una sola vez, así.

Con gusto Litvinof se hubiera muerto; pero la palabra «sí»
 no salió de sus labios y su cabeza permaneció inmóvil.

Tatiana volvió con una carta en la mano; Capitolina se
 alejó de Litvinof y se inclinó sobre la mesa, haciendo como
 que examinaba varias cuentas y papeles.

Tatiana se acercó á Litvinof.—Aquí está la carta que os
 dije. Espero que iréis al punto al correo.

Litvinof levantó los ojos... En realidad, su juez era la que estaba en pie delante de él. Le pareció que Tatiana había crecido; su rostro, radiante de una belleza que jamás le notara, parecía petrificado como el de una estatua; su pecho no se agitaba; su vestido, de un solo color, caía formando rectos pliegues hasta sus pies, que cubría. Tatiana miraba fijamente hacia adelante, y su vista resultaba inerte, fría; era como si fuese la de un autómeta. Litvinof leyó en ella su sentencia; se inclinó, cogió la carta de la mano que se le alargaba, retirándose sin decir una palabra.

Capitolina se arrojó en los brazos de Tatiana, pero ésta la apartó con dulzura y bajó los ojos; recobró los colores del rostro y dijo: «Ahora apresurémonos;» se volvió á su cuarto. Capitolina fué tras ella con la cabeza inclinada.

La carta que Tatiana había confiado á Litvinof iba dirigida á una de sus amigas de Dresde, una alemana que alquilaba las habitaciones amuebladas. Litvinof echó la carta en el buzón, y le pareció que con aquel papel había arrojado todo su pasado y toda su vida. Salió de la población, anduvo por largo tiempo errante por estrechos senderos entre las heredades; un sentimiento de desprecio de sí mismo le molestaba sin cesar, zumbando en su interior, como lo hacen en torno de uno, en determinada época del año, ciertas moscas de las cuales no es posible librarse. Cuando volvió al hotel, preguntó por aquellas señoras; le contestaron que en cuanto salió se fueron al camino de hierro, y que tomaron el tren sin que se supiera para dónde. Su equipaje estaba preparado y la cuenta pagada desde por la mañana. Tatiana había rogado á Litvinof que llevara la carta al correo únicamente para alejarle. Preguntó al portero si no dejaron alguna esquila para él; contestó que nada le encargaran, lo cual le sorprendía; aquella marcha repentina teniendo alquilada la habitación por una semana le parecía también extraña y particular. Litvinof le volvió la espalda y se encerró en su cuarto, del cual no salió hasta el día siguiente; pasó parte de la noche escribiendo y rasgando luego lo mismo que había escrito. Ya de día acabó su trabajo, que era una carta á Irene.

(Se continuará.)



BOLETÍN BIBLIOGRÁFICO ⁽¹⁾

Antonio Cánovas del Castillo.

—*Discurso pronunciado el día 6 de noviembre de 1882 en el Ateneo Científico y Literario de Madrid, con motivo de la apertura de sus cátedras.*

—*Imprenta central, á cargo de Víctor Saiz, Madrid.*

Propónese el Sr. Cánovas en su discurso examinar el hecho de las naciones é inquirir y exponer su concepto, estableciendo con tal fin las diferencias que existen entre nación, nacionalidad y patria; buscando en las fuentes más puras de la filosofía y de la historia razones que determinen y precisen el fundamento de su tesis.

En la imposibilidad de reproducir íntegro el discurso, cosa que con gusto haríamos á dejarnos llevar de nuestro gusto (tan bien sentido y expresado lo encontramos), copiaremos algunos párrafos que reflejen el alto sentido que el Sr. Cánovas sabe dar á todas sus concepciones:

«La patria es, señores, dice (y permitidme que repita algo ya de lo que improvisadamente he dicho en otra parte); la patria es para nosotros tan sagrada como nuestro propio cuerpo y más, como nuestra mis-

ma familia y más; y justísimamente despierta en el hombre la más viva y mejor de las pasiones; más viva y mejor que la del amor mismo, única capaz, no obstante, de rivalizar con el patriotismo por darse idealmente en ella la ley natural que sobre el planeta conserva nuestra especie. Todavía el hombre se puede sacrificar cristianamente por el prójimo; sacrificar su familia á otra por filantropía, nunca será ya plausible del todo, mas cabe todavía en lo lícito: lo que tan sólo para el malvado sería posible es el sacrificio á nada, ni á nadie, de la patria. Hase castigado por eso más inflexiblemente que el parricidio la traición en todos tiempos. Puede también el hombre quitar noblemente á sí ó á su familia la razón en todos los casos en que no la tengan; mas, una vez empeñada la patria en formal contienda, no es lícito, sino inicuo, el quitarle la razón jamás. Por la patria y no más va voluntariamente el hombre, sin faltar á Dios, tanto como á recibir á dar la muerte, que heroísmos gloriosos hay que no son sino verdaderos suicidios, y aun el homicidio, de ordinario, bárbaro, repugnante y crimi-

(1) Los autores y editores que deseen se haga de sus obras un juicio crítico, remitirán dos ejemplares al director de esta publicación.

nal, con justicia merece altos premios cuando, desplegados al viento los patrios colores, se afronta en el campo al poder extranjero. Ni hay que preguntarle á la patria el porqué, si ella manda que al pie de su bandera rinda el hombre la vida; que para eso también tiene siempre razón. Y razón tan clara, señores, que no hay hombre de bién, por corto de luces que sea, que de por sí solo no la comprenda; mas ¿cómo no, si las madres mismas la comprenden, las madres que tan de antemano lloran á los hijos, que, sea como quieran, pueden morir?»

Bajo el punto de vista económico, considera el eminente jefe del partido liberal-conservador que «si indudable es que no está puesto en relación el que un hombre por enriquecer á otro se empobrezca voluntariamente, ó procure remediar á otra familia descuidando la suya propia, no menos cierto que también carecería de razón el que una nación dejara de mirar por sí, antes que por otra, y que no procurase ante todo vivir, y luego prosperar más que ninguna en la suprema sociedad que todas juntas forman. Tras esto debo advertir que, además de las otras cosas dichas, es para mí la nación una vasta sociedad agrícola y mercantil, y hasta una sociedad cooperativa; de aquí el que piense yo y muchos piensen que sin renunciar nunca en absoluto á competir con las demás, asistiendo á la universal concurrencia mercantil con el producto de su trabajo, puede y debe ante todo una nación prestarse á sí misma y realizar en su seno cuantos recíprocos servicios sean posibles. De aquí el que algunos pensemos igualmente que no es ilegítimo el propósito de dejar de consumir productos extranjeros, hasta donde factible sea, prefiriendo los propios, por más que resulten menos finos ó menos bellos. De aquí asimismo el que nunca falte quien alabe á las naciones que á todo anteponen su alianza y comunión mutua, mientras esta propia unión les permite acumular fuerzas para emprender y sustentar una verdadera lucha económica con las naciones rivales. De aquí, por último, que con evidente utilidad se sustraigan á la ley univer-

sal de los mercados, así en el trabajo como en la producción, dichas naciones, como los Estados Unidos en estos últimos tiempos, no obstante su vivo espíritu liberal, y bajo otros principios, pero no con menos persistencia, el triunfante Imperio alemán.»

Es ésta, colocada la cuestión en tal terreno, una ocasión oportuna para definir la naturaleza del libre cambio, y el Sr. Cánovas lo hace así diciendo:

«Es, á no dudar, el libre cambio, con el cual se hallan en oposición hechos tales, y tales máximas, un principio esencialmente cosmopolita y humanitario, que tiende á repartir los bienes entre las colectividades nacionales, según su capacidad y sus obras, al modo que los sansimonianos pretendían distribuir los bienes á los individuos. Pero la economía política, al dar absoluto valor práctico al libre cambio, olvida un dato fundamental, y es que las naciones tienen derecho á la vida y derecho al trabajo; lo cual, reconocido en los simples individuos, desbarataría esa y todas sus doctrinas por completo. Ni se comprende bien la teoría absoluta del libre cambio, sin presuponer la legitimidad de la lucha por la existencia, que el evolucionismo eleva, de hecho más ó menos universal, pero de todas suertes material y brutal, á ley racional y justa de la vida.»

.....
.....
«No injurio al libre cambio, en verdad, comparándole con el aire frío, pero tónico, que en los buenos días de sol nos regocija y alienta durante los inviernos de estas altas planicies castellanas. Menos todavía lo maltrato al decir que la posibilidad de sufrirlo es señal cierta de que una nación está al nivel común en la sociedad de las naciones; de que hay ya en ella los capitales, los ferrocarriles, los canales, la irrigación natural ó artificial, los puertos, las escuelas, todo cuanto, en resumen, necesita para que sus condiciones de cambio y de competencia sean iguales, ó siquiera parecidas á las de las otras en general. No le podrá á una tal nación acontecer que la masa de sus habitantes, cansada de inútil lucha, se dé por vencida,

como lo está sin duda la de ciertos países, no europeos, y poco á poco abandone su propio trabajo para vivir del extraño; pagando lo que compra, primero, con los insuficientes productos que le quedan y sus cortos ahorros pasados; después, con la enajenación sucesiva del capital nacional, de sus minas, de sus interiores comunicaciones, del aprovechamiento de sus ríos y costas; con la cesión, por último, de cuantos dones originariamente obtuvo de la Providencia, hasta venir á una especie de pauperismo colectivo, muy semejante al individual, y representar ante las naciones ricas el papel de los infelices labradores, que tan fácilmente pasan de propietarios á proletarios, por virtud de las malas cosechas y de la usura, sin que la humanidad pierda nada, á la verdad, pero perdiendo ellos indisputablemente de por sí la igualdad, la respetabilidad, la posición social que sus padres les legaron.»

Pasando después á otro orden de consideraciones, nos hacía observar el ilustre presidente del Ateneo, atendiendo á las ambiciones, las ideas y los actos que constituyen hoy la vida de las naciones, que además del de concentración ó reintegración, que comienza á ser menos vivo, por lo mismo que está cumplido en no poca parte, desarróllase con ímpetu mayor cada día otro más enérgico y más general.

«Todas las naciones civilizadas bajo los principios del Evangelio, las cuales, ni más ni menos que en la Edad Media, constituyen todavía la cristiandad, sean cualesquiera las doctrinas teológicas ó los ritos que en cada una imperen, parece como que más ó menos lenta y manifiestamente se dirijan hoy á un fin idéntico, á una especie de nueva cruzada, de más seguros resultados que las antiguas: á implantar donde quiera, no la cruz tal vez, pero sí la civilización que desde el sacrificio del Gólgota se inició entre los hombres. Mucho más que en bautizar y convertir por caridad cristiana infieles, piénsase en obligarlos á tomar parte en la empresa común de la humanidad, so pena de desaparecer, como elemento inútil,

de la escena del universo. Diríase que, reflexiva y ordenadamente, se está ahora realizando á nuestra vista la selección entre las naciones, y aun entre las razas, como para demostrar que la lucha por la vida, ni puede atañer sólo á los antes irracionales, ni termina nunca con ese ú otro nombre entre los humanos. Mas para mí (y tengo por más seguro esto que la evolución darwiniana), de lo que se trata es de cumplir el mayor de los fines con que Dios crió las naciones.»

El Sr. Cánovas prosigue enumerando en su discurso las tendencias y aspiraciones que en las naciones cultas se advierten, y que consisten en extender su civilización y sus adelantos por todos los pueblos de la tierra. Los unos empujan á los otros, y de vez en cuando sobreviene la guerra. Pero á la guerra sucede la paz, y lo único que no acontece ni acontecerá ya nunca, es que vuelva á manos de los infieles ó idólatras la tierra que una vez ocupa y posee la cristiandad, que representa en los actuales tiempos la civilización y la cultura.

Después de extenderse en este género de consideraciones, el ilustre republicano se ocupa particularmente de España, hace á grandes rasgos su historia, analiza el papel que le corresponde representar en la vida moderna y acaba su discurso con estas frases:

«Entre nosotros felizmente el hombre todavía queda, como he dicho; el español, si no está aún curado de los defectos, conserva las cualidades de siempre: el territorio puede decirse está íntegro, con una excepción deplorable, de que en todo tiempo juzgaré mucho más digno el no hablar que hablar inútilmente; y nada en suma nos falta para poder vivir con honor, sino intentarlo de veras.

»No dejemos, pues, señores, de confiar en el porvenir; y tanto más cuanto que ahora, que pongo al fin punto á mi discurso, precisamente me asalta una idea, que me regocija y me entristece á un tiempo: la de que mi tema no haya sido tan oportuno como pensé al principio; porque ¿qué español después de todo, que reunión de españoles puede oír algo que de suyo no

sepa, que de suyo no sienta, á que de suyo no aspire con sólo sentir vibrar de cerca el dulce nombre de la Patria?»

No disponemos de mayor espacio, ni por lo mismo nos es posible continuar enumerando las especiales condiciones que este discurso reúne, ni reproducir otros párrafos, no menos elocuentes y correctos que los que acabamos de insertar en nuestras columnas. Bástenos manifestar que el escogido público, que en fuerza de ser tan numeroso no cabía materialmente en el vetusto edificio de la calle de la Montera, interrumpía casi de continuo con frenéticos aplausos al eminente orador, gloria de la tribuna española.

Pocas veces hemos visto mayor tributo de admiración ni tan grande unidad de pareceres por parte de hombres de tan distintas escuelas y agrupaciones políticas. Todos pensaban en aquel momento de una misma manera, y en todos observamos las mismas impresiones. Y es que tiene el Sr. Cánovas del Castillo, como todos los que se elevan por sus altos y acreditadísimos méritos, el raro privilegio de excitar la

admiración y el respeto de sus propios enemigos, gloria tanto más grande, cuanto que es lograda por muy pocos hombres, y es ejemplo elocuentísimo de que en el seno de todas las pasiones humanas hay un fondo de justicia, que no confunde en un mismo juicio al mimado por la fortuna, al que sólo ostenta méritos relativos, con el que únicamente fía su porvenir á su talento, y así en la próspera como en la adversa fortuna cultiva su espíritu, ensancha la esfera de sus conocimientos, y analiza las transformaciones y cambios de la vida política y social, no con pueriles alardes que sólo al vulgo y á la ignorancia pueden satisfacer, sino con perfecto conocimiento de causa y con arreglo á una construcción, á un método científicos.

Bien puede halagar al Sr. Cánovas del Castillo el triunfo por él logrado con motivo de la apertura de las cátedras del Ateneo; que siempre fué misión envidiable la de aquellos que al entregarse al reposo para emprender con nuevos bríos la campaña, logran en días de venturosa paz, laureles que sólo son debidos á su amor y solicitud por las ciencias.

H.





CRÓNICA POLÍTICA

INTERIOR.

DOS solemnidades académicas ilustran la historia de la quincena que termina: la inauguración del presente curso en la Real Academia de Jurisprudencia y Legislación y la apertura de las cátedras del Ateneo Científico y Literario. Elegidos para presidir ambas corporaciones dos importantes hombres públicos pertenecientes al partido liberal-conservador, los Sres. Romero Robledo y Cánovas del Castillo respectivamente, esta coincidencia ha contribuído á aumentar la natural expectación de los discursos que en uno y otro palenque de la ciencia habían de pronunciarse. Era el partido de las soluciones de orden, protector el más decidido de las instituciones tradicionales del País, apóstol el más entusiasta de los intereses permanentes de la sociedad y del Estado, el que iba á levantar su voz por órgano de dos de sus más autorizadas é importantes personalidades.

Ello demostraba á la vez, y el dato es, en verdad, bien significativo, que la escuela conservadora cuenta con el apoyo de la opinión ilustrada, de la opinión que se inspira en las actuales corrientes científicas y jurídicas, ahora precisamen-

te cuando se halla alejada del poder, y en apariencia apartada de los dominios de la cosa pública. En apariencia decimos, porque es sabido que el actual Gobierno, con alardear de reformista y avanzando, plagia lastimosamente los procedimientos de su antecesor.

Pero no era sin duda la ocasión propicia para que los presidentes del Ateneo y de la Academia de Jurisprudencia realizasen un acto político, dando á sus conclusiones el carácter propio de un trabajo puramente parlamentario. La patria, el concepto de las naciones y de las nacionalidades: hé ahí el tema del profundo y concienzudo estudio leído por el señor Cánovas del Castillo. Nuestros lectores podrán formar idea del mismo y admirar algunas de sus infinitas bellezas en otra sección del presente número. Amigos y adversarios, subordinando el encono de partido y la pasión de escuela á un sentimiento de unánime y respetuoso acatamiento al estadista y al filósofo, han sancionado con incondicionales elogios los nutridos aplausos con que fué acogida su lectura. La unidad del derecho, las relaciones especiales que median cada vez con mayor intimidad y enlace entre el civil y el político, la necesidad de que á la perseverancia nunca desfallecida que enciende el amor al ideal marche unido el respeto al derecho escrito: hé ahí el asunto brillante y elocuentemente esclarecido por el Sr. Romero Robledo.

La elección bastaría por sí sola para hacer la apología de la oportunidad del discurso, si éste no constituyera además valioso y envidiable testimonio de las relevantes aptitudes de su autor. Era materia de duda para muchos el que el distinguido exministro de la Gobernación, asiduamente consagrado á las agitaciones de la vida política desde los primeros años de su aventajada juventud, encontrase medio de corresponder dignamente á la honrosa confianza de que le habían hecho objeto los académicos de la de Jurisprudencia, sometiendo á su consideración, exigente y descontentadiza, alguna de las tesis que hoy dividen el campo del derecho, en términos que no desdijeran del carácter del recinto y de la solemnidad del acto. Espíritus vulgares lo propalaban sin rebozo: ¿conque Romero Robledo es abogado? preguntaban á

raíz de su elección; ¿conque va á pronunciar un discurso jurídico? decían al acercarse la inauguración del año académico. El Sr. Romero Robledo ha acreditado una vez más lo que ya constaba como axioma á cuantos conocen la especialísima ductilidad de su inteligencia, que es una de sus condiciones más notables. Le ha bastado dirigir la vista á los problemas jurídicos de interés más palpitante, para abarcar con mirada de águila los transcendentales y diversos aspectos de uno de los que hoy preferentemente ocupan á cuantos al estudio del derecho se dedican. El discurso del Sr. Romero Robledo revela convicciones arraigadas, conocimientos no comunes, un alto sentido práctico, que es el don más preciado de un gobernante.

«Cualquiera que sea la organización del poder legislativo, decía, á él corresponde definir el derecho, corregirlo y sancionarlo. A la sociedad toca fijar el derecho del individuo, como al conjunto de éstos pertenece siempre de hecho determinar los derechos del poder público, ó los derechos sociales. Ni cabe, ni exigirse puede demostración más irresistible, que la mera exposición de este hecho, para ver que son uno solo el interés, una sola la fuente á donde hay que acudir en busca de inspiración para determinar el derecho bajo sus distintas fases. Las cuestiones de organización y de límites más allá de los cuales es ilegítima la acción del poder público, no impiden ni en nada menoscaban la evidencia de aquel principio, que tiene aplicación, aun más arrogante que afortunada, hasta en los casos en que se llegan á declarar ilegislables ciertos derechos; notoria contradicción del hecho con el principio afirmado.

»Siendo así esto—que con especial esmero procuro no asentar sino verdades de aquellas que por nadie pueden ser negadas,—¿qué materia hay que pueda considerarse como de derecho privado exclusivamente, en la que el interés público para nada sea tenido en cuenta? Formular la pregunta es contestarla. No entra en la intención de mis observaciones, ni lo permite el tiempo de que disponemos, que me detenga á examinar una por una las diversas materias sobre que racaen las leyes civiles: bastará á mi propósito una rapidísima

ojeada sobre algunas de aquellas en que más sobresale el carácter familiar é individual.

»Combinaciones del principio individual y del principio social, siempre bajo la garantía del poder público, y con arreglo al concepto del derecho de cada pueblo es lo que vemos do quiera que volvamos la vista y examinemos las instituciones civiles. Ni jamás encontraremos perfecta identidad entre ellas, ni las hallaremos nunca independientes de la autoridad social que las establece y protege, ni tampoco tan absolutamente reglamentadas que en ellas se encuentre como ligado é inmóvil el genio de cada raza, el principio que las diversifica, distingue y personaliza en cada caso. Examinad la historia de las diversas sociedades que han dejado su huella en el mundo; concebid realizado cualquier sistema por un esfuerzo de vuestra mente, y ni en la historia, ni en el ideal, ni en la práctica, ni en la especulación encontraréis jamás posibilidad de concebir que viva separado y distinto lo que está unido y armonizado por leyes sobrenaturales; en el sentido de que se escapan á nuestra demostración, y contra su existencia sólo cabe la protesta, que no demuestra ni razona, y cierra los ojos á la luz.

»Cuando se distingue con pretensiones absolutas la esfera individual de la sociedad y se reduce la función del Estado á asegurar el orden y administrar justicia, como los únicos intereses directos de la colectividad, preguntad en nombre de qué principios el Estado reglamenta la familia, y veréis luego la esterilidad de semejante propósito. ¿Por qué es por lo que, no contentos con el precepto moral, añadís el freno legal á nuestros sentimientos y establecéis la monogamia y la indisolubilidad del vínculo, y quitáis toda sanción sagrada á la celebración del matrimonio, cuando la Iglesia lo establece en las mismas condiciones y con los mismos impedimentos que plagiáis secularizándolo? No es sólo la incompatibilidad de la poligamia con el orden público lo que os mueve á ello, porque esa misma incompatibilidad está negada por la existencia de grandes pueblos que con aquella institución ocupan un grandísimo lugar en la historia. No es el interés individual, que bien podría protestar en algunos casos con-

tra la tiranía de vuestras disposiciones, por las cuales os erigís en dueños de sus sentimientos, cuando le pedís, por ejemplo, que petrifiquen los impulsos del alma, y llamáis al hombre adúltero y establecéis contra él sanciones penales si no sabe domar sus pasiones y observar la fidelidad impuesta por la ley. ¿En nombre de qué principio, que no sea el del interés público en realizar el concepto del derecho de una época ó de una civilización, establecéis la diferencia de derechos de hijos legítimos, naturales, adulterinos, si todos esos seres han venido al mundo con la misma blanca inocencia y absoluta irresponsabilidad por la conducta de sus padres? ¿Qué significan, señores, las instituciones de nuestro derecho civil, por todos respetadas y bendecidas, que establecen la sociedad legal entre los cónyuges, y la manera y tiempo de disolverse, que distinguen los bienes y preservan los de las mujeres, que estatuyen las legítimas y las reservas, que legislan especialmente sobre las donaciones entre cónyuges, con las demás que se refieren al matrimonio en todas sus consecuencias, si separamos el derecho individual del derecho público, para presentarlos como cosas en las que cabe establecer una línea de división tal que no se confundan sus esferas y no sea uno solo su estudio?

»Examinad la propiedad y la veréis, en mengua del derecho individual, sujeta á la expropiación, á las legítimas, á la prescripción y al impuesto, limitaciones todas establecidas en nombre de intereses públicos ó morales.

»Inquirid el fundamento de las leyes que garantizan la veracidad de las promesas y la servidumbre en que queda la voluntad, ligada, si no viene el mutuo disenso á desatarla en los contratos. Recorred, en fin, una por una todas las instituciones civiles, y en todas hallaréis mezclados, buscando su recíproca armonía, lo individual y lo general, lo privado y lo público. En ninguna hallaréis el predominio absoluto y exclusivo de ninguno de estos factores, en cuya combinación ponderada estriban la paz, el orden, la libertad, el derecho y la justicia. La desviación de esta verdad, el exclusivismo de cualquiera de ambos extremos, no engendró nunca sino males, errores y delirios.

»De este camino desacreditado se apartan, por fortuna, las escuelas que con buena fe y alto propósito se dirigen á penetrar en la razón de todo aquello que establece y defiende el sentimiento general, á indagar sus bases fundamentales, á revestirlas de carácter científico, á buscar su apoyo en la naturaleza del hombre, aspirando siempre á mejorar, á proteger las nativas y antiguas instituciones. Si bien, rindiendo culto ó prestando obediencia á los sentimientos del alma, no aparten su vista del ideal, porque el sentimiento de la perfección futura vive en nuestros corazones, y ya sea acicate por nuestra actividad, ó aliento para la esperanza, determina todos los actos del sér humano, hasta instintiva é irreflexivamente. Tal sentimiento no es producto de ninguna filosofía; por él se agita y se desenvuelve nuestro espíritu en todas las esferas y nunca halla satisfacción cumplida, cualesquiera que sean las conquistas alcanzadas, porque jamás suena la hora del reposo y de la plena satisfacción para el deseo.

»Creo, pues, innegable, que en la vasta carrera que traza el porvenir á vuestros talentos, no podéis aislaros en el estudio del derecho, sin tropezar por do quier con los problemas que atañen al bien público y á la organización de los poderes: que á ellos, especialmente al legislativo, corresponde dar realidad á la justicia, á él tenemos que acudir en suprema y última apelación para remover los obstáculos que se opongan á la mejora de nuestras instituciones, según los consejos de la meditación y la constante experiencia.

»Principio que reviste el carácter de axioma por lo reconocido, es que, siendo la libertad civil la aspiración de la sociedad moderna, la libertad política tiende á establecerla sólidamente y á garantirla. Una como fin y otra como medio, caminan ambas en la misma dirección, buscan su recíproco apoyo en condiciones similares para asegurar los derechos que respectivamente las constituyen; y una misma debe ser nuestra conducta para su afianzamiento y defensa, no rompiendo la armonía que las une, que eso sería tomar falsa ruta para realizar el progreso.»

Es verdad, y la verdad se impone. Hoy el derecho civil lo ha invadido todo; á tal punto, que bien puede asegurarse que

el derecho civil ha desbancado al derecho político. Porque los ideales de la vida pública van concentrándose en las instituciones de la vida privada; porque ya las revoluciones, más que políticas, son socialistas. La propiedad; hé ahí la meta de las aspiraciones latentes en las clases que se dicen desheredadas. Que se dicen, y nada más, porque no es admisible ese falso desheredamiento de que se hace arma contra todo lo que significa, no ya riqueza, pasable bienestar, holgada medianía. ¿Es que vamos á reconstituir el organismo social, investigando y depurando hasta los comienzos del mundo el origen de esa acumulación de esfuerzos representada en la propiedad, raíz ó mueble? ¿Ante qué tribunal? ¿Quién lo nombra? ¿Quién sanciona sus fallos? ¿Es, por otra parte, que persisten tales trabas al desenvolvimiento de la propia actividad, al triunfo ambicionado en la lucha por la existencia, que el único recurso permitido al que de buena fe la emprende es la queja desesperada y la amenaza destructora? La sociedad no ha llegado, seguramente ni con mucho, al *summum* de superfectibilidad y desarrollo. Entre nuestro modo de ser y ese ideal hay sin duda mayor distancia todavía que entre nuestro planeta y el sol que nos alumbra. Pero con ser ésta mucha, y con ser infranqueable, el rey de los astros nos presta su luz y su calor; da vida á la naturaleza, ensancha nuestros horizontes y matiza nuestras perspectivas, pone la flor en el vergel y alienta el canto del ave y guía al viajero y alegra el alma. Así luce también en los confines de lo infinito, brindándonos consuelo y esperanza, lejos, muy lejos, pero como faro de salvación y de ventura, el ideal del socialismo, que es sólo realizable por completo en otra vida. «Y todos serán unos y no habrá acepción de personas,» que dijo Jesucristo.

Claro es, no obstante, que debemos procurar acercarnos, ac cuanto en lo humano es posible, á la suspirada realización de ese ideal. Y para lograrlo, que debemos atender muy preferentemente á las leyes que regulan los intereses materiales, norte é inspiración de nuestros tiempos. Hace años preguntaba, escéptico y descorazonado, uno de nuestros más conocidos hombres políticos, aún vivo y respetado: ¿Qué pe-

dazo de pan dais al pueblo concediéndole un nuevo derecho? ¡Ah! entonces los panegiristas del pueblo querían darle el derecho: hoy el pueblo reclama el pedazo de pan. La *Commune* fué un grito de descontento de las clases asalariadas; la Internacional no es más que una protesta permanente de esas mismas clases. El problema social es hoy un problema de derecho civil.

El orador investigaba, por último, las dificultades y obstáculos de todo género con que tropieza la inteligencia al emprender la exploración en el mundo de las ideas, harto más costosa que en el de los fenómenos sensibles.

«El hombre—exclamaba—ha levantado desde las primeras edades su vista hacia la bóveda celeste y ha observado el curso de los astros, calculado y previsto sus movimientos, sorprendido sus leyes; y donde apenas alcanza con el pensamiento, mide el tiempo y las distancias. El hombre obtiene de la tierra el préstamo de sus fuerzas y la sujeta á producir con regularidad y á satisfacción de sus necesidades ó le arranca á pedazos sus entrañas, ya para procurarse nuevos goces, ya para elaborar instrumentos con que más ciertamente esclavizarla. Ha convertido en medios de comunicación los que parecían de invencible aislamiento, abriendo los más ricos caminos á su industria en la superficie de los mares, mandando al agua que le sostenga, al viento ó al vapor que le impulse, al imán que le oriente. Á donde no llegan las ondas del sonido hace vibrar con maravillosa celeridad su palabra, que grabada en la piedra, en el bronce ó en el papel, mantiene el comercio de las inteligencias de todas las edades. ¿Á qué enumerar todas las maravillosas victorias alcanzadas? Para el hombre parece que concluyeron los obstáculos. El mundo material le confía todos sus secretos y le sirve esclavizado.

»Mas si, frente á este cuadro, presentáis el de sus conquistas en el orden moral, el resultado no es ciertamente á propósito para lisonjearnos. Preguntad al europeo qué influencia ha ejercido hasta hoy en la civilización de la India; cuál de nuestras ideas ha podido salvar la muralla de la China; cuántos pueblos ha conquistado para nuestra civilización en Asia

ó en Africa, y sin negar los grandes triunfos de la civilización, comparándolos con los obtenidos sobre el mundo material, tendremos que concluir afirmando que es más fácil conquistar ó transformar el universo que arrancar á un país una falsa idea ó borrar del corazón humano un sentimiento. De este superficial cotejo resulta desairado el éxito de la inteligencia en el conocimiento de las leyes que rigen á la humanidad; y al juzgar el tiempo invertido en la civilización de una pequeña parte de la especie humana, parece que se resiste al cálculo el entrever el que falta para contar realizados los ideales de la ciencia y asentado por todas partes definitivamente el imperio del derecho.»

Hacia muchos años que en la Academia de Jurisprudencia no resonaba ovación tan ferviente y espontánea como la tributada á su actual presidente al terminar la lectura del discurso inaugural. El Sr. Romero Robledo es un talento, y para el talento no hay escollos que no se arrollen ni imposibles que no se venzan.

*
* *

La política sigue fría, pasiva y monótona: la izquierda, que dió un mal paso, como advertimos desde luego, al proclamar por base de su credo la Constitución democrática de 1869 con todas sus asperezas y peligros, parece que va apercibiéndose de la falsedad de la situación en que voluntariamente se ha colocado, y muéstrase desalentada é irresoluta, presintiendo un fracaso bajo cuyo peso hay ya quien la considera anonadada.

El Gobierno, por otra parte, no está más seguro de la prosperidad de sus destinos y anda rehuyendo el momento de abrir las Cortes, como pecador que teme llegue el día solemne de expiar sus culpas.

Dúdase si el Parlamento reanudará sus sesiones antes ó después del 11 de diciembre próximo; de cualquier modo, el plazo no es largo y los acontecimientos han de darnos bien pronto la solución de esta crisis en que há tanto tiempo vive agonizando el Ministerio.

Entretanto dos importantes hombres públicos, que militaron en bien distintos campos, han bajado á la tumba con pocos días de diferencia. D. Alejandro Mon, perseverante moderado, el decano ya de los Ministros constitucionales, autor insigne del sistema tributario vigente en su esencia hasta la fecha, y D. Estanislao Figueras, expresidente de aquella república relámpago

Baldón eterno de la patria historia,

según el autorizado testimonio del inspirado autor de los *Gritos del combate*. Descansen en paz.

*
* *

Á la hora en que escribimos estas líneas, España reitera su adhesión al Príncipe reinante, saludando con júbilo el nacimiento de una nueva Infanta.

Dios proteja la suerte de la augusta niña, iris de amor en el hogar de sus egregios padres, nueva garantía de feliz consolidación para el trono de D. Alfonso XII y prenda de esperanza bienhechora para el pueblo de D.^a María de Molina y D.^a Isabel la Católica.

R.





REVISTA EXTRANJERA

SOLAMENTE leyendo los artículos de los periódicos directores del movimiento socialista en la vecina República, puede comprenderse el alcance de los disturbios que han tenido el triste privilegio de preocupar á Europa en la última quincena. Los anarquistas no se contentan ya con plagiar las teorías del nihilismo ruso; quieren poner en práctica sus medios de acción.

El objeto del anarquismo es destruir todas las instituciones sociales. Así lo han declarado, entre otros, *Le Droit Social* y *L'Etendard Révolutionnaire*. Para alcanzarlo, el mejor medio es aumentar el número de los descontentos, provocando disturbios que hagan padecer á las clases populares y las exasperen. «Mejor que todos los discursos ó artículos de propaganda, dice *Le Droit Social*, sirven esas escaramuzas que despiertan enconos latentes, fomentan por todas partes los gérmenes de la rebelión, estrechan los lazos de solidaridad que unen á los pobres, y aguzan al mismo tiempo su experiencia y energía por medio de actos más decisivos.»

Pasó el tiempo de la propaganda verbal ó escrita y se proclama la propaganda *por el hecho*. Para que sea del todo eficaz, es menester, ante todo, proporcionarse abundante dinero, arrebatarse ese oro que sirve para pagar á la Guardia civil que

acecha, á la policía que veja, á los jueces que condenan, á los carceleros que torturan y á los soldados que fusilan. Vendrá luego el caso de hacer que desaparezcan en una inmensa hoguera los títulos de la propiedad individual, los títulos de rentas, acciones, obligaciones, billetes y toda clase de valores; los libros de los catastros é hipotecas, los registros de la contabilidad del Estado, los papeles del Tribunal de Cuentas, el libro de la Deuda llamada pública, cuanto pudiera servir para la reconstitución de la propiedad individual, y hasta los archivos municipales para acabar con la personalidad de los individuos. Es menester requisar todos los objetos de consumo y destruir las facturas y cartas del comercio, á fin de que los burgueses no puedan ser indemnizados por el Estado en el caso de que la revolución aborte. *Dstrucción* será ahora la única palabra de los anarquistas, en el gran movimiento que se prepara.

Preciso es confesar que la táctica es terrible y de resultados fecundos. Aun en el caso de que las primeras tentativas no dieran por resultado el entronizamiento del socialismo, el plan pondría á la autoridad y á los propietarios en tales confusiones, que difícilmente podría seguir funcionando la vieja sociedad, á la que la teoría demagógica prepara un espectáculo digno de todos los históricos horrores.

El Gobierno de la República francesa ha creído sin duda ver en esa acción anárquica y en esa táctica revolucionaria un sistema friamente científico, cuyo origen debe buscarse en la imaginación enfermiza de algún metódico estudiante de las heladas provincias de Rusia, hombre trabajado por el más nebuloso misticismo y la más negra utopía, único capaz de proyectos tan prolija y minuciosamente calculados. Algunos diarios republicanos nos han dicho, en efecto, que los movimientos anarquistas actuales procedían exclusivamente del extranjero, y en primer lugar de Suiza, donde se hallan refugiados varios nihilistas rusos.

Pero, como muy acertadamente observa la *Gaceta de Colonia*, el país de las máquinas infernales y de las bombas Orsini no necesita á los rusos para saber el empleo político de la dinamita. Después de las orgías de la *Commune*, hemos

oído los discursos de los deportados á quienes el Gobierno indultó y aun llenó de agasajos, y no podemos ya admirarnos de lo que se escribe ni de lo que sucede. Los que han dejado predicar á voz en grito el asesinato y el incendio, no tienen derecho á achacar la epidemia reinante á importación extranjera.

Hay argumentos que no tienen réplica. Si una nación se cree preparada para una libertad de la prensa tal como hoy existe en Francia, la decencia exige desde luego el silencio; y si no lo está, debe la legislación cambiarse; pero será siempre intolerable, indigno y ridículo permitir toda clase de propaganda, y después, cuando las doctrinas subversivas empiezan á dar sus frutos, levantar el grito al cielo y hacer responsables á los extranjeros de las locuras propias, como hacen hoy los órganos de los Sres. Duclerc, Freycinet y Gambetta.

*
* *

Lo cierto es que los atentados de Montceau-les-Mines han tenido eco en todo el viejo continente, y que los anarquistas de Francia, según ellos mismos declaran, son auxiliares y aliados de los nihilistas rusos, sin reparar que los motivos en que se fundan los perturbadores de las orillas del Newa no caben alegarse en Francia, donde no existen castas privilegiadas y la propiedad se halla infinitamente subdividida.

El socialismo es ya cosmopolita; pero el estado mayor de la nueva secta y los directores de las actuales fechorías son como siempre los desechados de los partidos políticos, hombres oscuros é individualidades ansiosas de adquirir á toda costa cierta importancia por los más extravagantes y criminales caminos. No es extraño ver que un simple demócrata de tercera fila pasa á ser radical, luego socialista, más tarde comunista y finalmente anarquista, principiando por declarar la guerra á Dios y á las instituciones, y acabando por llevar á las turbas al asesinato y al incendio.

La persuasión pierde su virtud ante tal demencia, y la sociedad no puede en este caso defenderse más que con la

fuerza. No sabemos si tendrá ahora bastante energía la República francesa, y hasta lícito es ponerlo en duda, cuando tanto ha tardado en poner al mal el conveniente remedio, tanto se ha placido en mirar las relaciones sociales con culpable indiferencia, estableciendo diferencias mayores que las que existen entre la criminalidad de la palabra y la del acto. ¿Es acaso mucho menos culpable anunciar la destrucción, excitar á ella y glorificar á los autores de los atentados de 1871, que llevar á cabo hechos criminales bajo el imperio de las provocaciones?

Pero la cuestión del socialismo puede además considerarse internacional, y bajo este punto de vista, adquiere una gravedad inmensa.

Se ha dicho que los sucesos de Francia han llamado la atención del Príncipe de Bismarck, quien desde su retiro de Varzin ha pedido á la Embajada alemana de París detalles sobre el movimiento anarquista, y aun se añade que ha ido á llevárselos personalmente el Sr. Alberto Beckmann, jefe de la sección literaria de la embajada, director de la *Französisch Correspondenz*, antiguo colaborador del periódico francés *Le Temps*, y sujeto muy conocedor de los hombres y de las cosas de Francia, donde reside treinta años hace. Sus apreciaciones han de ser de mucho peso para el Príncipe de Bismarck.

¿Cuál será la actitud del célebre Canciller en el caso de que el movimiento anarquista se acentúe? Pocos días hace que un importante periódico extranjero opinaba que el hombre de Estado que hoy rige los destinos de Alemania asistiría en tal caso tranquilamente al trabajo de descomposición social y política de Francia, á la triste evolución que bien pudiera ser el *finis Galliae*. Pero aquel periódico no cayó sin duda en la cuenta de que, cuando una peste moral se declara en el mundo, los países limítrofes tienen que temer tanto el contagio como si se tratase de una epidemia puramente física. No puede el eminente político alemán desconocer esta verdad tan clara.

Nadie podría hoy imitar impunemente al egoísta poeta latino que, sentado con perfecta tranquilidad en la ribera, se

placía en el espectáculo de los buques combatidos por la tormenta. Nadie puede hoy, como Carlos Dickens, celebrar en crudo invierno el dulce deleite de un confortable hogar, viendo al través de los cristales de la habitación alfombrada á gentes menos felices abrirse paso con los pies descalzos entre el hielo y la nieve.

Si los anarquistas emplean la dinamita en Francia, el nihilismo ha conseguido aterrorizar á todos en Rusia, Inglaterra lucha desesperadamente contra los fenianos de Irlanda, Italia se ha estremecido ante las tentativas de la *Irredenta* en Trieste, Viena presencia en estos mismos momentos la lucha entablada entre el capital y el trabajo, España es testigo de los arrebatos del pobre contra el rico en las comarcas andaluzas, y la misma Alemania del Norte siente rugir en sus entrañas una sorda tormenta, y se prepara contra disturbios que amenazan á Europa entera.

Felizmente, el fatalismo no es una ley histórica como algunos pretenden. Felizmente, podemos confiar aún en el espectáculo de la lucha del alma humana contra la fatalidad interior de las pasiones, lucha admirable en la que confiamos que el hombre conseguirá el triunfo y salvará su libertad en la gran crisis de la vida pública.

*
* *

Dejemos ahora á un lado el triste problema del pauperismo y de la miseria, problema más religioso que filosófico, para ocuparnos de la cuestión que desde el bombardeo de Alejandría viene ocupando á la diplomacia, y suministra también materia para llenar las columnas de las hojas que á Europa y á América arroja la prensa.

Siempre hemos creído que el triunfo de la política y de las armas británicas en Egipto significaba el protectorado de Inglaterra, para facilitar en un plazo más ó menos breve el camino de una definitiva conquista; siempre hemos creído que á la corta ó á la larga, el paso de los buques por el canal de Suez se hallaría sujeto al interés ó al capricho del Gabinete de San James.

Inútil será que las grandes potencias exijan una garantía de la neutralidad del canal, una promesa formal de respeto á los derechos ajenos. Ya sabemos lo que significan las promesas y compromisos morales para los políticos ingleses; ya sabemos que la neutralidad del canal de Suez, por más que se consigne cien veces en todos los protocolos diplomáticos, será siempre una frase absolutamente vacía de valor práctico; porque todas las convenciones, todos los acuerdos y tratados vendrán siempre á ser letra muerta ante el argumento de los argumentos, ante el poder de la fuerza. Europa es la que ha permitido, sin levantar la voz en son de protesta, la consumación de hechos gravísimos que ya no tienen remedio, hechos que han venido hoy á aumentar el tradicional orgullo de los hijos de la Gran Bretaña, que no ven ya la posibilidad de obstáculo serio á sus ambiciosas miras y arbitrarios planes.

Sensible es que algunos publicistas de buena fe hayan abrigado la creencia de que las victorias de las armas británicas en la antigua tierra de Sesostris no significan más que el triunfo de la civilización, del progreso y de la vieja libertad inglesa, dando nueva vida á un pueblo apegado al fatalismo que degrada, á un pueblo ignorante y supersticioso. Sensible es también que algunos defiendan que Inglaterra tuvo derecho de bombardear á Alejandría y de apoderarse del Cairo, por la razón de que Egipto se halla en el camino del Asia y los ingleses tienen posesiones asiáticas y quieren ser dueños de todos los mares que á ellas conducen.

El nombre de civilización y la conveniencia propia no bastan nunca á justificar conquistas. No hay nación que no pudiera echar mano de análogos pretextos, y nunca faltarían motivos á los fuertes para subyugar á los débiles. También pudo Alemania alegar para quedarse con Francia la necesidad de transformar la ligereza francesa, en bien de la cultura, infundiendo á nuestros vecinos el profundo idealismo y el espíritu de la filosofía alemana. También pudiera Rusia alegar para establecer su dominio en el Bósforo la conveniencia de acabar en Europa con el caduco y corrompido poder otomano. No existe iniquidad que con el nombre de civilización ó progreso no pudiera escudarse.

Al decir de los periódicos de Londres, quiere Inglaterra establecer su protectorado en Egipto para facilitar allí la formación de un verdadero partido nacional, para hacer que el elemento indígena se eleve á las prácticas de la vida política y se disponga á ejercer, andando el tiempo, la autoridad que en él resignarán dentro de algunos años los vencedores.

Pero es el caso que el partido nacional egipcio hubo ya de formarse en el momento mismo en que Francia é Inglaterra se arrogaban indebidamente el derecho de intervenir en la política y en la manera de ser del valle del Nilo; el verdadero partido nacional egipcio no pudo menos de tomar cuerpo y de manifestarse realmente, aun antes de que lo imaginasen los estadistas y escritores occidentales. Los partidos son colectividades ligadas por una misma idea, y la idea de la independencia patria existió por necesidad en Egipto mucho antes de que Arabi tratase de resistir á la ingerencia de extranjeros en los asuntos privativos de aquel Virreinato.

El partido nacional de Egipto se formó á despecho de los ingleses, y no espera de ellos la vida. Puede hoy no manifestarse, pero aun vive: Arabi fué su desgraciado jefe y se halla hoy á merced de los vencedores.

¿Qué suerte reservan éstos ahora al famoso General y ex-ministro egipcio, cuyo capital delito fué la temeridad de oponerse á la invasión extranjera?

Según dicen de Londres, el Gabinete inglés había pensado abandonar el proceso de Arabi; pero después ha creído que las revelaciones á que ese proceso dé lugar acerca de las intrigas turcas serán provechosas á la política inglesa y servirán para justificar la reconstrucción de la administración egipcia sobre nuevas bases y para mermar, ya que no para suprimir por completo, la soberanía de la Puerta. Conforme ha anunciado indirectamente la *Agencia Fabra*, el corresponsal del *Times* en el Cairo ha transmitido por telégrafo el texto de varios documentos que utilizará el abogado de Arabi y que muestran de una manera evidente hasta qué extremo deseaba el Sultán el triunfo del partido nacional y hasta qué extremo confiaba en Arabi para destruir la influencia europea en Egipto. De aquí que la salida de Lord Dufferin con dirección

al país del Nilo, donde llegó el día 6, haya producido en Constantinopla gran consternación, precisamente cuando, al decir de un despacho del *Daily-News*, el partido fanático va recobrando su ascendiente enfrente de Said-Bajá, á consecuencia de lo cual, el Sultán proyecta enviar á Mukhtar-Bajá con una especial misión al Cairo, si es que no ha desistido de esa idea en vista de las observaciones que la Gran Bretaña ha formulado.

Lord Dufferin ha ido, pues, á Egipto para informar sobre la situación del País y proponer el plan de reorganización, plan en que Inglaterra quiere prescindir del antiguo concierto con Francia y de la soberanía del Sultán de Constantinopla.

Acerca de la situación de Arabi, el corresponsal del *Times*, después de visitarle, manifiesta que se halla bien alojado; que la resolución del proceso se reducirá, no á declarar la inculpabilidad, sino á expresar que no existen pruebas para sincerar las acusaciones formuladas. En opinión de los defensores de Arabi, los 69 documentos descubiertos hace días, y ya traducidos del árabe, revelan patentemente: 1.º, que Arabi era directamente estimulado por el Sultán, quien le confiaba personalmente la defensa de los intereses y de los derechos del Califa contra la invasión extranjera; 2.º, que la conducta de Arabi era aprobada por todo el pueblo egipcio, según demuestran numerosas peticiones que le fueron dirigidas y que llevan próximamente 25.000 firmas de personas pertenecientes á todas las clases de la población, y 3.º, que los actos de Arabi tenían la sanción de los representantes del Islam, como lo prueba la *fetwa*, firmada por los jefes de los cuatro ritos musulmanes, que pronuncia la destitución del Khedive y hace constar la necesidad de proseguir la lucha.

*
* *

Más palpitante interés todavía revisten las noticias relativas á un gran movimiento militar y religioso provocado en el Sudán. Parece un cuento fantástico, con las dramáticas escenas á que tanta afición tiene el Oriente. Á la voz del

Mahdi ó Profeta, se levantan enormes masas de hombres y blanden los alfanjes con el frenesí que inspira á los creyentes toda guerra santa.

Acerca de este movimiento, que bien pudiera llegar á ser imponente, contiene interesantes indicaciones una carta remitida á Londres por el ilustre viajero y explorador ruso doctor Schweinfuhr, quien viene estudiando hace años las regiones en que se ha desarrollado esa revolución musulmana.

«Hoy, dice el doctor, está ardiendo todo el Sudán. Las provincias egipcias situadas al Sur y al Oeste de Khartum han caído en poder de unos insurrectos fanáticos y bárbaros. Khartum á su vez también se halla amenazado. El ejército, diezmado por cada nuevo combate contra el falso Profeta, se halla reducido á la mitad de su efectivo anterior. Las provincias de Border y de Dongolah sólo se mantienen fieles á la legítima autoridad del Khedive porque Khartum se halla ocupada todavía por los egipcios. Una vez esta ciudad en manos del *Mahdi*, nada podrá detener su avance. Mr. Albert-Marquet, negociante francés, acaba de regresar desde el Sudán al Cairo, después de haber abandonado á Khartum el 15 de septiembre. En aquella fecha no se tenían aún noticias de la derrota de Arabi, y el Gobernador general de Khartum, Abd-el-Kader-Bajá, encargó á Mr. Marquet que informase al Khedive acerca de la crítica situación del País y que solicitara el envío de fusiles y de municiones.

»Seis mil hombres de tropas egipcias, mandadas por Yusuf-Bajá, Gobernador de Fashoda, fueron asesinados en el mes de junio último por el ejército del falso Profeta, que después de esa carnicería, puso sitio á el Obeid, capital del Kordofau, cortando todas las comunicaciones entre el Kordofau, el Darfur y Khartum. El *Mahdi* dispone de una fuerza de 150.000 hombres, reclutados principalmente en las tribus de los Beggaras, y conocidos como excelentes jinetes y de un valor á toda prueba,

»Abd-el-Kader-Bajá ha consultado á los ulemas de Khartum acerca de la personalidad del falso Profeta, y éstos han demostrado, con el mismo texto del Corán, que el *Mahdi* re-

dentor de que habla el libro del Gran Profeta debe venir del Este, mientras que Mohamed-Hamed, que se apellida *Mahdi*, llega desde el Oeste. Este veredicto de los ulemas ha sido publicado y expedido por numerosos ejemplares á las provincias; pero el pueblo no concede crédito á tales impresos, diciendo que expresan la opinión del Gobierno, y no la de los ulemas.

»En fin, y por lo que concierne á los planes del falso Profeta, éste abriga el proyecto de enseñorearse de todo el Sudán, invadir el Egipto, y sometida toda la Nación egipcia, marchar en seguida contra los turcos, á los cuales trata de infieles. Una vez terminada esta tarea, se dirigirá á la Meca, á fin de establecer allí el milenario reino y convertir todo el universo. En una palabra, se trata de un personaje infinitamente más peligroso que Arabi-Bajá, que goza de un prestigio mucho mayor y que se halla alentado además por sus últimos triunfos.»

El Gabinete inglés no concedió á esa guerra toda la importancia que debía, ni calculó que pudiera ser un obstáculo á los planes británicos en Egipto.

En el Cairo se trata hoy de remediar el descuido. Se han abierto alistamientos para una expedición al Sudán; se disponen tropas negras, y el actual Ministro de la Guerra del Khedive obliga á partir hacia el Sur á los antiguos oficiales de Arabi comprendidos en una reciente amnistía.

¡Quién sabe si son sólo insignificantes amagos, ó si se forma en el Sudán una verdadera tormenta!

S.